

MERY EME

EL SENTIDO DE MI ADICCIÓN




Círculo Rojo
EDITORA

El sentido de mi adicción



Círculo Rojo
EDITORIAL

MERY EME

Primera edición: diciembre 2020

©Del texto: Mery Eme

©Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo ©Fotografía de cubierta:
Depositphotos.com Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

*A Miguel Moraleda, por su constante apoyo en mi vida y por ser la fuente
inspiradora de esta historia.*



Mi nombre es Mery Eme, y mi edad... la que siento.

Nacida y afincada en Madrid, ciudad ideal para vivir en mi estimado anonimato.

Enamorada de las bellas artes, dedico mi vida a la docencia musical a la vez que también merodeo por el mundo de la pintura y las letras.

La sensibilidad y la creatividad son el motor de mi vida. Y de ahí la motivación y atrevimiento, hasta llegar al punto de desnudar mis sentimientos con pluma en mano y confesarme enamorada del amor.

¡El amor...!, palabra tan significativa en nuestras vidas, a la vez que desconocida por su enigmática complejidad.

Empeñados en perseguir y escalar metas, hasta conseguir alcanzar sueños que finalmente nos llevan a la protagonizada pregunta: ¿realmente soy feliz?

Pregunta que despierta mi inspiración para llevar a cabo esta experiencia como escritora de pensamientos y reflexiones, que deseo no deje indiferentes vuestras prioridades en una sola vida.

La facultad de amar y de admirar es el punto de partida para medir
la grandeza de las almas escogidas.

Thomas Carlyle

CAPITULO I

Es sábado, 23 de junio de 2018. Son las once de la mañana. No he dormido bien, me encuentro cansada. Me giro en la cama alargando mi brazo y buscándole, pero ya se ha ido. Hay un profundo silencio en la casa.

Chequeo mis mensajes en el teléfono, pero no hay nada. Él se ha marchado sin dejar el más mínimo rastro.

Hace meses que presiento que todo ha cambiado. Las cosas ya no son como antes. No hay mensajes de despedida ni llamadas inesperadas para decirme que me quiere. Estamos perdiendo nuestra esencia. Nos estamos perdiendo... a nosotros.

He pasado de morir de amor a matarme de celos. Permanezco desnuda en la cama. Hace mucho calor. Puede que en el exterior hayamos sobrepasado los 28 °C.

Me siento en la cama con los pies en el suelo y abro los brazos en cruz, estirándome. Respiro profundo, como si quisiera tragar el mundo de una sola exhalación y me quedo ausente mirando el agua de la piscina a través de la enorme cristalera del dormitorio que da al jardín.

Cojo unas naranjas, las parto por la mitad y las exprimo con la mano sobre el interior de un vaso. ¡Odio el sonido del exprimidor!

Salgo desnuda hasta el borde de la piscina y compruebo la temperatura del agua. Está fría, ¡muy fría! Y voy dando los últimos sorbos del zumo antes de zambullirme.

Me lanzo a la piscina. La temperatura del agua hace que sienta como se me hiela la cabeza, es como si se me paralizase el cuerpo. Hago unos largos y salgo del agua para tumbarme en la hierba, notando cómo los rayos de sol secan mi piel, y me siento revitalizar.

Poco después suena un mensaje en mi móvil. Es Fanny, quiere asegurarse de que todo sigue en pie para la cita de esta noche.

Le respondo afirmativamente para continuar con la perversa encerrona que he planeado para él. Mi única pretensión es ver si soy capaz de provocarle celos después de dar un paso más en nuestros juegos. Hoy seremos cuatro, uno más que de costumbre. Va a ser la primera vez que hacemos un intercambio con otra pareja y, ciertamente, no me atrae nada la idea de hacerlo, pero tengo mis motivos y estoy dispuesta a todo.

Le hago una llamada para ver si hoy comeremos juntos en casa.

—Hola, cariño. ¿Qué tal va tu mañana?

—Bien, solo que tengo mucho trabajo que ultimar para rematar la semana.

—¿Vendrás a comer?

—No lo creo. Posiblemente llegue poco antes de la hora de cenar.

—He invitado a cenar a Fanny y a Manuel, que es su pareja.

—¿Su pareja? ¡Esto es una novedad! No me agrada mucho que vengan los dos, ya conoces a Fanny. Seguro que no trae buenas intenciones.

—¿Tienes algún problema si ocurre algo después de cenar?

Los segundos de silencio antes de su respuesta me dicen que me va a mentir.

—¡No, cariño! No hay ningún problema. Si no lo tienes tú, yo tampoco lo tengo.

—¡Perfecto! Nos vemos esta noche. Un beso, amor.

—Adiós. Un beso.

El juego ha cambiado. Voy a tener sexo a solas con otro hombre, mientras él disfruta del cuerpo de Fanny. Para mí, incluso después de lo vivido, me resulta extraño. No me siento cómoda. Me parece ir demasiado lejos. Ahora ya no es solo compartir el cuerpo de otra persona como si fuera un juguete, sino que me siento como una puta cedida por su pareja a otro hombre, para que disfrute plenamente de mí con su consentimiento.

Pese a todo, estoy excitada. Debo admitir que esta adicción al sexo en la que estamos sumidos es la misma que está matando nuestra relación, me tiene descontrolada.

Mando un mensaje a Fanny para pedirle que me envíe una foto de Manuel. Tengo curiosidad por ver la cara de ese hombre que, tal como me dijo, es tan atractivo y tan perverso en la cama.

La respuesta a mi mensaje es inmediata. Fanny me acaba de enviar una fotografía de Manuel en bañador mientras luce su palmito en la playa.

¡Dios mío! ¡Está tremendo! No sé si la finalidad de la terapia que me he marcado dará los resultados deseados. Espero que después de acostarme con Manuel no me cree una nueva dependencia sexual y sea peor el remedio que la enfermedad.

Manuel es mulato. Su cuerpo es de esos que se moldean en las playas jugando al vóley mientras las chicas hacen como que miran el juego, fantaseando con otras pelotas que no son precisamente las que vuelan por encima de la red.

Esto es lo que precisamente hace ahora mi imaginación después de ver la fotografía de este joven treintañero en la pantalla del teléfono. Fantasear con sus pelotas... Ya no tengo ni la menor duda de lo enfermos que estamos. En el peor de los casos, creo que la que se puede quedar fuera de la plantilla en nuestros tríos puede ser Fanny.

Este cabrón ha despertado en mí nuevos instintos.

Llega la hora. La mesa está preparada y ultimo los pequeños detalles. Quiero causarles una buena impresión a mis invitados.

Suena el timbre de la puerta.

—¿Abres tú, cariño? —le digo.

—Voy ahora mismo, sigue con lo que estás haciendo.

Termino de vestirme para la velada. Oigo hablar y reír al grupo de tres mientras él los recibe, pero no alcanzo a entender lo que hablan. Cuando salgo de mi habitación ya están todos sentados a la mesa.

Fanny me presenta a Manuel y me cede el sitio que ocupaba a su lado. ¡Es realmente atractivo! Perfecto para mí en una ocasión como esta. Pienso que para él yo tampoco he pasado inadvertida.

Todo son risas, cordialidad y buenas vibraciones.

Manuel es muy correcto. Utiliza un lenguaje culto con una exquisita educación. Me cuesta imaginar su transformación en la cama. Pero así somos, las apariencias engañan y casi nunca somos lo que parecemos. Todos tenemos un lado oculto difícil de imaginar ante los demás.

Llevamos más de dos horas sentados a la mesa. Ya hemos establecido un vínculo de confianza con el recién llegado. Me siento cómoda con Manuel, es como si fuésemos viejos conocidos que llevan tiempo sin verse y se han vuelto a reencontrar.

Aquí nadie ha hablado todavía de sexo. Me resulta tan extraño que por momentos me olvido de lo que viene después. Parecemos amigos en una cena normal, donde todo terminará con besos de despedida y agradecimientos por la suntuosa cena.

Así pues, me decido a dar un paso adelante para romper el hielo.

—¿Cuándo empezamos con los postres? —digo con sarcasmo.

Todos soltamos una carcajada al unísono.

—¿Estas impaciente, Mery? —responde Fanny.

—Vamos a brindar con champagne para que sea una noche inolvidable, ¿os parece bien? —les digo.

—¡A mí me parece perfecto! —apuntó Fanny.

Nos ponemos en pie para hacer varios brindis. Yo, después del tercero, ya me encuentro algo mareada.

Comienzan los juegos de manos por debajo de la mesa. Manuel tiene la mano sobre mi muslo. Fanny se levanta y me besa en los labios con uno de esos besos adictivos suyos que llevan veneno, al tiempo que me guía la mano hasta el abultado paquete de Manuel.

«¡Hagan juego, señores!», pienso. Esto acaba de comenzar. Poco después es Manuel quien me besa en la boca y noto como su bulto empieza a crecer en mi mano.

Mis senos se deleitan con las caricias de sus manos y ese hilo que tira de mi calentura se tensa cada vez más. Saboreo cada caricia, cada intento de contener el gozo en este caos de mi sensatez.

Dudo otra vez de mí misma, de si en este sendero que he elegido para rescatar mi vida sentimental no seré yo la primera en fracasar.

Sin decir ni una palabra, cojo la mano a Manuel y trazo el camino hacia mi habitación. La libido se me dispara. Siento miedo, euforia, deseo e incertidumbre, pero no soy dueña de mis actos y estoy dispuesta a someterme a todo. Creo que ya no soy yo la que manda en mis neuronas. Mi sexo ha tomado por completo el control de cada una de ellas.

Me pierdo en mi desenfrenada locura y reúno el valor suficiente para seguir adelante sucumbiendo a la tentación, como quien coloca flores en el mismísimo infierno. Empujo la puerta y me quito el

vestido mientras Manuel me susurra algo en el oído en una lengua extranjera que no entiendo.

Me venda los ojos con su corbata y me ordena que me ponga de rodillas. Tengo mis pechos al aire. Solo llevo unas medias negras atadas con un ligero a mi cintura y unos zapatos rojos de tacón alto. Esa es toda mi indumentaria. No llevo bragas, y es que pensé que no las iba a necesitar.

Las manos no dejan de temblarme, me vibra todo el cuerpo; sudo, hace un calor espantoso. Debí elegir mal la temperatura del aire acondicionado.

Me cuesta mantenerme inerte y comienzo a sentir dolor en mis rodillas, pero sigo firme con mis brazos colgando, expectante.

Me debe estar brillando la piel como si la llevase aceitada, quizás sea otra clase de calor.

Ahora no puedo verle, pero siento su presencia e intuyo que me observa a pocos centímetros de mí. No habla, solo escucho el intenso sonido de su respiración. Casi puedo sentir cómo me toca con su mirada. Me acaricia con el dorso de su mano, primero la cara, después uno de mis senos. Siento en mí el nuevo tacto de su áspera piel. Aprieta con dos dedos mis ya erguidos pezones.

Solo intento imaginar la escena desde fuera. ¡Joder! ¿Qué coño es todo esto? ¡Estoy cachonda perdida! Separa mis labios e introduce su pulgar en mi boca. Me siento como una puta regocijándose en su trabajo. Desabrocho los botones de su pantalón y, como un resorte, siento que sale su enorme polla apuntando a mi cara, justo a la altura de mi boca. La agarro con ambas manos y la engullo hasta el fondo, recreando mi lengua en las abultadas venas de su tronco, para volver de nuevo a esculpirla con mis labios hasta la punta.

La escupo, la masajeo enérgicamente con mis manos y mis pulsaciones se aceleran al ritmo de mis movimientos, abstraída en sus propios jadeos. Siento en mi boca el palpitar de su enorme

miembro. Me complazco con el sabor de su erección follándome la garganta, al tiempo que me agarra del pelo manejando mi cabeza a su antojo, marcando la profundidad en mi garganta con cierta violencia.

Por momentos siento que me ahogo, tengo arcadas, babeo, ¡pero todo me da igual! Estoy tan excitada, tan desinhibida, tan entregada al nivel de excitación que estoy provocando en él, que me emborracho de sexo y no puedo pensar.

Disfruto de sentirme una diosa acrecentando mi instinto de puta. Me tira sobre la cama. Abre mis piernas y hunde dos dedos en esa cavidad de donde me brota el deseo. Su lengua se revuelca en besos hambrientos con la mía y mi pasión sexual se desborda mientras me devora lentamente en la oscuridad de mis ojos tapados.

Me hallo sumisa y presa como un animal enjaulado. Estoy con el cómplice perfecto para cometer este inevitable pecado. Justo ahí, en esa clase de perversión donde ya no hay retorno.

Siento gotear su sudor sobre mi cuerpo, igual que gotea mi sexo empapando su mano.

—¿Deseas ser mi puta esta noche? —No sale una sola palabra por mi boca, pero insiste de nuevo—. ¡Quiero oírte decir!

Me estremezco, me dejo llevar por mi lado más irracional, con su voz penetrante follándome el pensamiento en esta dulce tortura nocturna.

—¡Fóllame, cabrón, hazlo ya!

Y es ahí, en cada respiración contenida, donde cada una de sus embestidas me va desatando un sentido. Y yo me recreo y exhibo orgullosa toda mi indecencia, olvidándome de todos los argumentos que me han traído hasta aquí.

Me quita la venda de los ojos y yo le pido con ellos que me siga tratando como una puta, en esta infame leyenda donde mi carne se ha convertido en su sustento.

¡Este es el tipo de sexo que ya tenía olvidado! Y ahora vuelvo a sentirme perfecta, encajando mi vientre en las caderas de este cabrón que me está devolviendo a un infierno, donde ya no me siento culpable pero donde nunca debí llegar.

Me monto a horcacadadas sobre él. Le siento tan dentro de mí que dudo poder contener más tiempo mi orgasmo.

Grito, jadeo y me clavo una y otra vez en su cuerpo.

—¡Me voy a correr! —grito emanando ese calor que sale de mí y que estremece todos mis adentros.

—¡Córrete en mí, puta! —susurra Manuel con la voz entrecortada.

Me quedo en *shock*, perdida, mientras el eco de mi orgasmo deja mi cuerpo ligero, completamente exhausto y abandonado al placer. Quedo flotando en una nube en la que ni yo misma tengo fuerzas para encontrarme.

Él no para de mover sus caderas y apretar mis pechos.

—¡Tócate!, ¡mastúrbate!, ¡no pares de hacerlo! —dice Manuel.

Entre convulsiones orgásmicas obedezco sus órdenes ante el vacilante ritmo de sus caderas. Ahora mis aliados son mis dedos. Son ellos los que de nuevo recuperan en mí la furia, el deseo de escuchar de su boca ese grito ahogado que tanto anhelo.

Me agacho. Le beso. Me quemo con el aliento que sale de su boca, al tiempo que agarra mis nalgas invitándome con su falsa violencia a nuevos orgasmos. Esto parece no tener fin. Me siento como un ciego con sus sentidos amplificadas. Tengo un sabor

agridulce pero no quiero que termine este ardor que tengo en la parte baja de mi vientre.

—¡Mírame! Quiero ver bien tu cara de placer.

De repente, me descabalga de su cuerpo. Me agarra del pelo y tirando de él me lleva de cara a la cómoda de la habitación, frente a su espejo. Yo, intuitivamente, apoyo mis manos en el borde de la cómoda, estirando los brazos. Y dejo a su merced mi culo, arqueando la espalda.

Manuel se agacha a lamerme lentamente. Siento su aliento en mi clítoris. Punzadas de placer atraviesan mi espina dorsal mientras su acuosa lengua recorre todos mis recovecos en esta simbiosis de sexo.

Se pone en pie. Le veo cómo me observa con cara de dominación y eso me excita todavía más. Ahora puedo ver claramente la firme erección de este cabrón apuntando directamente a mi culo.

—¡Arquea más la espalda y abre las piernas! —Le escucho otra vez decirme con autoridad mientras azota mis nalgas—. Voy a follarte ese maravilloso culito que tienes.

Me tiemblan las piernas solo de pensar cómo este animal está a punto de estallar mi culo con ese trozo de carne oscura.

—¿Te duele?

—¡Sí! Me duele un poco.

—Aguanta un poco el dolor. Pronto empezarás a sentir placer.

Me muerdo con vehemencia los labios. Mis pensamientos se vacían y ya no puedo ponerme nuevas expectativas porque siempre me veo superada por la realidad.

Manuel comienza frenéticamente a aumentar el ritmo de sus embestidas. Ahora trato con cierta dificultad arañar un poco de aire

entre mis jadeos.

—¡Te he dicho que me mires! ¡Quiero ver esa cara de perra que tienes! —Suelto una de las manos que me sostiene para masturbarme y empiezo a gozar—. No dejes de mirarme y avísame cuando estés a punto de correrte otra vez, ¡zorra!

Esta forma de tratarme me tiene cachonda perdida.

Me agarra del pelo, lanzo un sonoro quejido y mi boca se queda entreabierta. Me escupe dentro de ella y me vuelve a besar. Esto es como besar su puta locura.

—¡Estoy a punto! —grito.

Su daga me apuñala con más violencia, resucitando en mí la más sucia y degenerada perversión. Ya no aguanto más. Mis piernas tiemblan como las de un cervatillo. Junto mis rodillas hacia dentro intentando mantenerme en pie. Mi sexo gotea chorros de placer como una puta regadera. Y muero hasta correrme en un exorbitante y prolongado orgasmo anal.

No puedo creer que este depravado no se haya corrido todavía. «¡Aún no hemos terminado, zorra!», dice. Sin darme tregua, vuelve a agarrarme del pelo con violencia y me hace sentarme en el borde de la cama con mi respiración aún agitada, vacía por dentro. «¡Abre la boca! ¡Quiero verte llorar!».

Y otra vez comienza a perderse en mi garganta. Tapa mi nariz y siento que me ahogo. Mis ojos comienzan a llorar. Mis lágrimas caen por mis mejillas tintadas de negro. Debo tener los ojos como un mapache. Siento caer mi propia saliva en mi pecho. Me brota adrenalina por cada poro de la piel. Desesperada y con un exceso de deseo, vuelvo a la cima de mi excitación y me masturbo enloquecidamente.

Abro mis límites con la desesperación que un preso abre las puertas a su libertad, y ahora él es el único que camina desnudo por

la maraña de mis vicios, de mi cuerpo, de mi lujuria. Mientras, yo espero ansiosa recibir el veneno de su densa entrega.

No siempre llegamos a conocer nuestro lado más oscuro. Yo creo que lo acabo de descubrir.

—Me voy a correr —grita.

Al escuchar esas palabras de su boca, mi cuerpo se estremece y me regala mi tercer orgasmo. Manuel, embravecido, jadea, brama como un animal salvaje y deja un río de semen derramado en mi cara. Me escuecen los ojos, parte de su semen se ha depositado en mi boca. Y yo, como poseída por no se qué clase de demonio, en pleno éxtasis, vuelvo a meterla en mi boca para deleitarme del sabor de este pecaminoso elixir de vida.

—No te limpies. Quiero que te vean así. Ya has recibido la primera lección de cómo folla una puta. ¿No es eso lo que querías?

Le miro sin responder, estoy desnuda, embadurnada de fluidos y de olor a sexo. Sin apenas fuerzas para sostenerme en pie, salgo de la habitación hacia el salón. Llevo escrito en mi cuerpo una tesis doctoral de cómo un hombre puede llevar al clímax con total dominación el cuerpo de una mujer. Y me pregunto cómo he llegado hasta aquí.

Así comienza mi historia...

Corre el mes de mayo de 1992. Mi nombre es Mery y a mis 24 años tengo muchas ilusiones de juventud, muchas ganas de vivir una nueva vida.

Lo único que perturba mi mente es que mi historia de amor de antaño, que duró solo unos meses, fue como un suspiro detrás de una palabra.

Acabo de terminar mis estudios de música en el Conservatorio, en Madrid. Por fin he conseguido lo que siempre soñé, dedicarme

profesionalmente a la música, en contra de la voluntad de toda mi familia. Mi padre, siempre me decía: «Hija, no sé cómo piensas vivir de la música, pero si es lo que quieres hacer».

Mi vocación por la música me ha hecho desarrollar mi sensibilidad como persona, y creo que esa sensibilidad que tenemos las personas que elegimos una profesión artística marca una diferencia con el resto.

Ahora vivo sola en Madrid, en un antiguo apartamento reformado de la Gran Vía. Es pequeño, aunque tiene esa amplitud que le reporta la luz de los ventanales de sus balcones y donde cada mañana puedo disfrutar las vistas desde mi dormitorio, contemplando la vida de esta ciudad que cada vez me entiende mejor.

Acabo de tener una llamada telefónica de mi amiga Carol, mejor dicho, la loca de Carol, invitándome a visitarla en la isla de Gran Canaria

Ella es mi amiga de la adolescencia, con la que he pasado los mejores años de mi vida. Hace años que no nos vemos, pero jamás perdimos el contacto, siempre hemos sabido que podíamos descolgar el teléfono en cualquier momento y hacernos confidencias o charlar durante horas, mientras nos reímos del mundo y de nosotras mismas en conversaciones donde el tiempo no cuenta.

Carol tiene un aura especial, magnetiza todo lo que le rodea. Ella sabe que ha nacido con estrella. Tiene un físico exuberante, de piel mestiza y de padre árabe y madre española, con unas medidas de escándalo y que desearían muchas modelos.

Su padre es un adinerado magnate de los negocios hoteleros. Dirige una cadena de hoteles en España, y ella, a sus 26 años, ya regenta uno de ellos en la isla de Gran Canaria.

Suena mi despertador, son las seis y cuarto de la madrugada y mi billete de avión con destino a Gran Canaria cuelga del bolsillo de la

chaqueta que tengo colgada en la percha, que está situada en una de las esquinas de mi habitación. Tengo que vencer el sueño para, con el tiempo justo, vestirme y coger un puto taxi hacia el aeropuerto. En la isla me espera Carol para alojarme en su hotel durante «unos días». La verdad es que me ha dicho que puedo estar allí alojada como invitada el tiempo que me apetezca.

Durante el viaje repaso mentalmente la tormentosa vida de mi querida amiga. Ella se casó joven, a los 21 años, se enamoró perdidamente de un inglés con el que llegó a casarse y mantuvo una tormentosa relación de tres años, cuando aún residía en Madrid.

El final de su relación fue un infierno y su despecho le cambió la vida por completo. Comenzó a salir con hombres casados mientras se arrancaba las espinas de su separación. Su única finalidad era la de pretender sexo en relaciones que no implicasen ataduras ni sentimentalismos, nunca quería traspasar la barrera de lo sexual a lo emocional, no deseaba volver a una relación seria.

No era tarea fácil controlar siempre los sentimientos en todas esas relaciones. Y menos cuando en alguna de ellas había halagos de por medio e incluso regalos con un toque de sentimentalismo que le tocaban la fibra sensible. Si además de esto, había química sexual, la cosa se complicaba aún más. Y es justo en esta parte donde todo empezó a complicarse.

Carol elegía en su propio hotel a los hombres con los que decidía tener relaciones sexuales. Le daba mucho morbo llevarse a la cama a hombres maduros que estuviesen casados y de alta clase social. Ellos, atados a sus matrimonios, la mayoría de las veces solo buscaban alimentar su ego, sintiéndose halagados con la conquista y la compañía de una mujer joven. Tenían el apego justo para disfrutar de tener relaciones sexuales distintas a las que tenían con sus mujeres.

Este tipo de actitud tenía su lado bueno, según Carol. Era la garantía de no comprometerse con nadie, y por otra parte ninguno de ellos tenía derecho a controlar su vida.

Si alguno de ellos alguna vez sintió la tentación de dejar su matrimonio, después de sopesarlo todo la balanza siempre se inclinó hacia el lado familiar.

Desde su divorcio Carol había tenido relación con varios hombres. Un día conoció a Marc, un catalán que se alojó varios días en su hotel. Era la presa perfecta para sus antojos. Él era un hombre guapo, culto, educado, cariñoso y con mucha clase. Se dedicaba a comprar pequeños barcos de lujo a gente que tenía apuros económicos, para después venderlos en su negocio de Barcelona.

El tercer día que Marc se hallaba alojado en el hotel, recibió en su habitación una botella de champagne Moët Chandon, con una tarjeta —escrita de su puño y letra— en la que Carol, como directora del hotel, le agradecía haber elegido alojarse allí.

Marc, como hombre con clase que era, decidió conocerla y la invitó a cenar en la cubierta del yate que acababa de comprar.

Enseguida se dio cuenta de que Marc era uno de esos pocos hombres que saben hacer sentir bien a las mujeres. Esto y su elegante forma de coquetear con ella le hacían aun más atractivo de lo que ya era.

Carol sacó sus poderosas dotes de seducción y después de la cena acabaron revolcándose en el camarote del yate y haciendo el amor.

A la mañana siguiente zarparon rumbo a Barcelona. En condiciones normales la travesía habría durado dos días hasta el puerto de destino, pero ellos pasaron cinco días navegando hasta atracar en el puerto de Barcelona. Durante esos cinco días se dieron cuenta de la química sexual que había entre ambos y, a partir de entonces, los encuentros se repitieron cada vez con más frecuencia.

Los viajes en avión de Marc a Las Palmas de Gran Canaria y los de Carol a Barcelona eran constantes.

Pero Marc, en uno de sus encuentros, no pudo resistirse y le preguntó: «¿Por qué una mujer como tú está con un hombre casado y no con uno soltero?». Para él formular esta pregunta era la forma de cerciorarse que las reglas del juego estaban lo suficientemente claras para ella y que el único fin era pasarlo bien teniendo sexo y divirtiéndose juntos, sin ataduras.

La mayoría de los hombres que deciden tener un amante lo hacen para poner a prueba su autoestima. Necesitan tener la aprobación de otras mujeres y sentirse atraídos por ellas, sobre todo cuando en sus rutinarios matrimonios el grado de admiración de sus mujeres hacia ellos ha disminuido. Esto les motiva para emprender el camino hacia nuevas conquistas, quitándole la exclusividad sexual a su pareja y sin causarles el menor problema de moralidad.

Son muchos y variados los motivos que empujan a los hombres a traicionar a sus mujeres. Algunos maridos, si se sienten rechazados una y otra vez en las relaciones sexuales, deciden dejar de «molestar» sexualmente a sus parejas y buscan algo externo para satisfacerse.

Las mujeres llevamos peor lo de tener sexo por obligación.

Carol siempre pensó que lo tenía todo controlado, pero en esta vida las cosas se pueden llegar a complicar mucho.

Marc llevaba diez años casado. Tenía una mujer joven y guapa, también dos hijos de corta edad a los que adoraba.

En realidad, para Carol era la relación perfecta, sin ataduras y sin que él en ningún momento pretendiese llevar la relación más allá de lo sexual. Pero no siempre las cosas salen cómo las habías planeado, y llegó el momento en el que Carol no tuvo más remedio que rendirse a su debilidad y responder con absoluta sinceridad a la pregunta de Marc. «Me he enamorado de ti», le dijo Carol.

¿Qué ocurre si te haces adicta a tu amante? ¿Qué ocurre si tus mejores orgasmos son con alguien con quien no tienes futuro? Y,

¿qué ocurre si aún así no puedes dejarlo?

La mayoría de las amantes de hoy en día solo buscan sexo y no luchan para usurpar el puesto a la esposa. Para mi amiga Carol esto tiene una sencilla teoría, ¿quién querría dar el paso de tener una relación seria con un hombre que no es honesto con su mujer? Responder a esa pregunta era tan sencillo como tratar de ponerse por un momento en la piel de la cornuda esposa. Pero en su relación con Marc todo se escapó de sus propias teorías. Él, al sentirse presionado por la insistencia de Carol para que abandonase a su mujer, decidió dejar la relación.

Esa ruptura la rompió por completo por dentro, porque él era su adicción sentimental y sexual. Dime, ¿quién no se vuelve adicta al placer?, ¿quién no ama besar lo prohibido? Hay veces que el precio de sentir constantemente la emoción de la seducción, viviendo en esa burbuja de felicidad, es demasiado alto. Como dice la cita de Frida Kahlo, «El arte más poderoso de la vida es hacer del dolor un talismán que cura». Y no exenta de dolor, Carol decidió seguir consolándose en otros cuerpos, por aquello de que un clavo saca otro clavo. Dudo que ese sea el camino correcto...

Mi viaje ha terminado y ya me encuentro en el aeropuerto. No me gusta nada viajar en avión, pero me encanta la sensación de libertad que me da la idea de poder quedarme en la isla todo el tiempo que quiera. Las dos horas y media se me han hecho cortas, me he pasado todo el viaje pensando en mi amiga.

Me encuentro en la cinta esperando ver mi maleta plateada, casi inconfundible, en cuya asa lleva atado un pañuelo que me regaló. Después de diez minutos, mi apretada maleta aparece en la cinta y mientras llega a mí busco con la mirada la salida.

La veo a lo lejos luciendo esa enorme sonrisa que se acentúa por las marcadas facciones de su exótico rostro. Me hace espavientos y alza los brazos, que sobresalen por su altura del resto de la gente. ¡Esta chica, aparte de no tener vergüenza, está como una puñetera cabra!

Llama la atención su forma de vestir tan insinuante, despertando irresistiblemente deseo y envidia. Provoca a su paso que hombres y mujeres vuelvan la cabeza a punto de romperse el cuello al girarse para mirarla.

Me abraza con ímpetu y me mira estrujándome la cara. Tiene una seductora e innata mirada, y estoy segura que debe ser la reina de todas sus conquistas. Mientras, me piropea constantemente.

—¡Qué guapísima está mi Mery! ¡Aquí vas a triunfar! No te van a dejar marchar de la isla.

Entre risas vamos camino a su coche, que está aparcado a pocos metros de la puerta de salida del aeropuerto.

—¡Joder! ¿Ese es tu coche, Carol? ¡No me lo puedo creer! ¡Tendrás embelesados a todos los hombres de la isla!

Tiene un Mazda MX5 descapotable negro, que un rato después me desvela que fue el regalo de una de sus conquistas. Parecemos dos ricachonas de la jet set marbellí.

Vamos de camino al hotel, con la capota bajada. En el equipo de música del coche suena, despertándome nostalgia, la canción *True* de Spandau Ballet. Carol no deja de hacerme preguntas, casi no he terminado de responder una que ya me está haciendo otra.

A nuestra llegada al hotel, uno de los empleados uniformados se apresura para dirigirse hasta el coche, recoger mi maleta y acompañarme a la habitación que me han reservado. Mientras, Carol da órdenes con autoridad en la recepción, con un gesto muy distinto al que tenía durante nuestro viaje hasta el hotel.

Me ha alojado en una suite, quizás la mejor del hotel. ¡Un detallazo por su parte! Suena el teléfono de mi habitación, Carol me llama para proponerme una comida tranquila fuera del hotel, donde poder ponernos al día de todo.

Yo no he tenido tiempo para deshacer la maleta, pero esta chica es así de inquieta, para todo. No me deja respirar ni un segundo. Me doy una ducha rápida y sin tiempo para organizar mi ropa en los armarios, trato de ponerme un poco acorde con la sensualidad de mi amiga. Decido ponerme unos jeans, un top blanco que deja mi ombligo a la vista y unos zapatos con un taconazo importante para ponerme a su altura. Mi estatura de metro sesenta, mis curvas y mi melena rubia rizada hacen todo lo demás.

Cuando bajo Carol ya está montada en el coche. Lleva unas gafas de sol, que a buen seguro son el último modelito de alguna marca de moda, y un pañuelo en la cabeza que recoge su negra melena.

Allí sentada y de aquella guisa, con aquel precioso coche de zorra rica, parece una actriz de cine en una de esas películas eróticas en las que cuando sales tienes las bragas mojadas.

Nos dirigimos a un restaurante de comida italiana que se encuentra en el sur de la isla. Aquí no hay distancias largas y el clima invita siempre a hacer nuevos planes.

A nuestra llegada al restaurante noto que Carol lo visita con cierta frecuencia, porque nada más llegar, la encargada —una chica con un leve acento extranjero que habla un perfecto español con acento canario— nos acomoda en una mesa junto a una cristalera de inmejorables vistas.

Por mala que vaya a ser la comida cualquier persona pagaría satisfecha la cuenta solo por las vistas que ofrece al océano. Aquel rincón me hace olvidar por completo la ciudad de donde vengo, me aporta unas pinceladas de relax imposibles de sentir en una ciudad sin mar.

Carol enciende un Marlboro y, mirándome a los ojos con una de esas miradas cómplices que tienen las mejores amigas, dice:

—Bueno, ¿por dónde empezamos? Seguro que tienes muchas cosas nuevas que contarme —me dice, y termina con una pícaro

sonrisa.

—No estoy en mi mejor momento.

Estas respuestas con Carol son siempre arriesgadas, y yo, consciente del jardín donde me acabo de meter, sé que ahondará en todos los temas y me preguntará hasta el más mínimo detalle de todo. Así es ella, curiosa y descarada, y donde la confianza entre amigas da verdadero asco.

Yo nunca le hubiese contado a nadie lo que me contó acerca de sus escauceos después de su divorcio, pero Carol no tiene secretos ni filtro conmigo, para ella soy como una hermana en la que puede confiar hasta la muerte; y por mi parte, jamás se me ocurriría traicionar esta amistad.

Durante la comida, le cuento que, en la academia de música, un alumno diez años mayor que yo consiguió llamar mi atención. Le explico que posiblemente lo atractivo que vi fue precisamente eso, la diferencia de edad. Y que me conquistó con sus experiencias vividas. En ese momento no supe darme cuenta de que había más mentiras que verdades en las cosas que me decía.

¿Por qué a muchas mujeres nos gustan las relaciones con hombres mayores que nosotras? Debe ser una cuestión de madurez. Ellos tardan más en madurar que las mujeres jóvenes, y eso hace que nos aburramos antes de los hombres que tienen una edad cercana a la nuestra.

—El caso, Carol, es que consiguió convencerme, después de un año de relación, para que nos casásemos en un juzgado, ya que él era de origen venezolano y necesitaba conseguir tener ese arraigo legal en España para poder permanecer aquí y continuar nuestra relación. Cometí el error de acceder. Y a partir de ahí fue cuando comenzó mi peor pesadilla.

»Me di cuenta de lo mujeriego que era, y él mismo, después de casarnos, terminó confesándome que ya estaba formalmente

casado en Venezuela y aún no se había divorciado de su mujer. Me hizo la promesa de que eso era solo un puro trámite y lo resolvería todo. Pero este lobo con piel de cordero vivía en una mentira constante.

»Sospecho que me habrá engañado con otras mujeres, seguro que con unas cuantas. Pero esta última vez le pillé en mi propia cama con una de sus putas y le puse las maletas en la puerta de casa. Después me montó una escenita dramática en la que todas sus respuestas eran arrepentimientos y lamentaciones por lo que había hecho, pero hice oídos sordos a cada palabra que salía por su boca.

»Así sucedió todo, y ahora lo único que siento es rabia y frustración por haberme dejado engañar tan ingenuamente. Pero, sin embargo, creo que lo mejor que me ha podido suceder es librarme de ese cabrón que era la reencarnación del mismísimo diablo. Aunque hizo varios intentos de volver, no di un paso atrás.

»La secuela de esa relación me ha dejado una desconfianza total hacia los hombres. Me he sentido utilizada y usada por este hijo de mala madre al que deseo no volver a ver el resto de mi vida. En verdad, cada vez que termino una relación me acuerdo de Miguel y de aquella maravillosa historia de amor que vivimos, estábamos enamorados hasta las trancas. Y es algo que aún no he superado.

Carol me escucha atenta, apenas pestañea. Observo que mientras me escucha empatiza tanto conmigo que puede sentir lo que siento y cómo me siento en este momento.

Con tanta conversación, apenas hemos tocado la comida. Me quedo ausente mirando el mar infinito. Carol me agarra fuertemente las manos y con esa penetrante mirada me dice.

—Mery, ¡esta misma noche vamos a salir a darlo todo!

Pedimos los postres mientras de fondo suena *La chica de ayer* de Nacha Pop, esa canción que tantas veces me hizo llorar recordando

a Miguel. Pero me sobrepongo, pongo los pies en el suelo y pienso que estoy con mi mejor amiga, en el principio de unos relajantes días y que seguro serán para recordar toda mi vida.

Salimos del restaurante, los casi constantes 25 °C grados de esta isla y la alegría de la gente en la calle emanan vida. Solo hay un molesto viento que no cesa ni un instante y al que los lugareños parecen estar acostumbrados. Mis oídos están un poco atronados. Pero todo lo demás compensa, y mi estado de ánimo crece positivamente hasta el umbral de la felicidad.

De camino al hotel, divisamos playas y parajes divinos que me reconfortan. Carol me va contando graciosas anécdotas de las veces que ha visitado esas playas con sus amigos, y ninguna tiene desperdicio. Nos reímos a carcajadas y la media hora de coche de regreso al hotel se me pasa volando.

De camino a mi habitación pienso en la noche de copas que me espera, si bien es cierto que el cansancio del viaje ha hecho mella en mí. Necesito descansar, dormir unas horas y reponerme un poco. Estoy muerta, así que caigo rendida en la cama recargando pilas durante casi tres largas horas.

De pronto ya son casi las ocho de la tarde y pido la cena mientras deshago mi abultada maleta. Creo que no cabe ni un tanga más. Tomo una ducha templada y me visto para lo que a buen seguro será una noche de locura inolvidable, al menos para mí.

Después de cenar, salimos de ruta y llegamos a la discoteca Astoria. Es muy conocida en la isla. La marcha nocturna se hace notar, las calles están colmadas de gente y los coches pasan con la música a todo volumen, como si fuesen auténticas discotecas ambulantes.

Ante las hambrientas miradas de los grupos de tíos salidos que se agolpan a las puertas de la discoteca, nos hemos hecho paso hasta la entrada, y el portero, con los esteroides a punto de hacer que le estallen los botones de la camisa, nos invita a pasar comiéndonos

las tetas con los ojos. Escanea con su vista cada centímetro de nuestros apetitosos cuerpos. «¡Qué románticos son los hombres!», pienso.

No perdemos ni un segundo y nos hacemos, entre flashes y brillos, paso en la pista de baile. Bailamos como si fuéramos aquellas alocadas adolescentes de antaño que se adueñaban de la pista hasta que la música paraba de sonar.

Después de tres o cuatro canciones, nos acercamos a pedir unas copas y nos hacemos hueco junto a la barra. Reímos, apenas podemos hablar con el estridente sonido de la música. Sujetando la copa, miramos el ambiente que abarrota de gente todo el local.

Las miradas de los tíos sobre dos chicas solas no se hacen esperar, y casi tengo que rehuir constantemente miradas que trazan un plan de caza para esta noche. Media hora más tarde, dos tíos rebosantes de testosterona vienen directos al ataque.

Carol me mira y yo le correspondo preguntándole con mi mirada si son amigos suyos, pero por su expresión parece no conocerlos de nada. Nos invitan a una copa y comenzamos a hablar. Parece ser que están de vacaciones en la isla y se marcharán al día siguiente. Están ultimando sus vacaciones y han decidido pasar por Astoria, que es el garito de moda y con más marcha de la isla.

Bailamos con ellos y tomamos un par de copas más. La noche va entrando en calor y vamos cogiendo más confianza. Entre risas noto como de vez en cuando el más «ciclado» me agarra por la cintura. La verdad es que el chico va lanzado y me dejo llevar, esta noche quiero ser un poco Carol. Seguimos hablando y me cuesta seguir el hilo de la conversación. Las copas van haciendo efecto en mí, pero mi cabeza aún está lo suficientemente lúcida para darme cuenta que al cachitas le gusto. En los silencios cruzamos miradas que yo no esquivo. Me mantengo alerta y a la vez nerviosa. Apenas le conozco y me cuesta mantener la calma porque tengo cada vez más claras sus intenciones.

Se acerca para darme un húmedo beso con sabor a Ginebra, que correspondo con todas esas putas ganas reprimidas que desde hace semanas no desahogo con mis masturbaciones nocturnas. Me agarra las manos por las muñecas y las pone alrededor de su cuello, no deja de besarme deliciosamente y sus manos empiezan a recorrer mi espalda. Le pido que pare. ¡Paso de dar la nota en los sillones de la discoteca! Y es entonces cuando le propongo que salgamos a la calle.

Durante el paseo cada esquina es el lugar idóneo para comernos las bocas, mientras sus manos buscan ansiosas mis pezones que se marcan con gran éxito en mi top blanco ante la ausencia de sujetador. Los pellizca con intensidad entre sus dedos para después pasar a suaves caricias. Yo siento como me sube la calentura. Paramos y me propone pasar la noche con él, en el hotel donde se aloja.

Las dudas me invaden, dudo tanto que después de decirle que acepto su proposición, le digo lo contrario. Al minuto ya le he dicho que no lo haré, que prefiero que me acompañe a mi hotel. Pero justo a mitad de camino, vuelvo a cambiar de opinión: quiero experimentar a qué sabe un polvo de una noche. Aquel tío me atrae y la química hormonal me empieza a subir. Así que, con la voz casi temblorosa, le pido que me lleve caminando hasta su hotel.

Llegamos a la habitación. Me cede el paso al entrar, y, en ese momento, se lanza al ataque, agarrándome con fuerza mis pechos por mi espada. Me gira y de nuevo continúan los besos, al tiempo que mi humedad sigue empapando mis bragas. Tira hacia arriba de mi top, dejando mi pecho al aire y comienza a lamerlos con suma delicadeza. Mi excitación crece a pasos agigantados, mi respiración se hace más rápida y mis pulsaciones laten al mismo ritmo que las contracciones de mi vagina, que envía impulsos nerviosos a mi cerebro implorando con ansias ser penetrada.

¡No puedo creer que esté haciendo esto, pero no quiero parar! Nos despedimos por completo de la ropa y saca su billetera. «¿Es que piensa pagarme?» pienso en ese instante. Pero no, vaya susto. Por

un momento pensé que me había tomado por una puta. Bueno, lo cierto es que creo que no habría ido muy desencaminado por esta noche si así fuese.

Saca un condón de la cartera y de espaldas a mí se lo coloca en ese duro pene que ya había sentido cuando apretaba su cuerpo contra el mío. Me agacho ante él con la boca abierta a punto de desencajar mi mandíbula, y devoro su glande engomado por el preservativo. Muevo mi cabeza con ansias atrasadas de sexo. Me esmero en darle todo el placer que puedo a aquel niño a la espera de mi recompensa.

Me tira sobre la cama de espaldas y me penetra. ¡Le grito que lo haga más fuerte! Deseo que este cabrón se clave hasta el fondo de mi útero. Me mantiene unos minutos inmersa en la desesperación, hasta que de un empujón hace añicos la poca decencia que me queda, y de un golpe saca el aire de mis pulmones y sale por mi boca un grito de placer.

Entra y sale con un ritmo cada vez más acelerado, y mi ardiente cavidad lo aprieta ahogada en deseo. «No me importa quién seas, porque para mí solo eres una polla dándome placer. Ahora solo puedo pensar en mi deseo», estoy pensando para mí misma.

¡Tengo la necesidad de masajear mi clítoris violentamente! ¡Lo hago! No paro hasta sentir un corto orgasmo, al tiempo que su peso cae sobre mi espalda ante los espasmos del suyo.

Caemos rendidos, jadeantes y con una leve sonrisa de gratitud mutua, que, de forma contradictoria, se mezcla con el sentimiento de culpa por haberme entregado a este imbécil como si fuera una puta.

Sintiéndome vacía, sin alma, sin más conexión con él que la de un polvo de una noche, siento incluso vergüenza de mí misma, pero trato de disimular.

Orgullosa y satisfecha de su virilidad me pregunta si me ha gustado. Yo, complaciente, con la respuesta que él espera de mí, le digo que ha sido fantástico, pero que me gustaría que me llevase en coche a mi hotel para poder descansar. Él saldrá en uno de los primeros vuelos de la mañana siguiente y no me apetece madrugar. Acepta mi petición.

De camino al hotel me deja su número de teléfono, al que por supuesto nunca tendré la tentación de llamar. No es que me arrepienta de lo que he hecho, pero siento que ese no es mi estilo de vida. Ha sido solo sexo, pero me siento sucia, infiel a mis principios. Sencillamente no estoy hecha para esto.

Ya en mi habitación vuelvo a recordar a Miguel, no puedo evitar tener nostalgia de aquellos días, son los mejores recuerdos de mi vida, es por eso que pienso que la distancia más corta entre dos personas es una bonita historia. Y esa es mi historia, la única que se ha grabado en mí.

Son casi las doce de la mañana y el sol que llevo sintiendo en mi cara desde hace horas me hace despertar. Imágenes de la noche anterior se me vienen a la cabeza, y decido ducharme aunque ya lo hice anoche a mi llegada al hotel. Pero quiero borrar sus huellas de mi cuerpo, sentirme limpia y quitar de mi piel hasta el último resquicio de lo sucedido.

Marco en el teléfono la extensión del despacho de Carol, y no obtengo respuesta. Quizás hoy no vino al trabajo, o quizás esté despertando en la habitación de algún hotel junto al otro niño.

Me visto después de tomar una larga ducha y preparo mi bolso de playa para hacer un día relajado.

Los días transcurren un poco iguales en la isla y sin sobresaltos sexuales. Es posible que este no sea lugar para mí, o puede que no sea el mejor momento para disfrutarlo al cien por cien. Es verdad que Carol se esfuerza por complacerme y conseguir levantar mi estado de ánimo, pero no siempre lo consigue. De hecho, ya estoy

pensando en marcharme a mi rutina de Madrid, a mis clases de música y a mis responsabilidades diarias. Puede que sean la mejor medicina para olvidarme de todo.

Definitivamente, tres días después decido marcharme y me despido de Carol.

CAPÍTULO II

Después de mi llegada a Madrid la vida sigue igual que siempre. Me siento en la butaca del metro, en la estación de siempre, y miro esas caras desconocidas, intentando imaginar sus vidas, sus trabajos, su forma de vida. Me pregunto si serán felices. Y la verdad es que yo no lo soy del todo. Es cierto que tengo un trabajo que me gusta y que he conseguido una forma de vida independiente, pero me falta lo más importante: me falta ilusionarme, sentirme enamorada, olvidarme de mi pasado oxidado que tanto me atormenta. Eso daría más sentido a mi vida.

Salgo con mis amigos de siempre, a los mismos locales de copas de siempre, voy a los restaurantes de costumbre y donde el camarero ya sabe nuestros nombres e incluso bromea con nosotros en esa limitada confianza adornada con conversaciones huecas que terminan en risas fingidas.

¡Odio esta rutina! Y empiezo a entender el dicho de que «la vida solo son dos días». Realmente vivimos inmersos en nuestras vidas monótonas, con el mismo trabajo, los mismos amigos, los mismos lugares. Y reflexiono que ese automatismo hace que la vida pase sin pena ni gloria.

Necesito estrenar nuevas emociones. Pero no ese tipo de emociones que desencolan camas todos los fines de semana. Siento que algo dentro de mí me mantiene insatisfecha. Ahora que he conseguido atravesar esa línea de meta imaginaria que me había propuesto alcanzar en mi joven vida, sigo sin ser feliz. Quizás es lo normal y es posible que esto sea una de las muchas frustraciones que la mayoría de gente que veo en el vagón de metro cada mañana esté viviendo. Yo imagino que sus vidas son mejores que la mía, pero probablemente no sea así.

Hoy he salido temprano del trabajo, el último alumno de clases de piano se puso enfermo y he decidido hacer parte del camino dando un paseo. Voy mirando el tráfico de los coches, y me fijo en los distintos estilos arquitectónicos de algunos edificios en los que no había reparado antes.

Un joven se exhibe, vestido de escultura griega, en medio de la acera, la gente se arremolina y deposita unas monedas en su viejo sombrero, que está postrado en el suelo de la calle para mirar con atención su gesto de agradecimiento. La vida de las grandes ciudades me fascina.

Me gusta ser una persona anónima y sentir cómo vas cambiando de escenario y cómo te sientes diferente en cada uno de ellos, como si fuese una actriz en una función de teatro.

Después de deambular un rato, llego a casa, lo hago todo de forma mecánica. El rin del teléfono se escucha en el salón. No me apetece hablar con nadie. Fijo mi mirada en él y dudo si descolgar o no, no tengo ganas de atender otra de esas llamadas de algún alumno que desea resolver sus problemas de lectura con las partituras. Pero como no tengo nada mejor que hacer, decido descolgarlo y probar suerte.

Es Natalia, mi querida amiga Natalia, que me llama entusiasmada para invitarme a su boda. No sé si sentir envidia o compadecerme de ella, pero hago verdaderos esfuerzos para estar a la altura de su entusiasmo y acepto la invitación para asistir, a pesar de que nos separa una larga distancia.

Natalia no forma parte de mi actual círculo social de amigos, por lo que el viaje hasta La Coruña tendré que hacerlo sola. Así que, nada más colgar el teléfono me pongo rumbo a la estación de Atocha para sacar con tiempo el billete de tren y poder llegar a la boda.

La estación de Atocha es un auténtico caos, se encuentra en plena remodelación. La causante de esta nueva infraestructura es la Expo

92 y su objetivo de unir Madrid y Sevilla en una línea de Alta Velocidad.

Por fin llego a la taquilla soportando el molesto ruido de las obras. Compro un billete para un tren nocturno que parte de Madrid la noche del viernes anterior al día de la boda.

Regreso a casa. Ya es tarde, las luces de la ciudad conquistan la noche mientras voy caminando hasta la estación de metro más próxima.

Van trascurriendo los días, unos iguales que otros, sin sobresaltos, sin nada que llame substancialmente mi atención, sin que se rompa mi monotonía diaria. Esta mierda de rutina me está matando, tengo la sensación de que el tiempo no vale nada, las horas se pierden sin otro sentido que el de irse al cajón del olvido, allí donde se depositan las cosas que nunca vuelves a recordar.

Llega el día de mi viaje a La Coruña. Me apresuro para coger con tiempo otro puto taxi que me lleve hasta la estación de trenes. ¡Y es que odio los taxis! No sé qué ocurre, pero siempre voy con la hora justa, debe ser algo intrínseco en mi personalidad que se contradice con el valor que doy a la puntualidad. Pero a pesar de todo siempre soy puntual a mis citas, y siempre pienso que la próxima vez saldré antes para poder llegar más tranquila. Pero la siguiente vez vuelve a ser lo mismo.

Me subo en el Talgo con destino a La Coruña. Soy de las primeras personas en ocupar mi plaza en el vagón de clase turista. Miro por la ventana a la gente que desde el andén busca su vagón. Llevo un rato observando las caras que pasan, lo hago desde el cristal de la ventana que está pegada a mi asiento. Ahora no pienso cómo serán sus vidas, solo me fijo en lo superficial. Por ejemplo, veo una pareja de novios con cara de enamorados, van agarrados de la cintura y el chico hace intentos por besar a la chica en la mejilla, pero ella va tan distraída que no se da ni cuenta. Otra chica joven tira de su enorme maleta, está siendo el centro de las miradas de los viajeros que ocupan el andén. Seguramente les llama la atención por la ropa tan

ajustada que lleva. Y es que parece envasada al vacío. Pero ella, consciente y orgullosa de ello, se pasea despertando lascivas miradas entre los viajeros. Oportunamente se para justo delante de mi ventana, parece que busca algo dentro de su bolso. Me fijo que saca un paquete de cigarrillos y sigue explorando. Alza la mirada, parece que busca a alguien a su alrededor. En ese momento, un tío bastante atractivo que no ha podido evitar mirar a la estrella del lugar, estudia su jugada. Ella llama su atención con el cigarrillo colgando de sus labios, parecen inyectados en silicona, y hace un gesto de pedirle fuego. El tío guapo dibuja una sonrisa en su cara y saca un mechero, aprovecha la bajada de cabeza de la chica para desnudarla milimétricamente en dos parpadeos. Y pienso nuevamente en la simpleza de los hombres y en ese innato instinto animal que les pierde en cuanto ven un culo apretado embutido en unos pantalones.

Creo que la mayoría de las mujeres somos diferentes a los hombres. No nos dejamos llevar por la vista y eso nos da ventaja, porque tenemos más margen de tiempo para pensar qué es lo que hay más allá de una fachada de «tío bueno». Bueno, la verdad es que no siempre, pero al menos elegimos el cuándo, el cómo y si nos apetece. Lo sopesamos todo un poco más que ellos. Los hombres, sin embargo, viven gobernados por su virilidad y siempre están preparados para demostrar su hombría a poco que tengan ocasión.

El vagón en el que viajo ya va ocupando sus asientos, pero el lugar que está junto al mío aún permanece vacío. Van a ser casi seis horas de viaje, y pienso si tendré la suerte que no se haya vendido el asiento contiguo... No me apetece contarle mi vida a un desconocido, ni escuchar la vida de nadie. Y es cierto que cada vez me estoy volviendo más insociable, cada vez me apetece menos conocer gente nueva. En fin, y todo esto se contradice con mis ganas de romper mi monótona vida. Pero algún día podría ocurrirme que, hablando con uno de esos desconocidos, encontrase al amor de mi vida. Ciertamente no me doy oportunidades para hacerlo.

He tenido suerte, el asiento que está junto al mío permanece desocupado y el tren comienza a moverse. Me acoplo mis auriculares y escucho otra vez a Mecano. He escuchado tantas veces sus canciones que tengo la sensación de haberlas escrito yo misma, me identifico con algunas letras y me transportan a tiempos a los que me gustaría volver. Ahí reside también otro de los encantos de la música, de la que me confieso una gran enamorada, tanto que siempre tuve claro que mi vida tenía que girar en torno a ella.

El galán del mechero que trataba de conquistar a la chica apretada hace presencia en mi vagón. Y pienso, «¡He tenido suerte, al menos podré alegrarme la vista durante algunos ratos del largo viaje que me espera!».

Mantengo atenta mi mirada para ver dónde tiene el asiento. Y ¡bingo! Su asiento, al otro lado del pasillo y en sentido contrario a la marcha del tren, lo deja directamente a mi vista.

Han pasado ya dos horas de viaje desde que partimos de la estación. Y dentro de mi aburrimiento sigo observando las pocas personas que ocupan el vagón. De vez en cuando echo un vistazo al tipo del mechero con cara de buen follador. Ya es como si fuésemos viejos conocidos.

Las vistas nocturnas solo dan para divisar las luces de algún pequeño pueblo a lo lejos. Un señor mayor da señales de vida con sus ronquidos que retumban en todo el vagón. El galán, no sé su nombre, mira al roncador perplejo por su capacidad pulmonar, mientras yo me ocupo de mirarle tratando de adivinar su edad. Aparenta unos 30 años, pero la verdad es que, tenga la edad que tenga, el hombretón no tiene desperdicio. Con el físico que porta seguro que tiene cientos de kilómetros en su polla.

Pasa otro rato y observo a una señora de cierta edad que lee un libro del que no logro ver el título, pero mi rabillo del ojo me mantiene distraída vigilando al muchachote, que ahora —aleluya— se acaba de percatar que existo.

Le miro, me mira, se cruza con mi tímida mirada y vuelvo la cara hacia el cristal de la ventana para intentar recuperar de nuevo mis pulsaciones. Me vuelvo descarada y de nuevo le miro directamente. Una sonrisa se perfila en su cara, haciéndome bajar de nuevo la mía y poniendo de manifiesto otra vez mi timidez. Es esa timidez que me invade cuando alguien me gusta a primera vista y me siento intimidada.

Fijo mis ojos en el folleto informativo de la red de trenes que encuentro en la redecilla del asiento que tengo delante de mí. Lo cojo y comienzo a leerlo sin ningún interés, con el solo pensamiento puesto en si seguirá mirándome el apuesto galán. Pero no me atrevo a levantar los ojos de aquel aburrido folleto, empiezo a notar la tensión de mis piernas, que están cansadas por las horas de viaje. Quizás me vendría bien visitar el vagón donde se encuentra la cafetería.

Con esta buena idea, me levanto del asiento y no puedo evitar alzar otra vez mi mirada hacia el asiento donde estaba sentado el chico guapo, pero me encuentro con su butaca vacía y me dirijo directa a la cafetería.

Nada más llegar le veo sentado en el final de la corta barra del bar. Procuro evitar, sin demasiado éxito, el juego de miradas. Creo que también se ha dado cuenta de que me he fijado en él.

El café que me acaban de servir casi no se puede tocar del calor que desprende la taza. Meto la cucharilla y la muevo sin parar, estoy totalmente concentrada en enfriarlo. Pero no es fácil evitar la mirada de aquel descarado en un espacio tan reducido, aún no sé lo que pretende y ni siquiera se ha dirigido todavía a mí. Los segundos se me hacen eternos y el jodido café tarda en enfriarse.

Me encuentro incómoda, nerviosa y algo excitada, me hago pajas mentales con lo que intuyo que podrían ser sus intenciones. Pero lo único que quiero en el fondo y en ese preciso momento es portarme bien, ser una niña buena, terminar el café y volver a mi asiento.

El café ya está templado y, a sorbos pequeños pero con cierta prisa, me lo tomo, mientras le pido al camarero que me cobre. «Le ha invitado el caballero, señorita», me dice con una media sonrisa pícaro que delata que se ha percatado perfectamente de lo que está sucediendo.

Dirijo mi mirada hacia el tío bueno y le doy las gracias agarrando la manecilla de la puerta que me sacará del vagón. Él me mira como Mickey Rourke miraba a Kim Basinger mientras se quitaba la ropa al ritmo de la canción de Joe Cocker.

Respiro hondo en un intento de aliviar mi nerviosismo, intento controlar la situación y tratar de poner mi cabeza en orden y no dar un paso en falso del que después pueda arrepentirme.

Enfilo el pasillo. Voy camino del aseo que se encuentra en el vagón contiguo al de la cafetería para retocarme un poco la cara y disimular el cansancio del viaje a mi llegada. Miro hacia atrás y observo que él camina a pocos metros de mí. Abro la puerta del aseo y justo al girarme para cerrarla, su mano sujeta la puerta. Yo no hago ningún esfuerzo para resistirme y lo miro directamente a los ojos.

Visto de cerca, este cabrón es aún más atractivo de lo que yo pensaba.

Me pone una mano en la cintura y me gira con brusquedad, mi cara queda a pocos centímetros del pequeño espejo del aseo. Desde mi espalda abarca con sus brazos mi cintura y dejo escapar un suspiro que arranca un leve gemido. En este mismo instante ya siento un cosquilleo dentro de mis bragas, donde mi clítoris, baquetas en mano, redobla los tambores. Dudo en décimas de segundo en cómo reaccionar, pero no me da tiempo. Siento su boca en mi cuello y mis ojos se cierran anunciando que ya no hay vuelta atrás. El momento hace que mi excitación suba en segundos y me noto mojada, cada vez más mojada. ¡Creo que acabo de batir el récord de tiempo en excitarme!

Sus manos recorren mis pechos y cada vez me pierdo más en mi humedad. No me puedo creer que esto esté sucediendo otra vez. Bien podría tratarse de una de esas fantasías que a veces uso para masturbarme a solas. Pero es real y estoy a punto de tener uno de los polvos más sucios de toda mi vida.

Mi falda ya está subida y arrugada en mi cintura, mis manos aprietan los bordes del lavabo. Intuyo que él está mirando mi cara reflejada en el espejo. Dejo que hable su respiración y yo, hipnotizada por su perfume, puedo sentir sus ojos de deseo. Me siento sexy, muy sexy, con mis bragas por las rodillas y mi falda en la cintura.

Mientras me calienta cada vez más con sus jadeos rozando mi oído, empino mi culo y aprecio las yemas de sus dedos recorriendo mi sexo, aprobando mi excitación, preparando el terreno para la estocada final.

Aún no me ha penetrado y puedo sentir mi orgasmo llamando a las puertas de mis cinco sentidos. Es solo sexo, pero mi cuerpo se estremece y mis tacones rehílan con el temblor de mis piernas. Echo hacia atrás mi mano con ganas de palpar ese pene que oprime mis nalgas. Encerrado todavía en la jaula de su bragueta, bajo la cremallera de su pantalón, retorciendo mi brazo más de la cuenta por la postura en la que estoy encajada. Y para mi sorpresa, no lleva bóxer. Me hace pensar que no me equivocaba, y me reafirmo en mi idea de que este follador nato tiene kilómetros y kilómetros en esa polla.

La cojo en mi mano y la aprieto, al tiempo que él retira mi melena besando mi nuca, encendiendo más y más mi deseo.

Apunto el muñeco para que haga el trabajo duro. Lo encajo en mi cavidad, me retuerzo apretando mis muslos como si me fuera la vida en ello. El vaivén de sus movimientos despierta en mí sonoros gemidos que me hacen pensar que alguien pueda estar escuchándonos. Pero eso me excita aún más que la entrega de mi

cuerpo a este completo anónimo. No puedo ver su cara, pero lo imagino tensando su mandíbula a punto de estallar.

No pasa más de un minuto y el macho se ve sobrepasado por su excitación. Hace un movimiento brusco de salida y mis nalgas reciben a chorros sus espesos fluidos, escurriéndose por detrás de mis piernas. No vuelvo la cara hacia él. No quiero mirarle. Me mantengo en silencio, agarrada al lavabo, con mis brazos temblando y con la mirada fijada en ese grifo que gotea, igual que mis nalgas.

Estoy a la espera de alguna palabra de gratitud por su parte, pero lo único que escucho es el sonido de su cremallera y una palmada en mi nalga que parece ser la despedida.

Me quedo excitada, aún más excitada que al principio. Me quedé sin el orgasmo, esperaba que me regalase uno este supuesto experto, curtido en polvos y que acaba de desaparecer sin cruzar palabra. Pero lo cierto es que me siento satisfecha de haber sido la protagonista de una de una de mis fantasías sexuales.

Termino de quitarme el tanga, lo pongo en el centro de mi mano y aprieto fuertemente el puño tratando de esconderlo. Bajo mi estrecha falda y me recompongo un poco en el espejo.

Enfilo de nuevo el estrecho pasillo, y lo primero que hago es buscar el maletero que se encuentra justo encima de mi asiento. Esta vez no hay miradas, ya no busco su cara.

Saco mi maleta del maletero y, portando mi bolso de mano, salgo del vagón para sentarme en otro que se encuentre medio vacío. Paso dos vagones más y entro en el siguiente. Tan solo hay un hombre viejo que permanece dormido, abrazado a un pequeño bolso de deporte que parece que sea todo su equipaje. Busco el asiento mas alejado del viejo y me siento en el lado de la ventana. Mi excitación aún no me ha abandonado, mi corazón late a un ritmo desenfrenado. Busco en mi bolso un cepillo de dientes, siempre suelo llevar uno. Lo agarro fuerte por la parte de las cerdas, dejando el mango a la vista y sobresaliendo de mi mano. Subo de nuevo mi

falda y comienzo a masturbarme enérgicamente, como si no hubiera un mañana. Froto mi clítoris con el mango del cepillo. Lo hago cada vez mas rápido y muerdo mi mano izquierda para que no se me escape un gemido. Contengo la respiración, tenso mis piernas, endurezco mi abdomen y, en menos de dos minutos, me corro como una loca.

¡He vaciado mis ganas!

Me siento relajada, totalmente extasiada, en mi cabeza escucho esa hermosa sinfonía inacabada de Schubert. Para bien o para mal esta fantasía que acabo de vivir en mis propias carnes pienso guardarla en los archivos de mi memoria para siempre.

Apoyo la cabeza en el cristal de la ventanilla, cierro los ojos y me dejo llevar por el sonido del tren. Estoy vencida por el sueño.

Cuando despierto, me detengo a mirar el asiento de al lado. Está sucio, con manchas que parecen llevar siglos decorando el asiento. Y siento asco, mucho asco. El vagón huele a humanidad, a tren, porque aunque no esté definido como olor, el olor a tren existe. Yo huelo a sexo con mezcla de mi perfume y el del macho alfa, y también me doy asco después de aplacar mi deseo. Es la segunda vez en un mes que le soy infiel a mis principios.

Me siento una mierda. Por momentos la excitación que sentía hace un rato se transforma en una amargura invisible que alimenta el desencanto que tengo de la vida, de los amores, de los hombres. Y me quiero morir.

Y es que traiciono mis principios constantemente, soy consciente de ello, y después me torturo. Pienso que me estoy volviendo una persona inestable y me gustaría volver a ser de nuevo una niña. Esa niña protegida por su madre, que hiciera lo que hiciese encontraba siempre un consuelo, un beso o un abrazo que me reconfortaba hasta el alma. Como cuando llegaba un poco tarde a casa y mi madre me esperaba despierta, hasta que oía el ruido de la puerta y salía al pasillo solo para preguntarme si estaba bien. Me acuerdo

que aprovechaba ese instante para mirarme a la cara y sacar sus propias conclusiones, sin importar lo que yo respondiera, ella solo quería saber si me encontraba bien.

Los altavoces del vagón anuncian que estamos llegando al destino. Trato de maquillarme un poco y saco de mi bolso un pequeño espejo de maquillaje manchado con mis huellas dactilares, y empolvo un poco mi nariz después de retocar ligeramente mis labios.

El tren ya aminora la velocidad por la proximidad a la estación. Cojo mi pequeña maleta y agarro el asa del bolso sin soltarlo. No me lo quiero olvidar.

El tren por fin se detiene, y otro mensaje de voz nos indica que hemos llegado a destino, nos agradece el haber viajado en su compañía y nos invita a abandonar el tren.

Bajo al andén y busco la salida. No es una estación demasiado grande, al menos no lo es si la comparo con la de Madrid.

Paso al lado de la cafetería de la estación y veo su barra repleta de hombres barrigudos, resignados y vestidos con ropa de trabajo, están tomando café y bollería industrial para seguir nutriendo sus panzas. Dudo si entrar o no. Pero aún es muy temprano y todavía faltan tres horas hasta las doce de la mañana, que es la hora permitida de entrada al hotel. Así que decido quedarme a tomar un zumo de naranja y hacer un poco de tiempo.

Un teléfono en la esquina de la barra me hace pensar que debería llamar a Natalia. Pero aún es temprano, temo despertarla antes de tiempo, especialmente en su última mañana de soltería.

Salgo a la calle y está lloviznando, así es el norte del país. Es precioso por sus verdes paisajes, pero con el costoso precio de tener que acostumbrarse a vivir con mal tiempo.

La acera está mojada, resbaladiza, y mis zapatos de fino tacón no van acordes con la climatología. ¡Los pies se me están quedando helados! Camino aproximándome a la fila de taxis. Un taxista apoyado en su coche fija la vista en mí, poniendo cara de... «Voy a tener suerte». Se dirige a mí con amabilidad. Yo saco una de esas sonrisas estándar para cada ocasión y le saludo con unos «buenos días», acercándole el equipaje para que lo cargue en el maletero del coche.

Le doy el nombre de mi hotel y enchufa el taxímetro sin perder ni un segundo, por si se le queda algún minuto sin cobrar. Me mira por el espejo retrovisor sin soltar ni una palabra. Debe ser de esos que tienen por norma que si el cliente no le da conversación es mejor mantenerse calladito. Y lo agradezco, no puede imaginar cómo lo agradezco.

El trayecto se alarga por el tráfico. Es la hora de entrada al trabajo y el movimiento de gente estresada que se desplaza hasta sus empleos provoca este denso tráfico. El taxista sigue sin mediar palabra, pero sigue sin quitarme ojo por el espejo retrovisor. Parece no aguantar más el tenso silencio, y me pregunta.

—¿Señorita, le importa que ponga un poco de música?

—¡No, claro que no me importa! —le respondo volviendo a sacar otra de mis sonrisas del catálogo de sonrisas.

Y mete una cinta de casete y suena la canción *Al partir*, de Nino Bravo. Me pongo melancólica, el fantasma de Miguel vuelve a mi cabeza. Es como si cada vez que alguien me pusiera una mano encima, él se manifestase para hacerme sentir mal. Pero esta vez, no. No puedo ser la aguafiestas de la boda de mi amiga Natalia. Tengo que olvidarme de todo e intentar sacar lo mejor de mí en un día tan especial para ella.

Llegamos al hotel, el taxista, con esa espalda dos tallas mas grande que el respaldo del asiento, gira medio cuerpo para mirarme y decirme que hemos llegado. Pago y le dejo cortésmente las

monedas del cambio como propina y para agradecerle su amabilidad.

Cruzo la puerta giratoria de la entrada al hotel y camino a la recepción observando todos los detalles. Tiene clase, la pinta es estupenda. Un piano blanco de cola, situado en el centro de la recepción, me enamora a primera vista. No puedo apartar mis ojos de él.

Miro el reloj, aún son las diez y media y pienso si no será demasiado pronto para hacer el *check in*. En la recepción una chica uniformada e impecable me recibe con una amabilidad exquisita. Le doy mi documentación y me dice que he llegado demasiado pronto al hotel, parece que aún están terminando de arreglar las habitaciones. Pero me indica que puede hacerse cargo de mi equipaje y que puedo tomar un café en la cafetería del hotel.

Fijo de nuevo la vista en el precioso piano que decora la recepción.

—¿Se puede tocar en ese piano? —le pregunto.

—Me temo que no se puede, señorita. En ese piano solo puede tocar un pianista contratado por el hotel —me responde dudando.

—Discúlpeme, pero yo también soy pianista.

—En ese caso, puede tocar el tiempo que quiera —me dice con una sonrisa en sus labios.

Me siento en el maravilloso piano y comienzo a tocar el nocturno número dos de Chopin. Me abstraigo y empiezo a sentir una relajación total. Ni siquiera siento el cansancio por las horas de viaje. Y en poco tiempo, no solo he dejado de sentirme mal sino que ahora me siento de maravilla.

Ahora este precioso instrumento es mi confidente, calma toda la ansiedad que sentía hasta hace un momento. Toco sin parar, sin

preocuparme de si alguien me está escuchando, porque no estoy tocando para nadie, estoy tocando para mí. Es como un analgésico para mi alma que tantas veces he sanado con la música.

CAPÍTULO III

Subo a mi habitación. Lo primero que hago es llamar a Natalia para decirle que estoy en el hotel. Es un manojito de nervios, está ultimando los detalles de mañana y me pide disculpas por no poder venir a recibirme.

Miro por la ventana, el cielo está gris y siento que yo también lo estoy. El cristal de la ventana se moja con las gotas de lluvia movidas por el viento que hay en la calle. Me tumbo, pongo la televisión. No me interesa nada de lo que veo, y pongo música clásica desde el hilo musical que descubro junto al cabecero de mi cama. Me quito la ropa y lleno la bañera para darme un baño templado. Me relajo, solo me faltan las velitas y los pétalos de rosa esparcidos en la superficie del agua. Enciendo un cigarrillo e inhalo hondo el humo conteniéndolo en mis pulmones. Siento una paz infinita. Es como hacer las paces conmigo misma, con mis inseguridades, con mis miedos, con mis deseos a veces incontrolables.

Me viene a la cabeza el tío del tren. Me pregunto qué es lo que habrá pensado de mí. Quizás ha pensado que soy una chica fácil que ha tenido sexo con medio mundo. Eso me jode, me jode enormemente, porque no me tengo por una chica fácil y apenas he tenido relaciones sexuales en mi vida. En el fondo me importa una mierda lo que ese cabrón piense de mí. No me gustan los facilones, eso sí lo aprendí de Miguel.

Recuerdo la segunda cita. Estábamos en una discoteca y, en el momento de la despedida, me acerque a él, venciendo esa timidez que llevo intrínseca en mi ADN, y me lancé con esa ñoñez que caracteriza a una enamorada. Le di un cauteloso beso en los labios. Al día siguiente me recriminó aquel beso, porque no le gustaban las chicas fáciles. Me quedé planchada con su comentario. Si en ese momento me hubiese tragado la tierra, me hubiera sentido mejor. En

un primer momento, me pareció un gilipollas, un niño engreído. Pero ese efecto me duró poco tiempo, porque estaba enamorada hasta la médula.

Salgo de la bañera y me enrosco la toalla mirándome al espejo. La luz del espejo es tan potente que me veo pelos donde yo habría jurado que no los he tenido nunca, pero me veo guapa. Al menos la autoestima la sigo conservando intacta y eso me levanta el ánimo.

Me tumbo en la cama todavía con la toalla enroscada por encima de mi pecho y no tardo en quedarme dormida. Despierto y miro el reloj, señala las cinco y media de la tarde.

Me he saltado la hora de la comida, pero no tengo hambre y decido aguantar hasta las siete para bajar a cenar a la cafetería del hotel. Después de hacer una cena ligera, subo de nuevo a la habitación y me echo a dormir.

Me despierta el soleado amanecer del sábado. La boda es a las una del mediodía. Comienzo a vestirme con tiempo. Estrenaré unas medias transparentes preciosas, a juego con el liguero. Me gusta sentirme sexy. Jamás a ningún hombre le he regalado la vista con una ropa interior tan insinuante. Algún día lo haré, pero será para alguien que sea muy especial.

Me enfundo en mi vestido satinado de color champagne, y me pongo unos zapatos dorados de tacón de aguja, a juego con mi *clutch*. Y salgo pisando fuerte por el pasillo enmoquetado. Siempre he escuchado a las amigas de mi madre ese dicho que dice que «de las bodas siempre salen bodas». Y, por si acaso, yo vengo preparada para todo.

Cojo un taxi y me pongo rumbo al casco antiguo de la ciudad, donde se encuentra la bellísima iglesia de Santiago. Allí se casará Natalia. Hace veinte años fue declarada monumento histórico artístico y es el templo más antiguo de la ciudad. Contemplar las obras de arte es otra de mis pasiones.

Llego hasta la puerta de la preciosa iglesia, la gente espera la llegada de los novios. Enciendo un cigarrillo para disimular la incomodidad que siento al no conocer a nadie. Y mientras observo algunos modelitos de las chicas que están en la puerta, y mi subconsciente me dice que esos modelitos no me los pondría yo ni en una fiesta de disfraces.

Primero llega el novio en un coche de color negro, ni siquiera le conozco, pero tiene cara de buen chico. Me pega para mi amiga Natalia. Poco después llega ella, está radiante, metida en ese vestido blanco que lleva escrito que le cambiará la vida por completo. Lleva la felicidad reflejada en sus ojos. Yo me siento feliz por ella, deseo que ese cambio en sus papeles sea para mejorar aún más la excelente persona que ya es.

La misa se me hace interminable, aburrida, me recuerda a las misas de mi colegio, o quizás debe ser mi falta de costumbre. A la salida, en medio de una lluvia de arroz de esas en las que se te meten los granos hasta en las bragas, me acerco a Natalia para abrazarla y darle la enhorabuena.

Ella me agarra de la mano y tira de mi brazo hasta un grupo de amigos donde se encuentra Ana. Después de las oportunas presentaciones, se despide con un «¡cuidadme a esta chica, es una joya!». Y me quedo allí, poniendo cara de *soy una buena chica*, ante la mirada observadora de todo el grupito.

Sospecho que serán mis acompañantes en el banquete, y aprovecho que he dejado de ser el centro de atención durante las presentaciones para examinarlos detenidamente, uno a uno.

Ana parece simpática, me cae bien a primera vista. Me habla como si nos conociésemos de toda la vida y me echa el brazo por encima, entre las risas que nos provoca el gracioso del grupo, que se llama Alberto. Es un chico moreno, bastante alto, un poco desgarrado, como suele ser la mayoría de la gente alta. Pero tiene su gracia, el chaval enlaza socarronamente una gracia tras otra. Le pongo también en mi lista de los que me caen bien y las risas que

me provoca me ayudan a sentirme un poco más integrada en el grupo.

Ana me pregunta si he venido en mi coche, y le respondo que no, que lo hice en taxi, y casi se me escapa «en un puto taxi». «Por el amor de Dios, contrólate chiquilla», pienso. Procuero guardarme las ordinarièces y ser discreta ante la falta de confianza. Me invita a acompañarla en su coche para ir al restaurante.

En esas conversaciones de coche poco profundas con una desconocida, nos hacemos las preguntas de manual.

—¿Desde dónde vienes? —me pregunta Ana.

—He venido desde Madrid —respondo.

—Yo también vivo en Madrid. Y Alberto también vive allí. —Me sonrío.

Ahondamos un poco más en la conversación y precisamos la zona de Madrid donde vivimos. Y para mi sorpresa vive en el barrio de Fuencarral. Es el barrio donde el padre de Miguel tenía un concesionario de motos y en cuya trastienda Miguel y yo pasamos momentos inolvidables.

Me quedo perdida en una nube recordando otra vez a Miguel y en aquellas tardes de sábado, también cuando nos recorríamos medio Madrid en moto, sin casco, con la melena al viento, disfrutando de esa sensación de libertad absoluta. Todavía lo recuerdo, yo abrazada a su cintura, apretándolo por su espalda y besando su cuello a cada momento. Me sentía la persona más afortunada y feliz del mundo.

Han pasado ya siete años de aquello, y aún lo retengo en mi retina, como si hubiese ocurrido ayer.

Tengo la tentación de preguntarle a Ana si conoce el concesionario, y no me puedo aguantar. Voy directa a la yugular.

—¿Recuerdas un concesionario de motos que había hace unos siete años en tu barrio?

—Claro que lo conozco, aún sigue allí. Es un local comercial con una planta en la parte superior. Mi padre compró allí una Scooter a mi hermana pequeña, y en varias ocasiones le acompañé para que se la arreglasen.

«Este mundo es un pañuelo», pienso.

—¿Conoces a Miguel? Es el hijo del dueño del concesionario —pregunto haciendo un ejercicio de contención que fracasa por completo.

—No lo recuerdo, ¿por qué me lo preguntas? ¿Es amigo tuyo?

—Bueno, fuimos novios un tiempo.

Ana se me queda mirando con ganas de saber más. Pero ya hemos llegado al aparcamiento del restaurante.

Llegamos al mismo tiempo que Alberto, que venía con su coche pisándonos los talones para no perderse. Aunque, dicho sea de paso, Ana nos ha dado una vuelta, perdida por La Coruña, con la que creo que ya nos quedará poco que ver de esta bella ciudad.

Parece que hemos llegado un poco más tarde que el resto de los invitados. El salón está repleto de gente y no es difícil encontrar nuestra mesa vacía, muy próxima a la mesa presidencial.

Suena el himno nupcial cuando los novios hacen presencia en el salón. Se hace un brindis con champagne y unos sonoros aplausos entre gritos de «¡vivan los novios!». Y nos sentamos a curiosear la carta del menú.

La comida se me está haciendo muy amena. Los amigos de Natalia son increíbles, están siendo muy cercanos conmigo. Alberto se hace notar constantemente, lanzándome bromas. Pero me siento

cómoda, la verdad es que el chico lo hace con acertado tacto. Y la encantadora Ana charla conmigo como si fuéramos amigas de toda la vida.

Durante las copas y el baile noto como Alberto no se separa de mi lado. Empiezo a sospechar que sus bromas y ese afán por hacer que me sienta cómoda tienen otro trasfondo. Pero no me importa, me siento halagada. El resultado es que me siento bien.

Después de terminar todo, decido irme al hotel para descansar. Al despedirnos Ana se ofrece a llevarme de vuelta a Madrid y yo acepto encantada, a pesar de tener el billete de vuelta en mi maleta.

Ya son las diez y media de la mañana del domingo. Ana me recoge en la puerta del hotel y salimos camino a Madrid.

Durante el viaje charlamos de mil cosas intrascendentes. Ensalzamos las virtudes de nuestra amiga Natalia y comentamos anécdotas de la boda.

El tema de Miguel sale de nuevo en nuestras conversaciones. Le cuento a Ana lo tocado que me dejó aquella relación y lo harta que estoy de mentirme a mí misma, de sentirme encadenada a un pensamiento, a un recuerdo efímero que me hace perder siempre la batalla en busca de la felicidad.

Ana se muestra comprensiva conmigo y yo, una vez más, me siento liberada contando mi historia. Para consolarme me cuenta también alguna de sus historias amorosas ya pasadas y completamente olvidadas. Y me revela que mantiene una relación sentimental consolidada con Jorge, su actual pareja.

Al llegar a Madrid nos intercambiamos los teléfonos y nos prometemos no perder el contacto. Esta chica es un sol, me ha caído realmente bien y me muestro encantada de seguir esa relación de amistad.

Arranco la semana condenada a mi dichosa rutina: mis clases, mis alumnos y las charlas con los padres de mis alumnos. Pienso que la vida no está siendo justa conmigo. Deseo cambios que de ningún modo llegan, quiero poder abrir mi corazón a un nuevo amor que me reconforte, pero no puedo. No tengo el coraje suficiente para pasar esa maldita página de mi pasado.

Hoy ha sido un día agotador. Estoy cansada. Entro en mi dormitorio y miro a través de la ventana ese deprimente patio interior que hace que mi soledad se tiña un poco más de gris. Miro las luces de las ventanas mientras veo cuerpos moverse a través de los cristales. Suena el teléfono, es Ana. Me invita a salir con su grupo de amigos la noche del viernes. Yo acepto, estoy deseando tener la oportunidad de dar un empujón a mi ritmo de vida.

Sigo observando los movimientos de mis vecinos. Y veo que una pareja discute acaloradamente en una de las ventanas; en otra puedo ver a una señora mayor doblando la ropa sobre la tabla de planchar; y en la que está justo enfrente de la mía, acaban de encender la luz. Es un chico joven vestido de traje y corbata, parece llegar tarde del trabajo. Le sigo observado, deja su ropa sobre la cama de su dormitorio, al tiempo que no deja de mirar la pantalla de su teléfono móvil. Creo que no hemos coincidido nunca, aunque no distingo con claridad los rasgos de su rostro. Ahora parece que recibe una llamada. Permanece sentado en el borde de la cama con su torso al aire. Y yo sigo aquí mirando embobada el atractivo de su cuerpo.

Apago la luz de mi habitación por temor a ser descubierta. Son pocos los metros que separan su ventana de la mía y podría verme con facilidad. Ahora se pone en pie y camina de un lado a otro de la habitación, gesticula con sus brazos. Es como si algo no fuese bien. Pasados unos minutos, suelta el teléfono sobre la mesita de noche y sigue quitándose el resto de la ropa hasta quedarse totalmente desnudo. «¡Oh, cielos! ¡Joder, vaya cuerpazo tiene mi vecinito!». Abre la puerta de lo que parece ser el cuarto de aseo, parece que

tomará una ducha. Ya no puedo verle y aprovecho para cambiarme la ropa y quedarme un poco más cómoda.

Traigo un pequeño puf del salón para seguir viendo el espectáculo, y además aprovecho para echar un vistazo a las otras ventanas, sin bajar la guardia con la del tío buenorro.

La pareja que antes discutía acaloradamente, ahora hablan y sonríen con total normalidad. En cambio, la señora mayor ya está plegando la tabla de la plancha. Me raspo con los dientes el esmalte de mis uñas, esperando impacientemente la salida de mi actor preferido de la noche.

De repente, se me ocurre algo. Tengo una vieja cámara de video que hace años no uso. Decido buscarla y usar el zoom para ver si así puedo ver mejor mi canal favorito de la noche. La enchufo directamente a la ventana y hago pruebas con el zoom con mi ojo pegado al visor. «Como la película sea larga voy a terminar con el ojo morado de tanto apretar», pienso. Observo cómo a través de la cámara puedo ver la habitación como si estuviese dentro de ella. Lo que hago debe estar considerado un delito, pero también lo sería perderme la salida de la ducha de este macizorro.

Permanezco unos minutos vigilando. Ya me duele el puto ojo de tenerlo incrustado en el jodido visor, y eso que llevo solo unos pocos minutos mirando a través de él.

Ahora sale mi hombre del cuarto de aseo. Lleva una toalla enrollada en la cintura. Le brilla el torso, aún mojado de la ducha. A mí me debe estar empezando a brillar otra cosa.

Se tumba en la cama y coge el teléfono. Es como si estuviese revisando los mensajes. Entre tanto, recorro, de punta a punta, su maravilloso torso, haciendo una paradita en sus definidos abdominales, a la espera de que caiga por descuido esa maldita toalla.

Mira fijamente la pantalla del móvil. Ya no usa su dedo para moverla. Me encantaría saber lo que mira con tanta atención. Llevo casi tres cuartos de hora con el culo pelado de permanecer inmóvil en este incómodo puf.

De repente veo cómo se inflama la parte media de su cuerpo. Sospecho que lo que mira en su teléfono no son precisamente las noticias del día. ¡Esto se pone emocionante! Aunque ya sospecho cómo va a terminar mi película, pero no quiero perderme ni un segundo de este improvisado guion.

El bulto sigue creciendo. De vez en cuando acomoda la pitón con su mano a la nueva forma que está cogiendo. Yo debería acomodar mis riñones, que me están matando de permanecer con la espalda erguida sujetando la puta cámara. Pero el sufrimiento está mereciendo la pena.

Pone el teléfono apoyado en la lamparita de la mesita de noche, dejando a la vista la pantalla. El zoom de la cámara no me da para ver con exactitud lo que está viendo, tan solo distingo que son imágenes. Ahora apaga la luz del techo. Me temo que se acabó la función. Pero sigo mirando como una enferma, intentando distinguir algo con la poca luz que se desprende de la pantalla del teléfono. Pero apenas veo nada.

Ahora enciende de nuevo la luz de la mesita de noche. ¡Debe ser mi día de suerte! Retira la toalla de su cuerpo. Juego con el botón del zoom sobre su miembro, que ahora lo ahoga con su mano como si fuese el pescuezo de una gallina. ¡Empieza el movimiento!

Su mano recorre lentamente esa hermosa polla que brilla como si tuviera luz propia. Meto mi mano izquierda en mis bragas para comprobar cómo tengo el asunto. Hundo un dedo en mi gruta del placer y veo el alboroto que tengo entre mis piernas. Es la primera vez en mi vida que veo a un hombre masturbándose. ¡Estoy con el termostato a punto de saltar por los aires!

Desde la distancia, observo su cara de placer. De vez en cuando sube la mano hasta su boca para humedecerla y continuar el trabajo. Acaricia la punta con su mano ensalivada y la mueve en forma de círculos. Su boca se abre de placer.

¡Joder! Este es el mejor porno que he visto en mi vida. Me gustaría masturbarme ahora mismo, pero no puedo hacer todo al mismo tiempo.

Sus movimientos se aceleran. Su mano izquierda acaricia su bolsa escrotal. La derecha trabaja con movimientos arrítmicos interrumpidos por momentos, para volver a los movimientos suaves y circulares en la punta.

Me meto dos dedos de mi mano izquierda en el coño para mojarlos de mí. Los llevo a mi boca para tener sabor a sexo. ¡Me muero de ganas en esta fantasía que estoy formado en mi cabeza de degustar el sabor de su sexo! Pero solo puedo engañar a mi boca con el sabor de mis fluidos. ¡Dios, quiero verlo estallar ya!

Vuelvo a enfocar su cara. Su boca se abre y se cierra y sus abdominales se tensan. Yo creo tener mi clítoris más tenso que sus abdominales. Enchufo otra vez con el objetivo a su esclava y veo cómo despide a chorros abundante esperma hasta mojar la parte más alta de su pecho.

¡Estoy tan caliente que le limpiaría voluntariamente hasta la última gota de su cuerpo con mi lengua! ¡Hasta la casa limpiaría después de dejar ese cuerpo reluciente!

Saco mi caja de juguetes sexuales. Los guardo en una caja muy parecida a donde mi madre guardaba los juguetes de mi infancia. Debe ser un resquicio que me ha quedado de mi niñez. Abro la tapa de la caja. Ahora estoy como cuando tengo que elegir una tarta de postre en la carta del restaurante. Me decido por un vibrador duro, porque tengo el clítoris para partir nueces haciendo sentadillas.

Me tumbo sobre la colcha de mi cama y empiezo a rebobinar la película que acabo de ver. Cojo el vibrador con mi mano derecha, como quien coge un puñal a punto de asesinar a alguien. Lo pongo en vibración fuerte. Lo inmovilizo sobre mi templo del placer y mis piernas se abren, como se abren las puertas automáticas de los grandes almacenes en época de rebajas. Lo muevo de arriba abajo haciendo tope en mi perineo. ¡Benditos sean todos los perineos del mundo! Aprieto mis brazos en mi cuerpo haciendo que mis pechos se junten. Los miro e intento imaginar moviéndose entre ellos la justiciera arma de placer de mi vecino.

Mi cuerpo se retuerce y mi mente es un repertorio constante de sucias fantasías que no hacen otra cosa que alimentar mis ganas.

Sigo apuñalándome como si tuviera odio con el vibrador. Me dejo guiar por mis escalofríos, que me llevan cada vez más cerca de dedicarle mi orgasmo a quien provocó estas ansias de sentirlo. Gimo sofocada con mi aliento, acariciando mi garganta seca por el deseo.

Mi cuerpo vibra ahora con más euforia y mis muslos se tensan de golpe para relajarse después de las intensas convulsiones de placer que me acaba de entregar la fantasía de sentirle.

Sería imposible medir el valor del excelente trabajo que hacen ahora las endorfinas en mi cuerpo.

La noche ha pasado en un suspiro. He dormido de un tirón. Cuando despierto, descubro el vibrador rodando por mi cama y me recuerda las imágenes que vi anoche desde mi ventana. Ahora solo pienso en cómo haría yo para conocerle, cómo podría llamar su atención simulando un encuentro casual.

Me levanto de la cama. Voy directa a la ventana para mirar de nuevo a la suya. Permanezco unos minutos pensativa observando cada detalle, pero no se me ocurre nada. Y de repente, inesperadamente, le veo abrir la ventana que está encima de su tendedero.

Me pongo una camiseta. Me recojo el pelo para disimular mis pelos de loca de recién levantada y cojo dos camisetas secas y arrugadas de las que tengo en la tabla de la plancha. Abro la ventana y simulo tender las camisetas, al mismo tiempo que él recoge la ropa y tiende su reciente colada.

—¡Buenos días!

—Buenos días, ¿qué tal, vecina?

—Pues bien, terminando la colada antes de desayunar.

—Eso mismo hago yo. En un par de horas tengo que entrar al trabajo.

—Yo también. Pensaba bajar a desayunar a la cafetería. Si quieres podemos desayunar juntos antes de irnos al trabajo —le propongo.

—Necesitaría media hora más —me dice.

—Por mí no hay problema, yo también tardaré una media hora en vestirme y maquillarme.

—Pues, entonces, por mí perfecto. ¿Nos vemos en media hora en el portal?

—Ahí estaré. Puntual.

Cuando cierro la ventana me siento un poco patética. No es propio de mí entrarle a un tío tan descaradamente, pero en ocasiones, solo en ocasiones, me trago toda mi timidez de un golpe, sobre todo cuando algo merece la pena. Y con esta calentura que ha despertado en mí este tío, que parece el modelo de un anuncio de Coca-Cola, me trago mi timidez y lo que él quiera que me trague.

Me visto apresuradamente. Me empolvo un poco la cara y me pinto los labios de un rosa apagado. Miro el reloj. Solo tengo diez minutos más para terminar de prepararme. Cojo mi maletín para ir

después directamente a la academia y salgo por la puerta con aires de conquista.

Cuando llego al portal, él está ya abajo esperando.

Trajeado y encorbatado porta un maletín de ejecutivo, no deja ni un segundo de mirar la pantalla de su teléfono.

—¡Hola! Buenos días de nuevo. —Me presento formalmente—. Mi nombre es Mery.

—Yo soy Carlos. Encantado de conocerte, Mery.

Caminamos unos metros hasta la cafetería que hay más cerca al portal de la casa.

—¿Trabajas lejos de aquí? —le pregunto.

—Bueno... trabajo para varias empresas. Hoy no iré demasiado lejos de casa. ¿Y tú? ¿También vas ahora al trabajo?

—Entro a las doce. Aún tengo un par de horas. Yo trabajo cerca de aquí.

—¿En que trabajas?

—Soy pianista. Trabajo dando clases de música en una academia.

—¡Qué profesión mas bonita! Me gusta la gente que tiene una profesión vocacional.

«Tú sí que me gustas a mí», me digo.

Llegamos a la cafetería. Nos sentamos en una mesita junto a la cristalera que da a la calle y pedimos dos cafés y unas tostadas con mermelada para acompañar.

—Y tú, Carlos, ¿a qué te dedicas? Tienes aspecto de banquero.

—No, no trabajo en banca. Soy procurador. Trabajo para varios despachos de abogados de la ciudad.

Un rato después de charlar sobre nuestra vida profesional, cambio un poco la conversación para conocer algún detalle más personal.

—¿Vives solo?

—Se podría decir que sí. En teoría vivo con mi novia, pero ella es azafata de vuelo y ya te puedes imaginar... pasamos poco tiempo juntos. La compañía aérea para la que trabaja la tiene en vuelos internacionales. Ya sabes, cuando eres joven y empiezas a trabajar tienes que aceptar los trabajos que rechazan las mujeres casadas. Es por esto por lo que la mayoría del tiempo lo pasa fuera de casa.

—¿Y no es difícil llevar una relación así?

—Bueno, la verdad es que no es fácil. Hablamos por las noches y nos enviamos fotos. Eso lo hace más llevadero.

Ahora es cuando empiezo a atar cabos. Seguramente anoche, cuando hacía aspavientos con los brazos, estaba hablando con ella. Y después la imaginó haciéndose alguna foto subidita de tono para reconciliarse con él y que el chaval pudiera consolar su ausencia.

—¿Y tú, Mery?, ¿vives sola?

—Sí, vivo sola. Yo no tengo pareja.

—Pues será porque no quieres, eres guapísima.

¿Se me está insinuando o es solo un cumplido? Porque sea lo que sea, acabo de sentir un cosquilleo dentro de mis bragas.

—Te agradezco el cumplido.

—Yo no hago cumplidos. Siempre digo lo que pienso.

«Pues como diga yo lo que siento, te iba a poner en serios aprietos, muchachote», pienso en ese instante.

—¿Cómo es que no hemos coincidido nunca? ¿Llevas poco tiempo viviendo en el edificio? —le pregunto de nuevo.

—Llevo solo un par de meses. Antes trabajaba en una empresa de la periferia y vivía a las afueras de Madrid. Ahora que he cambiado mi trabajo me viene mejor vivir en el centro.

Miro el reloj. Llevamos casi una hora hablando y el tiempo se agota. Cada vez que le miro a la cara no puedo evitar ver sus gestos de placer, sus abdominales y su forma de masturbarse. Pero me temo que esta batalla la tengo perdida. ¿Y qué es lo que hacemos las mujeres cuando lo tenemos todo perdido? Pues lanzar un último ataque.

—Pues nada, Carlos, si te ha sido grata mi compañía te diré que para mí también lo ha sido. Así que, cuando quieras desayunar con tu vecina solo tienes que salir a tender la colada —le digo sonriendo.

—Será todo un placer hacerlo, Mery. Me pareces encantadora.

«Tú a mí no te voy a decir lo que me pareces, porque sería pecado mortal», vuelvo a pensar para mis adentros.

Nos levantamos de la mesa y paga la cuenta sin ni siquiera preguntarme. Ya quedan pocos hombres que sepan ser caballeros y que, además, sean tan elegantes como Carlos. «Sea quien sea la cabrona de la azafata, tiene un gusto excelente», pienso.

Cuando salimos a la calle, le doy la puntilla a nuestro encuentro. ¿No lo tengo todo perdido? Pues al ataque de nuevo.

—Bueno, Carlos. Nos vemos a través de nuestras ventanas. No cierres nunca las cortinas, como anoche... —termino la frase con una sarcástica sonrisa.

—¡Oh, cielos! ¿Me viste anoche?

—Me temo que sí. Pero no te sientas avergonzado, para mí fue de lo más estimulante lo que vi. —Vuelvo a sonreír pensando cómo rematar con mi respuesta.

Acabo de sacarle los colores al muchacho. Tiene la cara más roja que el farol de un prostíbulo y le acabo de dejar sin palabras.

—Vale, siendo así prometo no cerrar las cortinas. —Sonríe de nuevo.

—Yo tampoco cerraré las mías. ¿Te parece bien?

—¡Me parece estupendo! —dice Carlos recuperando el color natural en su cara.

Por la noche, después de cenar, vuelvo a montar guardia en la ventana, a la espera de ver su reacción después de nuestra charla. La luz permanece apagada. No hay señales de vida del muchacho. Temo haber sido demasiado directa en mis insinuaciones y haberle asustado. Ahora me arrepiento un poco por haber sido, quizás, poco sutil.

Cuando despierto a la mañana siguiente, vuelvo a mirar hacia su ventana esperando encontrarle dormido en su cama, pero la cama está vacía. La ropa del tendedero sigue colocada de igual forma que estaba ayer. Debe haber pasado la noche fuera de casa. Esta noche no ha habido suerte. Habrá que esperar.

Trascurren los días y no veo movimiento en la casa de Carlos. Hoy es miércoles, y tampoco anoche observé nada nuevo. Sospecho que no debe estar en la ciudad. Cuando llega la noche, vuelvo a mirar hacia su ventana justo al momento de acostarme. La luz de su dormitorio sigue apagada, pero veo un reflejo de luz que indica que ya está en casa. Permanezco con la luz de mi habitación apagada.

Me tumbo en la cama y sigo expectante. Ahora le veo entrar en la habitación. Se aproxima a la ventana. El corazón me da un vuelco. Abre del todo las cortinas, dejando a mi vista un plano más amplio de la habitación. Me gusta. ¡Esto se pone emocionante!

Le veo que entra y sale de la habitación varias veces. Saco la cámara de video y pongo las baterías que llevan dos días cargándose en el salón. Sigo manteniéndome con la luz apagada.

Enciendo la cámara. Luce un piloto rojo intermitente, que en la oscuridad de mi habitación llama la atención como los neones de un club de carretera. Me voy a buscar un rollo de cinta aislante negra para taparlo. Suelto la cámara sobre la cama y salgo corriendo de la habitación. Mi precipitación hace que me de un golpe en el dedo gordo del pie. Me he golpeado con la puta pata de la cama y empiezo a rezar en arameo.

Por fin consigo llegar hasta el cajón de la cocina donde guardo la jodida cinta. Corto un trozo, lo pego y empiezo a filmar. Ahora veo a una chica entrar en el dormitorio. Esta noche tenemos nueva debutante para la película. Carlos se desnuda para después entrar en el cuarto de aseo. Es evidente que va a tomar una ducha. La chica está sentada en la cama mirando el teléfono. Por el movimiento de sus labios intuyo que habla con Carlos mientras él se ducha.

Instantes después Carlos sale con su toalla enrollada en la cintura y comienza a besarla. Aprieta con sus dos manos las nalgas de la muchacha y pega su cuerpo al suyo mientras le besa el cuello.

Minutos después la chica empieza a quitarse la ropa. Ahora es ella la que entra en el cuarto de aseo para ducharse. Carlos está tumbado en la cama y de vez en cuando observo que mira descaradamente hacia mi ventana. Es entonces cuando decido entrar en escena. Y a oscuras busco un conjunto de ropa interior negro con ligero. Me lo pongo y escondo la cámara de video.

Ahora soy yo la que se pasea por la habitación exhibiéndose con la luz encendida. Me tomo mi tiempo haciendo poses insinuantes pero naturales, procurando no mirar en ningún momento hacia su ventana, pero ya puedo sentir sus ojos clavados en mi cuerpo.

Apago de nuevo la luz para poder volver a mirar por la ventana y le veo mirando impudicamente a la mía. Él ahora no puede verme, pero yo he vuelto a encender la cámara para poder verle a través del zoom. Creo que mi paseo en ropa interior le ha hecho parte del trabajo a la azafata, porque noto ciertas protuberancias entre sus piernas que no existían antes de mi intervención.

Ahora se levanta de la cama y se dirige directamente a la ventana. Se quita la toalla. Puedo verle en todo su esplendor. ¡Que hermosura de todo, por Dios! Se queda ahí, quieto, mirando a modo de provocación. Lleva un minuto desnudo, con los brazos en jarras mirando sin pudor hacia mí.

La azafata sale desnuda de la ducha. Él se vuelve hacia ella y comienza a besarla de nuevo. Ella interrumpe los besos para dirigirse a la ventana y cerrar las cortinas. Yo apago la cámara de video viendo que se ha terminado la función. Pero, pasado un rato, veo de nuevo a Carlos abrir las cortinas y el morbo de la situación se dispara de nuevo. Vuelvo a soltar la cámara en el suelo, enciendo la luz para que me vea y me muevo con naturalidad sin mirarle directamente. La azafata le abraza por la espalda. Él la gira y apoya su espalda sobre el cristal. La besa y la manosea por todo el cuerpo. Ella se agacha a lamer su muñequito, mientras él apoya sus dos manos sobre el cristal de la ventana permaneciendo de cara a mí, dejándose hacer.

Yo, aún con la luz encendida, observo la escena sentada en mi cama, estoy de frente a ellos. A estas alturas de la película tengo el coño que me echa chispas. Veo moverse la cabeza de la chica, que debe estar atragantada de tanta pasión que le pone a la polla del procurador.

Doy un paso más en mi excitación. Me quito las bragas y me siento en mi cama frente a ellos con mis piernas abiertas. Ahora él agarra el pelo de ella y mueve sus caderas, follando su boca con la cara desenfocada. Yo comienzo a masturbarme ante su mirada. ¡Creo que nos está follando a las dos!

Tira de su pelo hacia arriba y la pone de cara en la ventana. Ahora es ella la que apoya las palmas de sus manos en el cristal y puedo ver su cara de placer mientras él la folla desde atrás, sin compasión.

Por un momento temo que la chica pueda verme, pero dudo que esté en disposición de pensar en otra cosa que no sea la porra de Carlos penetrando su cuerpo como un martillo pilón.

Yo estoy a punto de regalarle, desde mi cama, toda mi pasión. Y unos instantes después mis entrañas comienzan a convulsionar ante las contracciones de mi orgasmo. Él sigue derrochando energía en el cuerpo de su prometida y ahora que me ha visto correrme la penetra a un ritmo tan frenético que la azafata ya está, con su cara de vicio, totalmente pegada al cristal y debe estar a punto de salir por la ventana en un vuelo sin motor por las arremetidas de Carlos.

Sale de ella y la agarra de nuevo por el pelo, manteniendo su cara pegada al cristal. Se masturba ante la boca abierta de par en par de la joven, que le debe estar enseñando todas las muelas del juicio. Y Carlos, sin juicio ninguno, se corre a chorros sobre el cristal. ¡Creo que eso iba para mí! Ahora, pega su cara al cristal y sin soltarla del pelo le hace lamer los chorretes, mientras él me mira directamente, igual que un buen torero da la vuelta al ruedo con los brazos alzados, orejas en mano, para brindarme orgulloso su corrida.

Pienso que va a ser una larga noche de orgasmos en mi cama recordando esta escena. Acabo de vivir la experiencia más morbosa que he tenido jamás.

La semana pasa rápido y llega el viernes por la noche. Cojo el metro y voy a la estación de Chueca donde he quedado con Ana en un pub de moda. El ambiente nocturno en el barrio es de lo más variopinto. Grupos de todas las tribus se agolpan en las calles intentando salir de ciertos estereotipos.

A la entrada del garito donde hemos quedado me encuentro con Alberto. Ha sido el primero en llegar, y con la mirada distraída apura un cigarrillo mientras abre y cierra con la otra mano la tapa de su mechero Zipo.

Le abordo por la espalda con un efusivo saludo. Él se gira y me abraza besándome en la mejilla, al tiempo que me agarra de la mano para meterme en el local. Pedimos unas copas y charlamos animosamente en tanto esperamos la llegada de los demás. Alberto se muestra encantador conmigo. He de reconocer que físicamente no es mi tipo, sus más de dos metros de altura contrastan con mi escaso uno sesenta, pero hay algo en su personalidad que me atrae. Haciendo un ejercicio de madurez, trato de dejar a un lado lo superficial y conocer un poco más su interior. Y si algo tengo claro es que Alberto es un buen chico y además su mirada habla por sí sola, creo que puedo leerle el pensamiento y, si mi instinto de mujer no me falla, esa forma de mirarme lo deja en evidencia.

Un punto a favor de Alberto es que no es de esos hombres que te comen con los ojos y no pueden evitar esas miradas constantes al escote. Aunque puede que sea de aquellos otros que cuando te das la vuelta, te clava los ojos en el culo. Pero eso aún no puedo saberlo.

Casi sin darnos cuenta ya llevamos una hora hablando y siguen sin aparecer Ana y el resto de la gente del grupo. El tiempo se me ha pasado rápido.

Alberto me propone que salgamos del bareto en busca de un teléfono para llamar a Ana y ver si le ha ocurrido algo. Así que, buscamos una cabina y aprovecho para sacar mi arrugado paquete de Lucky y encender un cigarrillo mientras Alberto habla con ella.

Parece que Ana se encuentra indispuesta y decidió a última hora no llamar al resto de la gente del grupo para quedar. «Así que, aquí estamos —dice Alberto—. Nos hemos quedado tú y yo solos».

Nos metemos en tres o cuatro bares más. Alberto me cuenta que profesionalmente se dedica al mercado inmobiliario, y que en este sector emergente se siente como pez en el agua y además hace que se sienta realizado. La verdad es que labia no le falta al chaval. Tiene una conversación agradable y hace que te sientas a gusto. Puntos claves para ser un buen comercial.

La noche avanza y el color rojo de nuestros ojos por el ambiente cargado de humo de los locales de copas también. Y decidimos ir a bailar a un local que Alberto ha frecuentado en otras ocasiones, a pocos metros de donde nos encontramos, apurando, si las cuentas no me fallan, ya la cuarta copa de la noche y la segunda ronda de chupitos a la que nos ha invitado el camarero.

Bailamos, nos reímos y lo pasamos realmente bien. Ha sido una noche completita, incluso me empiezo a alegrar de que Ana y el resto de la gente no hayan acudido al lugar donde habíamos quedado.

Salimos sudorosos del local de baile, y Alberto se ofrece para llevarme en coche a casa. Hablamos sin parar durante todo el trayecto. Y cuando llegamos la conversación parece no tener fin, enlazando unas cosas con otras, sin ganas de poner un punto y final.

Alberto para el motor del coche, me mira fijamente a los ojos. Veo en él una mirada indecisa, tímida y penetrante al mismo tiempo, pero no aparto mis ojos de los suyos. Acerca sus labios y me besa despertando un cosquilleo en mi estómago. Pero ese beso ha sido insuficiente, y volvemos a unir nuestras bocas que no pueden dejar de besarse. Hacemos silencios, nos miramos, me acaricia la cara y me dice que le gusto muchísimo, que se fijó en mí desde el primer momento que me conoció, y desde entonces no ha podido dejar de pensar en mí.

No estoy segura de lo que digo, pero en este ambiente cursi y romántico que hemos creado, le respondo que a mí también me gustó desde el principio y que esta noche ha sido una noche genial. «Has hecho que me sienta como hacía mucho tiempo no me hacía sentir nadie», le expreso. Y esa frase, que no sé cómo ha salido de mi boca, parece que ha repiqueteado en la cabeza de Alberto, como una invitación a seguir la noche juntos. De manera que después de un prolongado silencio, vuelve a mirarme poniendo su mano sobre la mía y me propone pasar la noche en uno de los apartamentos que su empresa tiene en alquiler en una lujosa zona de Madrid.

Me quedo parada, premeditando, un poco ausente. No quiero que esto sea otra locura de las que he vivido últimamente. No quiero que esto sea otro de mis impulsos rebeldes. Pero siento que esta vez no tiene nada que ver con el sexo. Me cuesta, pero intuyo que estoy abriendo de nuevo mi corazón y Alberto no parece ser hombre de una noche. Así que le manifiesto que estoy de acuerdo. Y sus ojitos brillantes de «me acabo de enamorar» me miran premiando mi respuesta.

Al llegar al apartamento, todo transcurre lento. No es como otras veces cuando el sexo lo gobierna todo. Nos despojamos de la ropa y nos miramos volviéndonos locos, con el único razonamiento de enamorarnos. Nos hemos metido por los ojos y nos hablamos en silencio con un solo lenguaje, seduciéndonos con las mentes.

Siento que es la oportunidad de entregarme, de sentirme libre y enredada entre las sábanas. Le beso melosa, traicionada por mis pensamientos, dejándome el alma, porque no sé a quién estoy besando realmente. Cierro los ojos y puedo sentir a Miguel y no quiero abrirlos, me entrego a sus caricias sintiendo otras manos, otra boca que no es la suya. Me vuelvo egoísta, incluso me siento cruel con Alberto sin que él pueda sospecharlo. Pero me está devolviendo a la vida mientras le traiciono.

Dejo que tome mi carne caliente consumida por el deseo de sentirme amada, lo hago despacio, tranquila, con calma. Me estoy siendo infiel a mí misma, porque realmente siento algo por Alberto y

esa ternura es la que me lleva otra vez al pasado, justo en este momento en el que es más grande el placer de sentirme amada que el del propio sexo.

Se agita, lo siento cada vez más tenso, restando segundos a su esmerada pasión a punto de estallar en mi cuerpo mientras yo me entrego a Miguel. Mi piel no quiere esta piel, pero me miento de nuevo. Voy sintiendo su calor derramarse en mi vientre.

No he tenido un orgasmo, pero eso no importa. Me siento satisfecha sintiéndome amada. Nos quedamos en silencio, tumbados, perdida en mi mirada infinita. Trato de eximir mi culpa recordando a esos hombres casados traicionando a sus mujeres con mi amiga Carol. Me consuelo suponiendo que mucha gente tiene amores secretos y que al menos el mío lo es de una forma espiritual.

A la mañana siguiente, siento que algo ha cambiado en mí. Me despierto y le miro, aún está dormido, y en ese instante pienso si será la persona que me acompañará en mi vida de ahora en adelante.

Trato de ver todo desde un prisma positivo. Alberto es buena persona, aparentemente fiel a sus principios, y puede que sea la persona que necesito para tener la estabilidad que me falta y conseguir esa felicidad que tanto ansío.

Trato de estimular mis ilusiones a pesar de que en el fondo estoy siendo demasiado práctica. Quizás la edad me esté obligando a ello. Todas mis amigas ya han pasado por el altar y tienen un proyecto de vida. Y es precisamente ese el complemento que a mí me falta: tener un proyecto, un motor que me genere ilusiones cada día.

Alberto se despierta y me abraza con uno de esos abrazos que hablan por sí solos, que reafirma que esto no ha sido un encuentro más, que esto es solo el principio de una relación y, posiblemente, del propósito de un futuro juntos.

Nos vestimos y me lleva de vuelta a mi apartamento. Al cruzar la puerta siento que todo es distinto. No me siento sola como de costumbre, tengo la impresión de que mi vida por fin ha cambiado. Y me muero de ganas de hablar con Ana para contárselo todo. Así que marco su teléfono y le cuento entusiasmada mi nueva relación con Alberto.

Ella se muestra feliz por la noticia, haciendo planes para salir a divertirnos los fines de semana juntas, con nuestras respectivas parejas. Todo podría ser perfecto, pero no lo es del todo.

A pesar de haber pasado esta romántica noche con Alberto mi cuerpo se ha quedado con ganas de sexo. Sexo del bueno, del que fui espectadora de honor frente a la ventana de mi vecino. Y ya pienso en sacar mi caja de juguetes para saciar el deseo candente que dejó Alberto en mi cuerpo.

Al llegar la noche, abro de nuevo la cortina, enferma de deseo y con la esperanza de ver luz en esa ventana.

¡No me lo puedo creer! Una mujer distinta a la que protagonizó el mejor *show* sexual hace dos noches se pasea por la habitación de Carlos. Ahora ya no sé si esta es la azafata o lo era la de la noche pasada. Pero poco me importa eso ahora mismo.

La rubia, que porta una minifaldita más corta que muchos de los cinturones que tengo en los cajones de mi armario, se mueve de un lado a otro de la habitación exhibiendo sus largas piernas de escándalo.

El torero, que aún no se ha hecho presente en el ruedo, ha cambiado la posición de los muebles, situando los pies de la cama frente a la ventana. ¡Este cabrón es más morboso que yo! Por fin, se hace presente en la habitación y va directamente a la ventana para ver si le estoy observando.

Yo estoy con la luz apagada y no puede verme. Se queda parado delante de la ventana como esperando que se llene la grada para

comenzar el espectáculo. Yo hago dos guiños con la luz de mi habitación, como señal de que ya estoy ocupando mi asiento, esperando que comience la corrida. Él sonríe; yo, me descojono.

La rubia se quita la falda a sus espaldas mientras él me brinda el toro de la noche. Con la luz apagada, me apresuro a coger de nuevo la cámara de video para esta noche inmortalizar las escenas en una cinta que acabo de etiquetar con el nombre de «Espartaco». Y me pregunto qué haremos si un día nos encontramos en el ascensor.

Bueno... vamos al lío, Mery, que te distraes.

La rubia se acaba de quitar el sujetador dejando al aire dos tetas de la talla noventa y cinco, que apuntan al frente como si la fuerza de la gravedad no existiera en esa habitación. El vecino la tumba en la cama y comienza el meneo.

Ella está debajo y él apunta con su culo hacia la ventana, dejándome un primer plano de esos firmes glúteos a los que les hincaría el diente igual que lo hizo Adán con la manzana de Eva. Deduzco por sus movimientos que su lengua está recorriendo cada centímetro del cuerpo de la chica, y yo empiezo a calentarme imaginando esa lengua jugueteando entre mis muslos.

Hago una pausa en la grabación para quitarme totalmente la ropa. Esta noche no habrá ligeros ni conjuntitos de encaje por mi parte.

Voy a por uno de los taburetes bajos de la cocina que tiene la base del asiento plastificada. Abro mi caja del placer buscando un pene de silicona con ventosa que he usado en la ducha en alguna urgencia.

Necesito sentirme llena para sentir la escena más intensamente, mantengo mi brazo derecho ocupado sujetando la cámara. Mojo la ventosa con saliva y lo clavo en el taburete. Lo rocío de lubricante y me siento sobre él. Lo introduzco hasta lo más profundo de mi útero.

Pongo de nuevo la cámara en marcha y a grabar. En el tiempo que he tardado en prepararme, la cosa se ha puesto de lo más intensa. Puedo ver a Carlos enfrente de mí con las piernas de la rubia sobre sus hombros. No la mira mientras la penetra, sino que mira constantemente hacia mi ventana, imaginando que yo le estoy observando.

Viendo como mueve la cabeza la *pobre chica* y cómo se retuerce su cuerpo con lujuria, mi calentura sube al compás del vaivén de las caderas de Carlos imaginándole dentro de mí.

No puedo contener mis ganas de acariciar mi clítoris con mi mano izquierda, y comienzo a hacerlo suavemente. Los actores de mi película en vivo van cambiando de posturas cada pocos minutos.

A medida que pasa el tiempo, ya solo respiro a través de mi boca y no me queda saliva para mojar mis dedos. Apago la cámara y la tiro sobre mi cama. ¡Se acabó la grabación!

Enciendo la luz de mi habitación para que él pueda verme. Pongo las palmas de mis manos sobre el cristal de la ventana y comienzo a moverme arriba y abajo follándome con el consolador. Él debe estar desconcertado, porque solo puede verme de cintura para arriba y debe pensar que tengo a un hombre debajo. No me había parado a pensar en eso cuando lo preparé, pero ahora creo que se va a morir de morbo. Cruza su mirada con la mía mientras piensa que yo también estoy teniendo sexo con otra persona.

Me pongo de espaldas a la ventana y sigo moviéndome. De vez en cuando giro mi cara hacia él para mirarle y ver la creatividad y el esmero que le pone al cuerpo de la rubia.

Ahora se coloca de pie sobre la cama. Ella está de rodillas, juega a ahogarse con la polla de él. Yo me vuelvo de cara al cristal y abro mi boca sin dejar de lamerlo. A Carlos le brilla todo el cuerpo con el sudor que desprende. Ese brillo es ahora mi inspiración. Se pone de perfil para que yo pueda ver la escena con claridad. La rubia lo lame con vicio y él, con la yugular a punto de explotar, vacía su bolsa

escrotal sobre su cara sin apartar ni un segundo su mirada de la mía.

Yo sigo entrando y saliendo con mi culo haciendo tope y golpeando en la banqueta. Estoy frotando mi clítoris como si quisiera borrarlo de mi anatomía. En pocos segundos le dedico otro espectacular orgasmo al cuerpazo de mi vecino.

Él debe creer que me muero de ganas de tenerle entre mis piernas, pero se equivoca. A mí lo que más me atrae de él es esta perversa locura de juegos que hemos inventado. Me basta y me sobra con fantasear con ese cuerpo desde mi ventana, y pienso que jamás llevaría las cosas más allá.

Esto es lo que sucede durante meses. Mi vida se estabiliza emocionalmente y va creciendo en mí la ilusión de formar una familia con Alberto en un futuro muy próximo. Lo de Carlos es solo un juego erótico al que me cuesta renunciar, pero lo mantengo en secreto. Poco a poco voy dejando atrás el pasado que tanto me atormentaba, o al menos eso deseaba pensar.

Una noche de verano estamos sentados en una mesa grande, tomando unas copas en una discoteca al aire libre. Lo estamos pasando genial con un grupo de amigos, incluidos Ana y Jorge. Pero al dirigir mi mirada hacia la barra creo ver un espejismo, ¡es Miguel! Aparece acompañado de una chica rubia, parece feliz y está riendo e intercambiándose besos y abrazos con la que parece ser su novia.

En ese momento no puedo ni fijarme en cómo es ella, solo le miro a él, que ni siquiera me ha visto, ni siquiera se ha dado cuenta de que yo estoy allí. Hacía muchos años que no lo veía. Su imagen me impacta tanto que la cara me cambia por completo. Me quiero morir. Y al mismo tiempo le mataría a él.

Ana es la única que se ha dado cuenta de que algo me está ocurriendo y no me quita la vista de encima. Pero yo no puedo apartar la mía de Miguel. El estómago se me encoge y el pasado me

aplasta en un instante, como una losa de cemento echando abajo el castillo de naipes que sostenía mis nuevas ilusiones.

Con un nudo en la garganta, me levanto de la mesa sin decir nada a nadie, ni siquiera me despido de Alberto. Y comienzo a caminar sola por la calle, sin dirección, sin saber exactamente adónde voy.

Con un cigarrillo colgando en mi boca intento sin éxito atenuar el nerviosismo y la tensión que me invade todo el cuerpo.

Unos minutos más tarde, Ana me alcanza por detrás y solo puedo abrazarme a ella y romper a llorar. Me acompaña a casa y le cuento lo que me está ocurriendo.

Le abro en canal mis sentimientos y le cuento cómo había sido mi relación con Miguel, cómo me marcó el hecho de tener que dejar la relación con el que fue y ha sido mi primer y único amor. Le cuento también que después de vivir esa maravillosa historia, el destino nos tenía guardado un fatal y tormentoso desenlace. Miguel, obligado por su padre, se alistó en el ejército y se marchó lejos. Y decidió poner punto y final a nuestra relación para no sufrir el amor en la distancia, pero ambos sabíamos que nos llevábamos por dentro. Todavía hoy estoy lamiendo mis heridas, mintiendo a casi todo el mundo y haciéndoles creer que soy feliz.

Él fue la primera persona con la que me desnudé en cuerpo y alma. Tan solo teníamos 17 años y nos entregábamos por completo el uno al otro. Desnudos, con la inocencia de dos principiantes iniciándose en el sexo. Llamamos al amor por su nombre. Nos concedimos el corazón y el alma en esa pasión tan pura, tan inmaculada, que ni siquiera hizo falta jamás que llegásemos a consumir. Y, sin embargo, ha sido y será el mejor sexo con amor que he podido experimentar en mi vida.

Después de mi confesión, me despido de Ana en la puerta de mi casa. Subo y ya desde la puerta del ascensor oigo sonar el teléfono sin parar. Entro y lo descuelgo. Es Alberto, está preocupado por si me ha pasado algo. Me excuso, no le doy muchas explicaciones y

me justifico con eso que solemos decir siempre todas las féminas: «No te preocupes, son cosas de mujeres».

Sumida en mi desconsuelo me tumbo a llorar en mi cama. Ya casi no me quedan lágrimas. Tengo el corazón anoréxico y estoy sumergida en un pozo sin fondo.

El encuentro fugaz de Miguel me hace replantearme seriamente mi relación con Alberto. No puedo vivir así. Me siento confundida. No he dejado de luchar conmigo misma, creí que lo tenía todo superado y aún no he aprendido a olvidarle. Necesito recomponerme a trozos, como un vidrio roto.

Tengo que hablar con Alberto y ponerle alguna excusa que oculte el motivo por el que necesito hacer un paréntesis en nuestra relación. Necesito darme tiempo para salir de esta condena que aún me tiene presa. Pero me inundan las dudas. Temo estropearlo todo con él, hundirme en otro intento de búsqueda de mi felicidad. Acabar «como perro de nadie, ladrando a las puertas del cielo», como dice Sabina.

Ahora me siento más perdida, más perdida aún de lo que estaba antes de conocer a Alberto. Pero me armo de valor y hablo con él. Le digo que esté tranquilo, que entre nosotros todo va bien, que soy yo y mis inseguridades. Le pido que tenga un poco de paciencia conmigo y que todo volverá a ser como antes.

He puesto en pausa mi relación. Aunque recibo constantes llamadas tuyas preocupándose por mí, esperando retomar su vida conmigo. Me da pena de él, de nosotros, de nuestra relación, de mí misma. Pero estoy bloqueada, sin ánimo, con las últimas imágenes de Miguel revoloteando todo el puto día en mi puta cabeza. Además, estoy llena de remordimientos con Alberto y sin saber cómo retomar mi vida.

Van trascurriendo los días. No me veo curada e intento refugiarme en mi música en los momentos en los que me siento sola. Necesito distraerme. Pongo a todo volumen canciones de Queen, sin

preocuparme de si soy una molestia para los vecinos. Solo por momentos consigo leves picos de normalidad en mi estado de ánimo. Y, poco a poco, puedo volver a mirar ese cuadro colgado en mi salón, de ese camino entablillado encauzado a una playa desierta, con el cielo azul y sus nubes blancas coronando el mar de fondo, sin que me produzca la menor tristeza.

Los desastres provocados por mi cataclismo interior empiezan a reconstruirse y comienzo a echar de menos a Alberto.

Después de un tiempo, me siento germinar de esta depresión. Me restablezco. Me veo con fuerzas para llamar a Alberto y retomar mi relación con él. Hablamos. Le pido de mil maneras que no volvamos a hablar sobre lo sucedido. No quiero volver a revivir todo lo que me provocó este mal trago. Él cede y acaba mostrándose tolerante conmigo y me hace la promesa de no volver a tocar el tema jamás.

Me siento culpable, incluso un poco infiel de pensamiento. Ni remotamente puede sospechar mi conflicto interior. Pero el tiempo hace que mis días grises vayan desapareciendo y mi vida vuelva a tener algo de sentido.

De manera que pronto vuelvo a salir del trabajo con el estímulo de encontrarme con Alberto, que espera a la puerta de mi trabajo. Y volvemos de nuevo a quedar con Ana y Jorge para salir a cenar y tomar unas copas. Y así va pasando mi diario, los fines de semana, los meses, los años...

Ya hace tres años que salgo con Alberto y nuestra relación se ha consolidado, incluso hacemos planes de boda para un futuro próximo. Y con el propósito de reforzar mis planes decido gastar todos mis ahorros en dar la entrada para la compra de un precioso ático, aconsejada por Alberto. Pero todavía me queda otro mal trago con él, tengo que contarle mi relación con el chico venezolano. A estas alturas todavía tengo pendiente resolver los papeles de divorcio con él. Cuando nos separamos, salimos de estampida cada uno por nuestro lado y nunca más hemos sabido el uno del otro, pero legalmente seguimos siendo matrimonio.

Se lo cuento a Alberto. Se vuelve a mostrar comprensivo conmigo y dispuesto a ayudarme en lo que necesite. Pero la tarea se me hace complicada porque no sé cómo localizarle. No tengo su teléfono y ni siquiera sé si sigue viviendo en Madrid.

He de echar mano de números de teléfonos de amistades oxidadas con las que salíamos en aquella época. Parece habérselo tragado la tierra. Después de varias llamadas, no hay ni rastro de él.

Empiezo a sospechar que incluso puede haber regresado a Venezuela y eso me complicaría aún más las cosas. Pasan semanas hasta que con la ayuda de un amigo común obtengo la primera pista. Me dice que hace unos meses se encontró con él y, tomando una cerveza, le contó que estaba trabajando en un taller de coches, en un polígono a las afueras de Madrid.

Así que me pongo la gorra de detective y me hago un listado con todos los talleres de coches que tiene el maldito polígono. Una semana después le localizo, no sin antes haber visitado más de veinte talleres y siendo víctima de las carnales miradas de los obreros. Apostaría a que he sido la musa inspiradora del onanismo nocturno de muchos de ellos.

El encuentro se me hace de lo más desagradable. Lo veo a lo lejos, cuento hasta cinco y me quedo casi un minuto inmóvil antes de acercarme donde se encuentra. Estoy nerviosa, me tiemblan las manos y siento náuseas. Y es que casi no puedo mirarle a la cara.

Tras saludarle secamente, trato de ser lo más escueta posible en mi conversación, y hablamos exclusivamente de arreglar los papeles del divorcio amigablemente. ¡Y lo consigo!

Le doy a mi abogado su número teléfono y doy carpetazo a este asunto. Y en unas semanas, después de tener día y noche la fatídica imagen de mi encuentro con él, recibo una llamada de mi abogado dándome la noticia de que ya está todo solucionado.

CAPITULO IV

Mis planes de boda siguen adelante. Entre los dos elegimos muebles, cortinas y demás complementos para la casa, al tiempo que empaquetamos cosas en nuestras actuales viviendas para unificarlas en el que será nuestro nuevo hogar.

Voy llenando cajas y cajas con libros que guardo en mis estanterías. Abro al azar un libro de citas que tenía completamente olvidado. Y como si de una anunciación divina se tratase, la primera cita que leo es: «El matrimonio acaba muchas locuras cortas con una larga estupidez». Con esta cita Friedrich Nietzsche avisa y sentencia a los enamorados que el color rosa de sus tiernos romances tiende a teñirse de tonos grises. Y como bien dice mi madre, «el que avisa no es traidor», y en la mayoría de las ocasiones acaba rematando con un: «Que cada uno se engañe por sus propios ojos». Todavía puedo ver el gesto de mi padre levantando los ojos por encima de la montura de sus gafas, con el ceño fruncido como señal de resignación. Porque mi madre es así de directa. No le pone filtros a nada. Se mueve en el campo de la psicología como pez en el agua. Hay veces que llego a pensar si será la reencarnación de uno de esos pensadores del siglo XIX.

Y en estos momentos es cuando más necesito esa psicología de mi madre. Necesito saber su opinión respecto a mi futura unión con Alberto, porque hay días, afortunadamente no todos, en los que pienso que debería ir a un psicólogo, y qué mejor psicólogo que mi madre. Puede que ese sexto sentido me ayude a aclarar muchas cosas. Así que la llamo por teléfono. Se alegra mucho de mi llamada. Le pido que organice una reunión familiar para anunciar mi compromiso. Y nos invita a comer el próximo domingo.

El resto de la semana transcurre con el ritmo ajetreado de compaginar el trabajo con las compras para la nueva casa.

Llegó el día clave. Hemos quedado a las dos y media para comer con mi hermana y mis padres. Alberto, vestido de traje y con colonia en exceso, me recoge en su coche a las dos, en la puerta de mi apartamento. Casi no hablamos durante el trayecto.

Llegamos a la puerta de casa de mis padres y mientras pulso el timbre Alberto se abrocha los botones de la chaqueta, se recoloca la hebilla del cinturón y revisa el brillo de sus zapatos. Por último, me echa una mirada y me dice en voz baja: «No te preocupes, cariño, lo tengo todo controlado. Todo va a salir bien».

Mi madre abre la puerta ataviada con un mandil de cocina. Me abraza, me suelta, me mira y me vuelve a abrazar. Nos invita a pasar y hago las presentaciones oportunas, disponiéndonos a sentarnos en la mesa engalanada, hoy algo más que de costumbre.

Mi madre ha vestido la mesa con la vajilla y la cubertería de las grandes ocasiones. Las copas de vino sobresalen elegantemente en la mesa y mi padre las rellena de un buen vino, al tiempo que mi madre, amorosamente, termina de preparar la comida.

Alberto toma el papel de protagonista durante toda la velada. Yo casi no tengo oportunidad de hablar. Mi hermana, que es tres años mayor que yo, y Alberto no paran de hablar, han transformado la comida en una conversación a dos. Los demás nos limitamos a escucharles, a ratos sin pies ni cabeza, sorprendidos de la afinidad de estos dos que parece que ya fuesen viejos conocidos.

Mi madre escucha cada palabra de Alberto para, seguramente, emitir en dos palabras un veredicto, bendecido por los santos que

nos acompañan desde todos los cuadros que cuelgan de la pared del salón. Y eso solo lo hará cuando estemos a solas. Mi padre levanta la vista del plato de vez en cuando, posiblemente aburrido por las absurdas conversaciones de mi hermana, pero me resulta difícil saber lo que pasa por su cabeza.

Terminamos los postres y brindamos por nuestra futura unión, y ayudo a mi madre a recoger la mesa esperando el bendito veredicto. A solas en la cocina:

—¿Qué te parece? —le pregunto.

Mi madre me mira directamente, y con esa franqueza que la caracteriza lo sentencia en dos palabras.

—Un charlatán, hija. Pero sabes que yo nunca me voy a meter en tu vida ni en la de tu hermana. Vosotras sois las que tenéis que elegir a las personas que creáis que mejor complementarán vuestras vidas. Y, por mi parte, aquí siempre tendrás mi apoyo y el de tu padre.

Me fundo con ella en un abrazo, a pesar de que su opinión sobre Alberto acaba de caerme como un jarro de agua fría.

Damos por terminada la reunión y mi madre se despide de Alberto con su exquisita diplomacia maternal.

Salimos de casa de mis padres agarrados de la mano, como dos enamorados. La imagen me asusta, porque por un momento consigo darme un baño de realidad. Sé que no estoy realmente enamorada y tengo la impresión de que después de esta comida he puesto en marcha la cuenta atrás, hasta el día de mi boda. Y de

fondo, como una voz en *off*, oigo a Alberto hablando sobre la buena impresión que le ha dejado mi familia y, sobre todo, lo bien que le ha caído mi hermana. Estoy al borde de un ataque de ansiedad, porque le oigo pero no le escucho, no asimilo lo que me dice, no puedo dejar de pensar que me estoy metiendo en un callejón sin salida, y me veo al borde de un precipicio a punto de saltar.

Por suerte no habrá más presentaciones prenupciales. Alberto es huérfano de padre y madre y tampoco tiene hermanos. De repente, necesito estar sola y le pongo como excusa que no me encuentro bien. Quiero que me lleve a mi apartamento, necesito recapacitar, sopesar si estoy haciendo las cosas bien o simplemente me estoy precipitando. Y de nuevo recuerdo otra de las citas de Nietzsche que leí en el libro de citas: «La edad de casarse siempre nos llega antes que el enamoramiento». Y quizás es lo que me ha ocurrido. Es posible que me esté anticipando porque simplemente me ha llegado la edad de casarme antes de enamorarme, y los estereotipos sociales me están empujando a hacerlo. Pero mi gran duda es si después de casarme lograré realmente enamorarme de Alberto.

Me pongo una venda en los ojos y decido seguir adelante con los preparativos de la boda. Faltan todavía tres meses y voy dejando pasar los días y las noches sin dormir. Y es que a veces me entran deseos de desaparecer de este mundo.

Miro con apatía catálogos de vestidos de boda, y recibo constantemente llamadas de felicitaciones anticipadas a medida que llegan a su destino las invitaciones de mi lista de invitados.

Y justo dos meses antes de la fecha de la boda, recibo una pésima noticia. Es una llamada de Ana. Su hermana acaba de enterarse, por medio de amistades comunes, que Miguel ha sufrido un grave

accidente de tráfico. Le hago mil preguntas a las que no tiene respuesta. Pero parece ser que está ingresado en el hospital, está en coma y se encuentra entre la vida y la muerte.

Mi vida se derrumba de nuevo en medio de mi crisis prenupcial. No tengo fuerzas para acercarme al hospital. Siento que una parte de mí se muere para siempre y lloro desconsoladamente, con mi cara incrustada en la almohada. Me siento impotente.

Pasan los días y no sé nada nuevo de su estado. No tengo ningún hilo de información que no sea el de la hermana de Ana. La bombardeo a llamadas intentando saber algo más sobre su estado. Pero ella no sabe nada, ya no le llegan noticias de Miguel.

Un mes y medio después, por la calle, de camino al trabajo, veo a Miguel por la acera de enfrente. Tiene un aspecto bastante desmejorado y camina con la ayuda de unas muletas. Se me queda mirando, yo también lo miro, y otra vez me falta el valor suficiente para acercarme a él. Nos saludamos con un efusivo «hola», y cada uno sigue su camino sin detenerse.

Se me escapan las lágrimas de alegría al verlo con vida. Y guardo esa última imagen en mi memoria como un tesoro, porque puede que sea la última vez que lo vea.

A escasos días de la boda, salgo de la tienda de vestidos nupciales con mi vestido en una bolsa. Me dirijo hasta el parking. Pienso que las novias llegan al altar pletóricas de amor. Yo, sin embargo, tengo la seguridad de que no estoy enamorada. Entonces, ¿por qué le estoy haciendo esto a Alberto? ¿Por qué me estoy haciendo esto a mí misma? ¿No estoy siendo demasiado egoísta? Las dudas se apoderan de mí otra vez. Dios mío, pero en qué estoy pensando.

Me siento en el coche. La tarde está gris, llueve. Corrillos de comerciantes que acaban de echar el cierre a sus negocios se reúnen en la calle para cambiar impresiones de cómo les fue la

jornada. Yo permanezco inmóvil, en silencio. Con mi mano cogida a la llave de contacto, sin ganas de girarla.

Permanezco así muchos minutos, tantos que me parecen horas. Parece que el mundo se hubiera detenido para darme un respiro y tener la última oportunidad de echar todo atrás.

Finalmente arranco el coche con el cristal empañado por las gotas de lluvia. El semáforo está en rojo. Me detengo y me imagino con el vestido de novia a los pies del altar. Mis lágrimas se derraman de nuevo y van dejando surcos en mi maquillaje, dejo de reprimir mi llanto.

Pienso en Miguel. Desearía tener una fuerza sobrenatural para que apareciese golpeando el cristal de la ventanilla del coche y viniera a mi encuentro para rescatarme. ¡Lo tiraría todo por la borda si él me lo pidiese en este mismo momento! Pero ya es demasiado tarde, he llevado las cosas demasiado lejos. Me quiero morir. Me pongo en situación e imagino el revuelo que se formaría el día de la boda si dejo plantado a Alberto en la puerta de la iglesia. Tras este pensamiento reconozco otra vez mi falta de valentía. A veces pienso que no logro estar lo suficientemente lúcida en la toma de decisiones que son claves en mi vida.

Una vez que paso este mal trago, de mi boda solo tengo el recuerdo de mi amiga Rebeca, la fotógrafa, cuando me decía que nunca había fotografiado a una novia tan triste. Y una vez casados, mi vida vuelve a dar de nuevo un giro de ciento ochenta grados.

Alberto da por hecho que soy de su propiedad. Sus celos cobran protagonismo en nuestra relación. Y en más de una ocasión se ve obligado a salir del paso de comentarios de sus amigos, de que no me merece.

Después de quince años casados, viviendo con la inercia del matrimonio, nuestra relación toca fondo, he ido de fracaso en fracaso. Ha dejado de fijarse en mi feminidad. Ya no hay elogios. Me pregunto cuánto tiempo podré vivir en esta agonía de relación.

A pesar del declive de mi matrimonio, nunca había pensado serle infiel, hasta que de alguna forma lo fui. Cansada de no hacer nada en pareja y ante la desidia de Alberto, hago otro desesperado intento de volver a dar vida a nuestro matrimonio.

Le propongo que vayamos al cine, a ver el estreno de *Una proposición indecente*. Tengo devoción por Robert Redford y más aún por Demi Moore. Por otra parte, llevamos meses sin proponernos nada.

Sacamos las entradas para la última sesión de la tarde. Es verano y hace calor. Me apetece ponerme sexy en el que podría ser mi último intento de reanimar nuestra relación. Me pongo una minifalda roja, una camisa entallada blanca, unos zapatos de cuña alta y para acabar de rematar me alboroto mi melena rizada un poco más que de costumbre. Además, oculto mis ojos verdes tras unas gafas negras de aviador. Me miro al espejo y me veo irresistible.

Alberto me espera en el coche. Camino de la forma más sensual que sé hacerlo. Clava sus ojos en mí hasta que abro la puerta. Me siento y me subo un poco la falda para provocar sin éxito algún halago por su parte. Me decepciono, pero me callo tratando de evitar discusiones, porque no es el momento de estropear los planes.

Y sin cruzar palabra llegamos al aparcamiento del cine que se encuentra en un centro comercial próximo a nuestra casa.

Al bajar del coche siento cómo me devoran las miradas de todos los hombres que pasan a mi lado. Despierto deseo en muchos metros a la redonda, pero, sin embargo, Alberto se muestra frío, indiferente ante mi presencia.

Llegamos al cine y ocupamos las butacas de una de las últimas filas. Alberto se sienta en la que está justo pegada al pasillo. Me siento en la butaca de al lado y a mi derecha veo a un chico que calculo que pasa poco más de los 35 años. Pelo moreno, piel morena playera, unos pantalones blancos y una camisa negra con

mucho elastán y que parece que quieren salir sus abultados pectorales depilados y bien formados. Es imposible no fijarse en un hombre así, pero en otras circunstancias ni lo habría mirado.

Comienza la película y Alberto no pestañea. Yo vigilo con mi vista periférica al tío que tengo al lado. Juego a la provocación y subo un poco más mi falda para ver si distraigo su atención de la película. Saco todas mis armas de seducción y me desabrocho un botón más de mi camisa, dejando entrever mi escote. Disimuladamente giro mi cuerpo ligeramente hacia él. Mantengo mi mirada al frente, fija en la pantalla de cine.

Instantes después puedo notar que con disimulo sus ojos recorren mis muslos e intenta buscar mi rostro. Pero yo sigo manteniendo mi vista al frente mientras pienso, «¡Dios mío a qué estoy jugando! ¡Tengo a centímetros a mi marido y yo insinuándome a este tío!». Pero decido que esta va a ser mi venganza a su indiferencia.

Voy un poco mas allá y pongo la mano sobre el apoyabrazos de la butaca, rozando leve pero intencionadamente su brazo. Noto que ha sentido el roce de mi mano y eso le desconcierta. He conseguido que centre su atención en mí.

En esos momentos Robert Redfort le está diciendo a Demi Moore: «Si fueras mía yo no te compartiría con nadie». Y justo en ese momento, consigo reunir el valor suficiente para bajar mi mano hasta su muslo. Me mira de reojo sin dar crédito a mi provocación. Subo más la mano y cambio el cruce de mis piernas sin apartar la vista de Robert Redford. El morbo de la situación se apodera de mí y comienzo a excitarme. Presiento que el chico no puede creer que esto le esté ocurriendo. Y comienzo a acariciar con mi mano, de arriba abajo, su muslo. Lentamente, sin que apenas se note el movimiento en mi brazo, paso mi mano, haciendo presión con dos dedos, por su bragueta. Su boca se abre y la inspiración de sus pulmones casi hace estallar el botón de su camisa. Pone su mano sobre la mía y la inmoviliza sobre su entrepierna. La aprieto como si fuera mi pelota antiestrés y saco la mano de debajo de la suya para acariciar de nuevo su muslo. Él está muy excitado, puedo palparlo,

puedo verlo de reojo en su cara, que sigue mirando al frente con disimulo, como si nada ocurriera.

Saca su enorme polla y me agarra la mano para acercarla a ella. No la veo, pero al sentirla en mi mano puedo imaginarla cuando la recorro desde su base hasta la punta.

Es ahí donde, después de mojar disimuladamente mis dedos, los deslizo suavemente, con delicadeza, como si fuese mi lengua la que hace el trabajo. No quiero que me delate el movimiento de mi brazo y me limito a mover solo mi mano, acariciando en círculos su glande con la humedad de la punta de mis dedos. Pasan unos minutos y tapa su boca con la mano al tiempo que infla su pecho y un abundante líquido caliente se derrama mientras disfruto de su cara, de su gesto, de su contención por hacerse discreto, del calor de ese maravilloso fluido que me acaba de regalar mi triunfo.

Me mira y meto mis dedos empapados en mi boca para deleitarme con el sabor de su sexo. Me muero de morbo. Si hubiese podido sentir un solo roce de su mano en mi sexo, me habría corrido aquí mismo.

Ha sido mi forma de tontear con la infidelidad.

En este último año de casada con Alberto ya apenas convivimos. Dormimos en habitaciones separadas y llevamos vidas completamente independientes.

Mi madre está enferma y procuro pasar el mayor tiempo con ella, intentando evadirme de mi matrimonio. Un día, estando en su compañía, me mira y, cogiendo mi mano, me dice, «¡hija mía, búscale!». Y yo, ojiplática, desconcertada, sin saber bien a quién se refiere, le pregunto:

—¿A quién tengo que buscar, mamá?

—A quién va a ser, hija. Busca a Miguel, solo dile que no le guardas rencor —me responde.

Y esas palabras de mi madre, que aparecieron sin que yo le hubiese contado jamás lo que había sufrido por mi relación con él ni tampoco mis problemas con Alberto, me dejan en *shock*. Y me doy cuenta de cómo puede llegar a conocer una madre a su hija.

Poco después pongo fin a mi relación con Alberto y le pido el divorcio.

«Nada dura para siempre, pero si lo cuidas dura un poco más», dice el dicho. Alberto no me cuidó lo suficiente, o quizás fui yo quien no le puso el suficiente entusiasmo para que eso sucediera.

CAPÍTULO V

Mi historia acaba de saltar por los aires. Lo que iba a ser mi oportunidad de sentar la cabeza y estabilizar mi vida, ha terminado por desestabilizarla por completo.

Vuelvo a las noches en vela, repasando mis ilusiones rotas, mis frustraciones, con copas de whisky a las tres de la mañana, intentando calmar mi ansiedad y esnifando recuerdos felices con ese cigarrillo humeante que se consume olvidado en ese enorme cenicero.

Así siento que se consume mi vida, en ese gran cenicero que es este mundo lleno de colillas, donde los cuentos de hadas que llenaban mi cabeza durante mi infancia son una cruel mentira. Estoy convencida de que la euforia que se siente al principio de todas las relaciones se va disipando a medida que dejamos de tener ilusiones conjuntas. Y es precisamente esa euforia la que se desvaneció en mi relación con Alberto.

Ahora mi escenario es otro. Me consuelo siendo la envidia de todas esas mujeres casadas dentro de matrimonios vacíos, donde todo se vuelve costumbre y se tiene sexo porque toca tenerlo. Sin embargo pocas tienen el valor suficiente para romper con todo y darse la oportunidad de tener una nueva vida.

Mi matrimonio con Alberto se instaló en el hábito, en los orgasmos fingidos para no herir su hombría. De hecho, tengo un máster en fingir orgasmos. Y me cansé de intentar hacer feliz a alguien cuando yo no lo era.

Muchas mujeres lo hacen. Yo apuesto a que la mayoría de las mujeres casadas viven sus matrimonios sin esperanza, sumidas en la resignación. Tengo amigas que presumen de las magníficas relaciones sexuales que tienen con sus parejas y sospecho que esa

presunción no es otra cosa que frustración. Y al hacerlo, ellas mismas se ponen la etiqueta de «soy una insatisfecha».

Viven felices dentro de su propia hipocresía. Se mojan las bragas pensando en alguno de los amigos de sus maridos y fantasean mientras ven porno a espaldas de ellos.

Al menos yo, a mis 42 años, soy libre de masturbarme hasta destrozarme el clítoris y puedo fantasear con quien me de la gana, sin sentir que estoy traicionando a nadie. Reconozco que lo hago, pero sin remordimientos.

He decidido hacer un giro radical en mi vida. Tengo un dinero ahorrado y, puesto que no he dejado de estudiar y trabajar desde el comienzo de mi carrera, creo que me merezco hacer una prolongada parada para disfrutar de mí misma, de mi nueva y olvidada libertad.

Así que me pongo como loca a la búsqueda de anuncios de casas y apartamentos en zonas costeras. Prefiero el sur, me gusta el calor, el sol, la playa, quizás esa es la razón por la que la gente del sur siempre parece estar alegre.

Mi idea es trasladarme a una zona costera, al menos durante un año, y dedicarme simplemente a no hacer nada.

Odio madrugar y el estrés que me inyectan mis responsabilidades profesionales. Y me gustaría romper substancialmente con todo. Por una vez voy a ser valiente y decidida, voy a dejar mi trabajo en Madrid y hasta mi propia casa.

Enciendo mi ordenador y veo en internet un anuncio de un pequeño apartamento en el pueblecito costero de Conil de la Frontera. Mi calculadora mental hace cuentas con el precio del alquiler para ver si me puedo permitir este año sabático, y para mi satisfacción la cuenta me cuadra a la perfección.

Cojo el teléfono con impaciencia, pensando que la señora Carmen que, según dice el anuncio, es la dueña no para de recibir ofertas sobre el coqueto apartamento. Con solo escuchar la vocecita de la señora Carmen y su acento andaluz ya me imagino en la playa de Conil.

Creo que le he caído bien a la señora porque me ofrece ver la casa, invitándome un fin de semana para que pueda saborear la delicia de vivir en ese apartamento. Me explica todo al detalle, incluso me dice que desde la terraza del apartamento puede verse un trocito de mar.

Mi respuesta es que tengo poco tiempo y le pido su número de cuenta bancaria para hacer una transferencia como fianza. Quiero quedármelo directamente.

En unos días compro un pequeño coche de segunda mano para poder llevar mi equipaje y tener la libertad de poderme mover a mis anchas cuando llegue.

He encargado a una empresa de mudanzas que traslade mi piano y las cosas que no puedo llevar en mi coche. Y, después de despedirme con pena de la academia donde trabajo, comienzo a tachar los días que me quedan antes de marcharme.

He decidido hacer a las bravas eso que dicen los psicólogos, «cuando notes que estás deprimida, cambia los muebles de sitio o cambia el color de la pintura de tu casa». Yo he decidido hacerlo, ¡cambio de ciudad y de casa!

Solo la ilusión que me infunde imaginar el cambio hace que mi depresión desaparezca instantáneamente. Es posible que esto hasta sea más barato que hacer sesiones programadas durante meses con un psicólogo.

Creo que empiezo a hacer las cosas bien. Pienso que voy por el buen camino.

Llega el día antes de partir. Miro por la ventana de mi salón el tráfico de coches y el gentío que habita en la calle. Pienso si luego no tendré nostalgia de todo esto. Pero lo tengo decidido, no puedo pasar más tiempo en Madrid, donde en cada calle, en cada esquina, me asaltan constantemente recuerdos de Miguel y de mi fracasada vida con Alberto.

Al día siguiente me levanto temprano. Me asomo a la terraza para respirar, por última vez en mucho tiempo, ese aire contaminado de Madrid en esta mañana de mayo.

Es jueves y ver el tráfico y la gente estresada moverse con el ajetreo diario de sus vidas laborales, me produce doble satisfacción y saboreo con más intensidad mi nueva libertad.

No me preocupa en absoluto en qué llenaré mi tiempo diariamente. Soy de esas personas de mente inquieta, que no se aburren nunca en su tiempo libre cuando tengo la cabeza ausente de preocupaciones.

Salgo al fresco de la calle de esta mañana soleada, en la que me parece que el sol y el aire que respiro son inconmensurables. Las ganas de vivir que me imprimen este cúmulo de emociones positivas me hacen ver el mundo de otro color. Me pregunto cómo no he sido capaz de ver antes la salida al hastío de vida que me ha estado consumiendo la energía durante tanto tiempo.

Voy al coche, bajo el cristal de la ventana y siento el aire en mi cara. En la radio el locutor de *Los 40 principales* escala la lista de éxitos musicales, intercalando mensajes de ánimo para los que se dirigen al trabajo. Y yo, por primera vez en mucho tiempo, me siento más feliz que el resto de la gente.

Me siento como las protagonistas de *Thelma y Louise* huyendo de su pasado, con mi pantaloncito corto, mi blusa atada por encima del ombligo, mis gafas de sol negras y mi pañuelo pirata atado a la cabeza.

Tres horas después paro a mitad del camino en un área de servicio. Hago un descanso y estiro un poco las piernas. Respiro hondo, enciendo un cigarrillo y me pierdo soñando en ese trocito de mar que se ve desde el apartamento y que de forma tan gráfica lo describía la señora Carmen.

Continúo con el viaje y casi puedo oler el mar mientras trato de imaginar cómo será mi nueva vida. El colorido de las adelfas que decoran la mediana de la carretera anuncia que estoy llegando a la zona costera. Una hora después me adentro en este maravilloso pueblo y, tras atravesar su entrada, me desvío por la avenida del río, dejando a mi izquierda el pequeño puente sobre la desembocadura del río salado. Este vierte sus aguas en la extraordinaria playa de la Fontanilla. Y es, con su fina arena, lo más parecido a un paraíso terrenal.

Paro el coche al lado del puente. Me tomo unos minutos para disfrutar del paisaje y vuelvo a retomar mi camino perdiéndome por las estrechas calles del pueblo, intentando recordar las detalladas instrucciones para encontrar la casa.

Pregunto a dos chicas con pareos y bolsas playeras y me indican cómo llegar a la casa, que parece estar situada en la parte más alta del pueblo.

El solo hecho de ver gente caminando por las calles con la indumentaria playera ya me inyecta energía positiva.

Estoy nerviosa, llamo al portero automático del apartamento. Me espera la casera. Oigo una voz que viene de la parte alta del edificio, me lanza un saludo dándome la bienvenida e invitándome a subir.

Carmen me recuerda a mi madre. Es una persona entrañable y muy familiar. Y al verla me viene al pensamiento mi madre cuando, el día de mi boda con Alberto, me ayudaba con cariño a vestirme mientras podía sentir mi tristeza interior.

Las madres raras veces se equivocan cuando intuyen que algo no va del todo bien. Pero en la mayoría de las ocasiones, los hijos no queremos admitir que estamos en un error y sacamos nuestro orgullo simplemente para ganar tiempo, porque sabemos perfectamente que es solo cuestión de tiempo y que, finalmente, terminaremos comiéndonos nuestro orgullo y doblegando a su razón.

El apartamento es pequeño pero muy acogedor. Tiene un salón con una cocina office y un dormitorio con terraza. Desde allí se ve ese trocito de agua que me recuerda al cuadro del salón de mi casa en Madrid.

Es la hora de comer y la casera me aconseja visitar Casa Manolo. Es un chiringuito a pie de playa, donde me asegura que podré comer el mejor atún encebollado que haya probado en toda mi vida. Además de poder hacerlo con unas vistas inmejorables al mar.

Voy disfrutando del paseo hasta llegar caminando al famoso chiringuito. A pesar de ser un día cualquiera del mes de mayo, el restaurante está a reventar de gente. El camarero me invita a sentarme en una mesa al tiempo que me pregunta lo que desearía tomar. Limpia, como poseído, la mesa con una mugrienta bayeta, como si quisiera arrancar la serigrafía del anuncio de Mahou.

Pido que me sirva una cerveza y me ofrece varias marcas. Me da igual la marca, para mí hoy la cerveza tiene la marca de «Vistas al mar» y eso ya es más que suficiente.

Al cabo de media hora ya me he bebido dos jarras con su correspondiente plato de atún. ¡Estoy a punto de explotar! Refrescada por la bebida y después de degustar el exquisito pescado, me sigo deleitando mirando al mar. No puedo apartar ni un segundo los ojos del Atlántico, que se complementa con el infinito del cielo generando en mí un efecto hipnótico. Me proporciona una sensación de bienestar y tranquilidad en mi cerebro inigualables.

Pido la cuenta y pago con mi visa. Luego, me pongo a caminar sobre la arena de la playa, y me voy despojando de mi pantaloncito corto y mis chancletas.

Mis nalgas, con su blanco immaculado, reclaman sol, se quedan al aire con la braguita tanga del bikini que me tapa lo justo.

A lo lejos veo a una chica que camina hacia mí y no puedo evitar fijarme en ella, tiene un look tan llamativo. A medida que se va acercando dudo si en su mano izquierda porta un libro o unos *flyers* publicitarios. A esa distancia soy incapaz de distinguirlo, pero o mucho me equivoco o viene directamente a por mí.

Me para, me sonrío y le devuelvo la sonrisa. La recorro con mis ojos de arriba abajo, sin ser vista en mi ademán, aprovechándome de los cristales negros de mis gafas de sol. Se presenta como Miriam, y lo hace con un inusual desparpajo. Calculo que tiene más o menos mi edad, unos 40 años. Un metro sesenta y cinco de estatura, el pelo rapado al uno con un tinte de color rubio, tatuajes por todo el cuerpo y llama la atención un pirsin que atraviesa el centro de su siliconado labio inferior. Sin duda, su imagen tiene un cierto tono de erotismo y sensualidad. Es de complexión menuda y tiene una vivaracha mirada que habla por sí sola.

Miriam me pregunta si tengo pareja. Le respondo que no. Tira de uno de los *flyers* que lleva en su otra mano y me invita a su reunión de *tuppersex* a las nueve de la tarde. Me asegura que lo pasaremos bien y nos echaremos unas buenas risas.

Acepto la invitación, de hecho acabo de llegar y no tengo ningún plan mejor. Además, en esos escasos cinco minutos que hemos hablado, he conectado con ella a la perfección. Realmente, con su extrovertido carácter, me apetece pasar un buen rato en su compañía.

Vuelvo al apartamento con mi piel irritada, más rosada que morena. Estos primeros baños de sol no le van demasiado bien a mi piel blanca y las pequeñas pequitas de mi cara se hacen un poco

más oscuras. Pero lo cierto es que ya con este tinte rosado, que ha apagado mi tez blanca madrileña, me veo mucho más guapa que antes. Será solo cuestión de unos días que me habitúe al sol playero y mi piel luzca un atractivo bronceado.

El tiempo pasa volando. Ya son las ocho y media de la tarde. Miro el reloj de la misma forma compulsiva que suelo mirarlo en Madrid cuando voy a una cita con la hora ajustada. Me costará unos días desconectar del estrés y de mi forma de vida anterior.

No sé qué ropa ponerme para la reunión, pero me apetece ponerme algo sexy. Soy provocativa y me gusta demostrarlo. Además, imagino a las asistentes de la reunión con las hormonas alborotadas y luciendo sus sensuales piernas bronceadas con cierta ventaja sobre mi blanco nuclear.

Así que suplo mi falta de bronceado con una minifalda blanca especialmente corta, una ajustada camiseta negra sin mangas y mis zapatos negros abiertos con cuña de esparto.

Me miro al espejo. «¡Qué polvo tienes, hija, vaya desperdicio de cuerpo que se están perdiendo algunos mortales», pienso. Y salgo caminando por la calle hasta el local de reunión.

Cuando llego, la reunión está ya empezada. Entre tantas mujeres una cara nueva como es la mía me hace ser el centro de atención de todas las asistentes. ¿Por qué solo hay mujeres? Debe ser que los hombres se quedan agazapados en sus sillones de oreja en el salón, a la espera de que venga la parienta con el *set* de lubricantes y consoladores para que les expliquen en vivo y en directo lo que son capaces de hacer estos cachivaches. Y es que los hombres, desde sus ancestros, ¡son así de *güevones*!

Trato de captar todas las explicaciones que ofrece Miriam sobre los más de cincuenta juguetes eróticos que tiene encima de la mesa. Durante el monólogo que se marca con soltura, descaro y acento andaluz, las risas son un no parar.

Asegura que la mente y el pitorro están directamente conectados por un hilo, de tal forma que si la mente está feliz, el pitorro está feliz y viceversa. Y sigue comentando la delicia de usar los perfumes con feromonas, los consoladores para el punto G y las maravillosas bolas chinas que te preparan el chocho para una noche de pasión.

El ambiente se va caldeando y algunas ya han perdido la vergüenza inicial por completo, pasando de espectadoras a protagonistas.

Una cincuentona, que aún está de buen ver, nos enseña — consolador en mano— cómo hacerle una mamada a un hombre hasta dejarle patas arriba como si fuese un escarabajo pelotero. Lo ha hecho con tal maestría que creo que más de una esperaba que eyaculase en su cara. Debe ser cosa de la experiencia de las mujeres maduras...

¡Me duele el abdomen de tanto reír! Para finalizar, Miriam, que con esa mezcla de soltura y descaro al hablar, da la impresión de ser una verdadera experta en las artes amorias, toma nota de las asistentes que se quieren quedar para formar parte en un taller práctico donde nos contará en qué consiste la técnica de la eyaculación femenina o *squirting*. Y comienza a hacer la criba para anotar las chicas que formarán el taller:

—¿Cuántas de vosotras habéis experimentado en vuestras propias carnes un *squirting*? —Y se hace un silencio—. Pues aquí vais a descubrir, e incluso algunas de vosotras a experimentar, qué es la eyaculación femenina.

La curiosidad que despierta en todas las que estamos en la reunión hace que ninguna seamos capaces de despegar el culo de la silla. Todas la miramos boquiabiertas, en tanto que ella, con suma naturalidad, sigue hablando y nos advierte que lo más divertido de este taller llegará al final de la sesión. Es entonces cuando me entran las dudas de echar a correr, porque no me veo con mi rajita al aire haciendo experimentos delante de tantas féminas. Pero nadie se mueve, todas nos miramos con un poco de vergüenza y nos

puede las ganas de saber si seremos capaces de eyacular igual que las actrices del cine porno y si esto de la eyaculación femenina es algo que está al alcance de cualquiera de nosotras.

Formamos un grupo de cuatro y emplaza a las tres restantes para la siguiente sesión.

Pasamos a la habitación de al lado, donde invita a una chica a tumbarse sobre una esterilla. El clima que tiene la sala es un poco zen, ¡eso me gusta!

Miriam comienza a hablar y todas permanecemos de pie, en corro, alrededor de la chica que se acaba de tumbar.

Nos pide que todas nos quitemos la ropa de cintura para abajo para sentirnos mas cómodas. Todas intentamos mantener la compostura. Unas contienen la risa y otras la miran extrañada poniendo en duda si quedarse o marcharse antes de que esto vaya a más.

Miriam prosigue su charla diciendo que todas las mujeres somos una fuente inagotable de placer. «Y de esa fuente vamos a hablar ahora de la forma más literal posible», nos azota.

—¿Alguna vez habéis tenido unas ganas incontenibles de orinar mientras estabais teniendo sexo? Pues posiblemente lo que habéis estado conteniendo es la posibilidad de tener un *squirting*.

»En los antiguos textos tántricos y taoístas la eyaculación femenina era considerada como un regalo de los dioses que ayudaba a rejuvenecer y revitalizar el cuerpo de las mujeres.

»Las glándulas encargadas de expulsar el liquidillo, y que muchas mujeres pueden llegar a confundir con la orina, son las llamadas glándulas de Skene.

Más tarde Miriam saca un espejo de aumento y dos potentes focos, de esos que se usan en los estudios fotográficos. Yo seré una

de las encargadas de sostener uno de ellos, la idea es que proyecte luz sobre la vagina de la chica.

Pasamos a la acción como hacen en los rodajes de las películas.

—Quiero que todas observéis la vagina de Esther.

La fórmula de Miriam de mantenernos semidesnudas obtiene resultados positivos y la tensión empieza a disminuir.

—En primer lugar os voy a enseñar cómo tenéis que estimularos para lograr lentamente un alto grado de excitación.

Miriam lleva en su mano un envase de gel lubricante con un dosificador y deposita un poco sobre las dos manos de la chica para que comience a estimularse.

—Debéis comenzar a masajearos toda la zona genital, haciendo pasadas lentamente. Tenéis que usar ambas manos, deben estar impregnadas con el gel lubricante. Haced respiraciones profundas para relajaros y en unos minutos empezaráis a sentir un poco de placer.

Ninguna perdemos detalle de la imagen del coño enorme de la chica, queda reflejado en el espejo de aumento que ha colocado justo enfrente.

Una chica morena y yo seguimos haciendo de equipo de iluminación, asegurándonos de la visibilidad del primer plano del pitorro, como si trabajásemos en la producción de una película pornográfica. Tengo que decir que el pitorro de la chica no se parece nada al mío, por lo que descubro que también tenemos otro tipo de belleza interior. Y yo, ante semejante pelambreira, me acabo de sentir guapa por dentro en este mismo momento.

Miriam da explicaciones —con detalle— de nuevas técnicas para estimularnos con el movimiento de las manos y de cómo usar los dedos para masturbarnos.

Al cabo de unos quince minutos y después de seguir al pie de la letra cada una de las explicaciones de Miriam, la chica que permanece con los ojos cerrados para lograr una mayor concentración tiene tal calentón que parece estar a punto del orgasmo. Miriam la detiene y pide el relevo para que otra de nosotras ocupe su lugar. Con esta interrupción me temo que la chica se ha quedado como nos suelen dejar los hombres en la mayoría de las ocasiones...

—¡Necesito a la siguiente voluntaria! —dice la profe.

Ante la ausencia de voluntarias, me lanzo al ruedo. Ahora soy yo la que tengo que exhibir mi sexo en el gran espejo. Esto es como ir a un *casting*, donde todo el mundo te observa, y yo, rodeada de mujeres, no sé si mirarme el chocho en el espejo de aumento o ver las caras de ellas mientras lo miran.

La última vez que vi mi coño con tanta claridad fue una vez que me salió un grano en uno de los labios mayores y me lo estirpé con la ayuda de un espejo de aumento que uso para depilarme los pelillos de las cejas.

—A estas alturas, y después de ver con todo detalle los genitales de dos de vuestras compañeras, ya estamos familiarizadas con cada una de sus partes, a falta de descubrir dos agujerillos más que son los que hoy acapararán toda nuestra atención.

»Hoy vamos a hacer trabajar a casi todos los agujeros que tenemos. El único restante, que algunas de vosotras tampoco habréis estrenado en el sexo, lo dejaremos para las que quieran asistir el próximo día al taller de sexo anal.

»Pues bien, podemos observar en la vagina de Mery que hay otros dos pequeños orificios casi imperceptibles. Cada uno da a las glándulas Skene que mencioné antes, a través de ellas es por donde lubricamos, aunque estas glandulitas también están conectadas con la uretra a través de microtubos y por eso cuando

eyaculamos expulsamos el líquido por ellas teniendo la sensación de que nos estamos orinando.

«Dios mío, a mis casi 43 años estoy descubriendo nuevos agujeros en mi cuerpo», pienso.

Algunas de las mujeres, haciendo parte del trabajo por su cuenta y mientras Miriam explica, se han apartado del grupo y retozan fotografiándose el chocho con el móvil para después aumentar la imagen para tratar de encontrarse los dichos agujeros. ¡Esto es para mearse y no precisamente haciendo un *squirting*!

—¡Tened paciencia, no os adelantéis! Todas pasareis por el espejo para que podáis ver vuestros agujeritos —dice Miriam—. Podéis llegar a eyacular casi un litro de este líquido. Lo único que lo puede impedir es vuestra propia mente. La cantidad puede variar en función de lo excitadas que estéis en ese momento. Algunas de las que hoy lo consigáis, podréis comprobar que podéis lograr mojaros un poco la mano, y otras vais a eyacular como una fuente. Todo dependerá de lo calientes que estéis y de que os sigáis estimulando cuando empecéis a eyacular.

Después de haber pasado todas por la esterilla y de observarnos en las «cautivadoras» imágenes que hemos visto en el espejo, ya estamos más desinhibidas. Esto nos ayuda bastante para enfrentarnos al siguiente ejercicio. Debemos meternos los dedos y localizar el punto G, que es ese garbanzo rugoso que se encuentra detrás de la parte superior del hueso pélvico. Y auguro que para eso necesitaremos aún un puntito más de intimidad. Efectivamente, Miriam apaga la luz de la sala. Nos quedamos casi a oscuras, alumbradas tan solo por unos pequeños focos que hay en cada esquina del techo de la habitación. Emiten una débil luz de tono morado. Miriam reparte lubricantes y hace de modelo, simulando cómo debemos colocarnos.

—Nos ponemos tumbadas sobre la esterilla. Metéis dos almohadas debajo de vuestra cabeza y detrás de los hombros para que vuestra columna vertebral quede bien curvada hacia adelante.

Esto os dará mejor acceso a la parte genital. Abrís las piernas elevando las rodillas y con los pies planos sobre la esterilla. Y una vez que estéis lo suficientemente cómodas, el siguiente paso será iniciar la aventura individual de la búsqueda de vuestro punto. ¡Vamos! ¡Todas a sus puestos! —dice Miriam.

En este ambiente y debido a la distancia entre nosotras y la tenue luz, Miriam ha logrado que tengamos cierta intimidad.

¡Comenzamos la aventura individual de encontrar nuestros garbanzos!

Trato de visualizar a las demás casi adivinando sus siluetas para comprobar en qué medida soy visible para ellas. Las puedo ver a todas, pero no distingo quién es cada una. Eso me hace sentirme un poco más cómoda y el titubeo no me dura mucho viendo que algunas de mis compañeras, como futuras promesas del porno, ya han cogido la postura y se meten los dedos con total alegría y desinhibición.

Me pongo manos a la obra o mejor dicho me pongo dedos a la obra. Apunto con las yemas de los dedos índice y medio hasta sentir la zona rugosa en la parte superior de la vagina. Siento que a medida que lo oprimo, el garbanzo se hincha como una legumbre que llevase tiempo en remojo, y comienzo a sentir un poco de placer.

Miro a las otras e imagino la misma cara de tonta que debo tener yo en este momento.

—¿Todas lo tenéis ya localizado? —pregunta la maestra y, como en una clase de colegio, casi al unísono, todas respondemos afirmativamente—. Punto uno, lo primero que tenéis que conseguir es un alto grado de excitación. Punto dos, tenéis que estar plenamente relajadas, nada de contraer la vagina. Y punto tres, para pasar a la acción debéis golpear con el consolador sobre esa zona, metiéndolo y sacándolo como si estuviéseris siendo fuertemente penetradas por un hombre. Debéis hacer fuerza, como si fúeseris a

orinar. ¡Tenéis que estar plenamente conectadas con vuestro cuerpo hasta conseguir una excitación profunda y relajada! Y tened en cuenta que no necesariamente el orgasmo va ligado a la eyaculación. ¡Que nadie se frustre por eso! Eso sí, cuando la eyaculación y el orgasmo se sucedan simultáneamente, la sensación de liberación será increíble. Así pues, las que en el momento final podáis usar la otra mano para estimular vuestro clítoris tendréis más posibilidades de alcanzar un orgasmo en el momento del *squirting*.

Yo ya tengo el coño más caliente que una sartén solo de escuchar a Miriam. Rebusco mi bolsita rugosa, que por su tacto acabo de bautizar como el paladar de mi vagina, mientras intento imaginar las nuevas sensaciones que puedo estar a punto sentir.

—Pues bien —continúa diciendo Miriam—, ahora, para conseguir el estado idóneo de excitación y a menos que queráis hacer aquí una orgía lésbica, proyectaré en una pantalla unos videos de cortes de películas pornográficas elegidos por mí. En ellas veréis actrices teniendo *squirting*, serán de lo más inspiradoras.

Todas miramos a la pantalla permaneciendo tumbadas, seguimos medio desnudas y con nuestras manos manoseándonos el potorrillo.

—¡Intentad meteros en la película! ¡Podéis estimularos el clítoris mientras la visionáis, ensayando las técnicas de masturbación que acabáis de aprender! Eso ayudará a elevar vuestra excitación y os garantizo que os iréis de aquí sorprendidas por el resultado.

Y como si hubiese sacado una entrada en una de esas salas X del centro de Madrid, a las que por cierto nunca me atreví a entrar aunque confieso que siempre despertaron en mí la curiosidad de saber qué es lo que se cocía ahí dentro, comenzamos la sesión X de la señorita Miriam.

La película avanza, mi excitación también. Miriam pone al lado de cada una de nosotras uno de los potentes vibradores para la estimulación del punto G.

A los diez minutos de película, el sonido de fondo de la sala es como si cuatro teléfonos móviles en modo de vibración no parasen de recibir llamadas.

La profe nos indica que usemos el vibrador como si estuviésemos masturbándonos en casa, olvidándonos que el objetivo sea conseguir tener un *squirting*. Una vez que sentimos que estamos a las puertas del orgasmo, comenzaremos el enérgico ejercicio del mete-saca que busca eyacular.

Soy la primera en sentir la necesidad de comenzar el ejercicio. ¿Me dará luego la medalla a la chica más caliente de la sala? Imagino que más de una estará pensando, «¡Joder con la nueva!». Pero bueno, según veo el panorama de calentito, no sé si alguna podrá ahora mismo pensar con claridad.

Yo trabajo afanosamente con el vibrador. Cierro los ojos dejando a un lado las imágenes de la pantalla. Tiro de algunas de las fantasías que guardo en mi *masturboteca* particular en un intento de buscar la máxima concentración en tan «romántico» escenario y lograr estar lo suficientemente excitada como para alcanzar la cima de placer.

Me relajo y pienso en las imágenes que vi hace unos años observando a mi vecino. Tardo unos dos minutos más cuando, después de estimular esa bolsa hinchada y esponjosa con la punta curvada del vibrador, mi coño empieza a chapotear como cuando vas pisando charcos en un día lluvioso. Le doy un poco más fuerte y... Ah, aleluya. Me sorprende cuando durante el orgasmo expulso un abundante líquido viscoso y transparente con mis recién descubiertas glandulitas. Ningún hombre con los que he estado ha logrado conseguir esta proeza en mí. ¡Si serán inútiles!

Creo que ninguna de mis acompañantes me ha ganado en la carrera. El resto de las chicas todavía siguen abstraídas en el intento de conseguirlo. Yo, en cambio, acabo de experimentar esa nueva sensación que tan bien nos ha descrito Miriam. ¡La sensación de relax y liberación es realmente increíble!

Después, entre el continuado sonido de los vibradores y la mezcla de los jadeos de mis acompañantes pajeándose, me tumbo de nuevo a disfrutar de mi relax a la espera de que terminen mis calenturientas compañeras.

Algunas de ellas solo han conseguido expulsar unas pequeñas gotas, otras han conseguido escupir el liquidillo hasta casi medio metro, pero todas nos hemos meado de gusto. ¡Espero que ninguna se haya meado de verdad para aprobar el examen!

Ahora llega el momento de comentar entre nosotras las sensaciones vividas mientras Miriam abre el taller para el segundo grupo.

—Gracias por asistir. Espero que haya sido todo un placer. Nos vemos en el bar de al lado cuando termine la segunda sesión —dice Miriam despidiéndose de nosotras.

Al término de la reunión nos tomamos unas copas en la terraza del bar, cada una con su juguete puesto encima de la mesa. La cara del camarero cada vez que nos sirve las rondas es para enmarcarla. Esperamos charlando, entre risas. Y una vez que se incorporan a nuestra mesa las relajadas caras del siguiente grupo, acompañadas por la brillante directora de la orquesta de gemidos, comentamos y reímos sin parar durante horas. Y pago las dos últimas rondas para compensar a Miriam por haber comprado solamente un bote de lubricante en la sesión de *tuppersex*.

En un par de meses mi relación con Miriam se va convirtiendo en una bonita amistad. Ya nos hemos puesto un poco al día de nuestras vidas, si bien yo he omitido contarle mi frustración con Miguel.

Miriam vive con lo que gana de la venta del *tuppersex*, además de hacer exposiciones con los cuadros que pinta. Y, por si fuera poco, también hace pulseras y collares que vende en un puestecito de los que se montan en el paseo marítimo.

Es soltera, tampoco tiene hijos. Vive en una casa de planta baja que no queda muy lejos de donde yo estoy instalada. Y así nos pasamos el día, de una casa a otra, haciéndonos mil visitas en las que intercambiamos clases de piano con las de bisutería.

Después de un par de meses, me voy adaptando a mi nueva vida aquí. Ya he desconectado lo suficiente de mi ritmo de vida anterior y empiezo a saborear con gusto el disfrute de esta forma tranquila de vivir. Hoy es miércoles. Miriam me ha llamado para pasar un día en la playa de Castilnovo. Es una playa nudista que se encuentra al sur del municipio y que lleva el mismo nombre. La preside una pintoresca torre de Almenara que antiguamente se usaba como atalaya para el avistamiento de los atunes.

Al llegar nos encontramos completamente solas en esa inmensa extensión de playa natural, tiene más de dos kilómetros y medio. ¡Me siento como si hubiese descubierto el paraíso! Nos despojamos de toda la ropa. De hecho, nunca hasta ahora había practicado nudismo.

El viento de Levante, en estas primeras horas de la mañana, me proporciona una sensación única de liberación, fluye por cada rincón de mi cuerpecito desnudo.

Nos sentamos en la orilla con la mirada puesta en la inmensidad del mar, el agua de las olas nos mojan los pies. Nos pasamos así unos prolongados minutos, sin conversar, con la respiración lenta, meditando. Apreciamos la gran riqueza que sobrepasa el significado real de este inmenso y grandioso medio natural, que nos regala poder abrir los sentidos a una conciencia esparcida y en la que cada molécula de aire contribuye a desdoblar de forma fluida y natural mi forma de percibir la naturaleza. Esto debe ser lo más parecido a levitar.

El resto de la mañana la pasamos con conversaciones triviales. Al atardecer el aire se torna un poco más frío, pero no queremos abandonar el lugar sin llevarnos como recuerdo la belleza del ocaso. Sin ropa interior nos vestimos con unos pantalones cortos y unas

camisetas de manga larga y nos quedamos sentadas resplandecidas bajo la luz crepuscular.

Miriam me mira con una mirada profunda. Una mirada que nunca hasta este momento había visto en sus ojos. Me habla con voz suave y con algo de romanticismo. Me pregunta si alguna vez he besado a una mujer, y le respondo que no. Llevo varios meses sin tener sexo con nadie, solo conviviendo con mis masturbaciones nocturnas. Y sí, lo reconozco, tengo ganas de sexo.

Intuyo la doble intención de su pregunta y dudo si siento rechazo o, por el contrario, son los prejuicios los que no me dejan pensar con claridad. Desliza, como tanteando, dos yemas de sus dedos sobre la piel de mi hombro, que está impregnado del brillo del bronceador que todavía conserva olor a coco, al tiempo que me mira y me dice que le encanta mi cuerpo.

Acerca sutilmente sus labios a los míos y yo pierdo mi voluntad. Un beso suave con sabor salado succiona mi labio superior mientras yo succiono su labio inferior. Introduzco un poco la lengua como quien invita a desnudar mi sensualidad tímidamente, y la meto de nuevo dejándola reposar ahí, para que ella se recree con la suya, como un maravilloso manantial de deseo, y justo el tiempo que quiera tomarse.

La sucesión de besos se interconecta directamente con mi vagina. Siento tal humedad que por un momento llego a pensar que me ha venido la regla y el nerviosismo de mi inexperiencia hace que mi corazón lata fuerte, parece que quiera salir disparado por mi boca.

No tengo tiempo de cuestionarme nada. Siempre que he visto porno lésbico lo he hecho con absoluta indiferencia. Pero para mi sorpresa, acabo de descubrir que esto de besar a una mujer es todo un arte. Tengo la sensación de poder abarcar todo el placer solo con cálidos besos durante este tambaleo de mi heterosexualidad.

Sus manos van subiendo de tono. Puedo sentir sus caricias en mis pechos y son pirotecnia pura. Jamás he sentido tanto placer tan solo

con tiernas caricias. «Los hombres tienen aún mucho que aprender», pienso.

Tomo la iniciativa y me lanzo a besar sus senos. Me siento rara, pero me sale como un instinto natural. Lamo sus pezones lentamente, como lo haría con los míos si pudiera hacerlo cuando me masturbo, y escucho por primera vez los gemidos de una mujer provocados por mi boca. Bajo por su vientre sintiendo la suavidad de una piel femenina, y me parece fantástico.

Detengo mis besos cerca de su ombligo, al tiempo que desabrocho el botón de su pantalón y tiro hacia abajo de él con una destreza inesperada en mí, hundiendo mi boca en su sexo, como si fuera un profundo beso húmedo. Disfruto de sus suspiros, de apreciar su cara de placer cuando elevo mi mirada hasta su cara.

Me veo reflejada en ella, como en un espejo en el que me doy placer a mí misma, y no me puedo detener. Introduzco en su vagina primero un dedo, luego dos. Y sigo jugando con mi lengua en su clítoris, dibujando movimientos cada vez más rápidos. Hago que su cuerpo se retuerza de placer.

Dejo a un lado el sexo oral y de nuevo juntamos nuestras bocas, apretando deliciosamente mis pechos con los suyos, resbalando nuestros cuerpos que serpentean con un movimiento erótico, casi orgásmico.

Me veo tan sorprendida de lo que estoy disfrutando de este sensual ritual lésbico que me esta haciendo cuestionar mi sexualidad. Ahora son sus manos las que toman protagonismo sobre mi sexo. Sus dedos se mueven con maestría, se nota que no es la primera vez que masturba a una mujer.

No pasan ni dos minutos y ya no puedo reprimir mis gritos de placer sintiendo mi primer orgasmo. Pero no se detiene y sigue practicándome sexo oral hasta incendiar mi calentura con un segundo orgasmo.

No me puedo parar, me siento en deuda con ella y todavía no se ha apagado en mí el deseo. Pongo mis dedos en su clítoris y comienzo a masturbarla, aprendiendo de la técnica que ha usado conmigo. Noto como su cuerpo se enciende. Beso sus pezones como si lactara de ellos y explota en un turbador orgasmo.

Nos quedamos sentadas de nuevo en silencio, son los últimos minutos del vespertino ocaso. Y aprovecho para ordenar mis archivos en la cabeza, deshaciéndome de prejuicios e ideas preconcebidas acerca del sexo entre dos mujeres.

CAPÍTULO VI

Paso un año fantástico con Miriam. Las relaciones sexuales entre nosotras se repiten esporádicamente, sin sentimentalismos, sin ataduras morales, tan solo por la finalidad de satisfacer nuestros cuerpos. Es la mejor alternativa a los amantes ahora que ya no me satisfacen, creen que dar placer a una mujer es invitarla a cenar como moneda de cambio por tener una relación sexual en la que se limitan a meter y sacar. No saben seducirme, no saben follarme la vida hasta borrarle todas las nostalgias antes de hacerlo con el cuerpo, no saben besarme el alma. No están demasiado interesados en conocer los puntos débiles de mi sexualidad, y están demasiado ocupados en su propio placer. Tengo ganas de un follador de emociones, de esos que te abren en canal todos tus prejuicios y te desordenan todo, hasta hacer que ni tú misma te reconozcas. Si encuentro uno así, me hago la promesa de volver a ser feliz conmigo misma y no abandonarle jamás.

Mis ahorros están llegando a su fin. Este año sabático ha merecido la pena. Nunca imaginé que sería tan feliz con este modo de vida tan *hippie* y mucho menos que viviría experiencias tan positivas y, además, aprendería tanto de una persona como Miriam.

Hago una llamada a la academia de Madrid. Necesito saber si aún puedo reincorporarme al trabajo. Después de hablar con mi antigua jefa, me dice que el negocio no va tan bien como ella desearía y que no puede darme un puesto de profesora dentro de la academia. Sin embargo, me ofrece contratarme para amenizar eventos, que organizan grandes empresas, en hoteles y sitios de lo más pintorescos para hacer la presentación de alguno de sus nuevos productos. Me comenta que el próximo fin de semana tendrá lugar uno de ellos, en una finca propiedad de una conocida duquesa, a las afueras de Madrid, y le vendría genial que yo lo pudiese cubrir para ella poder descansar.

Necesito dinero, así que acepto y organizo el viaje para hacer ida y vuelta en avión desde el aeropuerto de Sevilla. Paso la semana ensayando el repertorio que haré.

Cuando llego al aeropuerto de Madrid, me siento extraña. Después de un año apartada de la gran ciudad y de mi adaptación tan buena a Conil, hace que me sienta un poco perdida entre la multitud.

Cojo un taxi de esos que tanto me gustan y le pido que me lleve hasta el lugar del evento. Estoy tranquila, sin estrés, voy un poco adelantada de hora, pero tengo que adaptarme al piano antes de que lleguen los asistentes.

El taxista pone fin a la carrera, hemos llegado. Banderas de una marca de motos ondean en unos mástiles a la entrada de la finca. Un señor trajeado con el distintivo de ser uno de los organizadores, se ofrece amablemente a llevarme hasta el lugar donde tengo que tocar.

La finca es impresionante. Está cuidado hasta el más mínimo detalle. Unos tres kilómetros de camino asfaltado nos sitúan ante una especie de enorme casa rural rodeada de jardines y abundante arboleda. Me resulta gratificante sentirme en plena naturaleza estando tan cerca de Madrid.

Al entrar al interior los camareros ultiman los preparativos, decorando las mesas altas con copas de vino y bandejas de canapés que portan con trasiego y nerviosismo.

Parece que sea la presentación de una moto, pues hay una en el escenario, cubierta con una tela de raso negra con la insignia de la marca. Focos y más focos apuntan hacia esa especie de fantasma negro que parece que será la sorpresa y el centro de atención del evento. Azafatas y hombres trajeados se mueven rápidamente por el recinto, cuidando todos los pormenores antes del comienzo. Mientras, yo toco el piano para comprobar la afinación y la maravillosa acústica del lugar. Al cabo de una media hora la gente empieza a llegar.

En pocos minutos el recinto está abarrotado. La mayoría son hombres trajeados que llevan orgullosos una tarjeta plastificada con el logo de la marca para la que trabajan, la tienen colgada de las solapas de sus chaquetas. Algunos de los invitados son más jóvenes, otros son de mediana edad y otros pertenecen a una edad más avanzada, que advierto que son los directivos de la marca. Estos últimos caminan por el recinto con ciertos aires de prepotencia, como tratando de demostrar su superioridad ante los demás.

Es curioso como en una pequeña concentración de gente están representadas las clases sociales de esta absurda sociedad. Por un lado, los directivos, que son la representación de la clase alta acomodada; por otro, los invitados al evento, que representan la clase media de la sociedad; y por último, los camareros y resto de personal que somos la clase obrera y estamos al servicio de los asistentes.

Y yo aquí, dando ese toque lujoso al evento, decorando elegantemente el lugar con las notas de un piano. Contribuyo, pues, a realzar el valor de las cosas. Es curioso como una profesión como la mía, que en el fondo está infravalorada, puede llegar a considerarse un lujo cuando la ejercemos para alguien.

Sigo tocando mi repertorio de temas, apreciando con gusto que no paso desapercibida. Me he vestido de forma elegante. Llevo un vestido entallado negro que me tapa casi hasta las rodillas. Mis zapatos también son negros, de tacón alto. Llevo mi pelo recogido y una gargantilla en mi cuello que me da un toque distinguido y sensual que se alimenta de miradas ausentes de inocencia.

Mientras toco miro a los hombres trajeados que veo a mi alrededor y me pregunto cómo serán sus vidas desprovistas de esos trajes, con sus zapatillas de andar por casa y sus mujeres, en muchas ocasiones, acomodadas en relaciones hipócritas. Me pregunto si en todas las relaciones de pareja hay un poco de masoquismo, si es cierto que las mujeres estamos acostumbradas a sufrir y no somos conscientes de lo que estamos viviendo, o al menos no lo somos

hasta que un buen día, en un alarde de valentía, salimos de ellas y echamos la mirada atrás, sorprendidas de lo que hemos sido capaces de soportar.

Debemos acostumbrarnos a que nada dura eternamente. Pero también es cierto que si queremos que todo sea como al principio, siempre fracasaremos. Pienso que hasta en las parejas en las que parece que todo funciona como un engranaje perfecto, hay siempre un pequeño infierno de fondo y que solo se supera con un amor verdadero. Ese que tanto escasea en los tiempos que vivimos. Ese que forma un tándem perfecto en las relaciones sexuales cuando el amor es auténtico.

¿No es cierto que el sexo más sucio, violento y placentero es la más pura expresión de amor cuando hay amor de verdad? Ese es el sexo que nos gusta a todas las mujeres, ese es el sexo que yo quiero, ese es el sexo que aún no he encontrado.

Lástima que sean tan pocos los hombres que son capaces de hacernos sentir mujer de esa forma tan tierna y violenta a la vez. Somos tan distintas de los hombres que es difícil encontrar alguno que hable nuestro mismo idioma.

Las mujeres, en una relación de pareja, necesitamos una atención más constante que ellos, porque necesitamos reafirmarnos continuamente. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones la relación se llena de momentos aislados donde no se alimenta la conexión.

Este es el resultado de que muchas de nosotras vaguemos perdidas buscando el amor en cuerpos vacíos y terminemos frustradas ante relaciones amorosas que carecen de una conexión plena y solo dan, en el mejor de los casos, para satisfacer nuestros instintos carnales.

Salgo de mi trastienda mental percatándome que el reloj marca la hora de mi pequeño respiro. Tengo autorización de la dirección del evento para hacer una pausa de veinte minutos cada media hora.

Así que decido parar para tomarme un vermut blanco y relajarme un poco.

Al aproximarme a la barra capto inmediatamente la atención del camarero, que se dirige a mí brindándome la invitación de tomar lo que desee. Pido mi vermut y me lo sirve maridado con las famosas gildas, que son unas banderillas con una anchoa, una aceituna y un poco de guindilla. ¡Dios santo! ¡Me echa fuego la boca con la maldita guindilla! Casi sin atreverme a elevar la mirada, enciendo un cigarrillo y doy un trago a mi copa para aliviar ese ardor.

Mirando al entorno, veo que no conozco a nadie y nadie me conoce a mí. Pero al dar el segundo sorbo a mi copa, levanto la mirada y creo haber visto un fantasma. ¡Es Miguel! Se pasea por el recinto portando una cámara fotográfica que cuelga de su cuello. El corazón me da un vuelco, siento como los nervios se apoderan de mí. De repente, me sudan las manos y no puedo pensar con coherencia.

Hay amores que nunca mueren, que permanecen en el tiempo detrás de una hoja seca de otoño, esperando que la mueva un soplo de Cupido cuando ya lo has dado todo por perdido. Y a veces eso ocurre, no sabemos bien por qué. Unas veces el resurgir de ese amor prospera y otras solo produce angustia, pero el destino es así de antojadizo.

Repaso mentalmente la última vez que nos cruzamos en la calle. Han pasado muchos años, pero solo sé que me sentí frustrada, solo sé que mi corazón le pertenece. Es la persona en la que tantas veces he pensado teniendo relaciones con otras. Como también sé que, de una vez por todas, no puedo dejar pasar la ocasión que me ofrece esta coincidencia.

Me siento insegura, no sé cómo llegar a él. Me gustaría abordarle pero no sé qué palabras dirigirle.

Ensayo en mi cabeza frases, pero ninguna me parece apropiada. Miro el reloj, el tiempo de descanso concluye y temo no volver a

encontrarle de nuevo en mi siguiente parada. Pero trato de conservar la cabeza fría y pienso que si es cosa del destino tengo que confiarme a su suerte de forma natural.

Comienzo de nuevo a tocar. Ahora solo toco para él. Es como si cada nota fuese una palabra de las que me gustaría expresarle, como si con cada una de ellas implorase a una fuerza divina para que lo hechizase hasta mí.

Nunca he creído en lo divino, pero en este preciso instante me aferro a deseos imposibles como si fuese capaz de forzarlos. Y cuando quedan escasos minutos para mi siguiente pausa, noto una mano en mi hombro desnudo. Podría reconocer esa forma de tocarme entre un millón.

Le miro de reojo, sonrío, sorprendentemente me invade una paz interior que hace que desaparezcan todas mis inseguridades, todos los nervios que sentía hasta ese momento se desvanecen.

Sigo tocando. Mis dedos tocan gobernados por alguna pequeña parte de mi cerebro. Deben hacerlo de forma mecánica porque lo mantengo muy ocupado pensando en cómo reaccionar cuando me detenga.

Me paro, me levanto y nos miramos con un intenso brillo en los ojos, sonriéndonos sin que salga ni una sola palabra de nuestros labios. Con la mirada nos lo decimos todo sin decirnos nada, mientras mis alas levantan el vuelo.

Acerca sus labios a los míos y me besa. Pero esto no es un beso... es una conexión de cuerpos, es como si bebiésemos el uno del otro, como si nos hubieran dicho que nunca más nos volveríamos a besar. Es un beso pendiente, un beso largo, dulce, el que posiblemente será el mejor beso de mi vida.

Llego de su mano —que aprieta fuertemente la mía— hasta la barra. Mi corazón está a punto de estallar a fuerza de latidos, y mi cuerpo se afloja mientras me parece estar entrando en una especie

de trance estimulado por las múltiples sensaciones que acabo de sentir.

Él parece mucho más tranquilo que yo. Me asusta un poco esa calma suya a la que me enfrento desde este estancamiento mental en el que me hallo. No sé por dónde empezar. Me cuesta responder a sus preguntas. En este estado mental no tengo mucho control sobre mis ridículas respuestas.

Habla de su profesión. Miguel me explica que trabaja para una revista del motor en la que escribe artículos después de probar los nuevos modelos de las marcas. Parece que se pasa la vida viajando a otros países, anticipándose a los lanzamientos de los nuevos modelos en España. Yo le escucho atentamente, fijándome en cada gesto con nostalgia, tratando de asimilar cada detalle de la conversación y esperando mi turno para darle un giro total a nuestro diálogo. Quiero hacerle referencia al tiempo que pasamos juntos.

Necesito saber cómo marcó su vida nuestro noviazgo. Necesito saber cómo lo superó, si fue tan difícil para él como lo fue para mí, si alguna vez ha pensado en mí cuando hacia el amor con otra persona. Pero nuestro tiempo hoy está limitado. Necesitamos mucho tiempo para conversar y que podamos sacar conclusiones.

Le pregunto solamente por qué me ha besado. Miguel da una respuesta que incentiva aún más lo que siento por él.

—Mery, ese beso ha sido la respuesta anticipada a todas las preguntas que ahora tienes en la cabeza.

Esa respuesta me transforma de nuevo en una adolescente. Doy vida a ilusiones adormecidas en lo más recóndito de mi ser. ¿Quién no ha pensado alguna vez cómo habría sido su vida con su primer amor? Tengo la impresión de que voy a ser una de las pocas mujeres afortunadas que obtendrán su respuesta.

Al término del evento cenamos en un tranquilo restaurante de las afueras de Madrid. La conversación no tiene fin. Nos hemos

quedado solos. Es tarde y los camareros comienzan a apagar las luces de una parte del restaurante como indicación de cierre. Abandonamos el lugar dejando atrás el principio de una noche perfecta.

Este atajo a la felicidad me reprime de hacerle preguntas de las que tengo terror recibir respuestas. No sé si está casado, si tiene hijos, si está enamorado de otra persona. Pero ¿quién en mi situación querría estropear este momento? No sé si esto será un triunfo o una derrota, pero tengo por seguro que merece la pena arriesgarse. Esta vida no esta hecha para los cobardes.

Me ha traído hasta la puerta del hotel donde tengo hecha la reserva para pasar la noche. Bajamos del coche. Él saca mi equipaje del maletero. Me vuelve a besar llegando hasta el sótano de mi corazón, donde se encuentra todo el amor que le he tenido guardado desde que le conozco, y donde se acaba de despertar la belleza de esta historia que nos ha traído la casualidad. Si pudiese me tatuaría sus besos hasta el canto de mi alma.

Tiro de su mano al igual que lo hizo él cuando me dio el primer beso. Después de registrarme en el hotel, agarro su mano hasta el ascensor y lo empujo hacia dentro cuando se abren las puertas. Lo beso y me abrazo fuertemente a él. Solo pienso en sentir, en satisfacer mi corazón, en susurrarle al oído que le amo, en gritárselo con todo mi cuerpo.

Él permanece sumido en esa extraña apariencia de tranquilidad que tanto me inquieta. Trato de disimular lo excitada que estoy por unos «simples» besos y doy gracias a Dios por no ser un hombre, porque de ser así estoy segura que tendría una eyaculación precoz.

Me pregunta si estoy segura de querer hacerlo. Le respondo que nunca he estado más segura. Me aprieta contra su cuerpo y me empieza a besar. Debo oler a felicidad mientras sus manos, que comienzan a recorrer mi cuerpo por encima de la ropa, me hablan de amor, de un vínculo de pertenencia con el que me siento halagada.

Le abro los botones de su camisa y me emborracho de la esencia de su cuerpo que me gusta tanto como su interior.

¡Tiemblo! No sé si son los nervios o el placer que siento en este momento. Aprieto con mis dos manos su pecho rasurado en este viaje, en el que pierdo la conciencia en este instante perfecto, asomada al precipicio del goce donde todo se sucede, tal y como siempre lo he imaginado.

Me apoya sobre uno de los muebles de la habitación, y yo sigo saboreando sus labios como si fuera el sorbo de un excelente vino.

Ha bajado los tirantes de mi vestido, que ahora está arrugado en mi cintura. Siento su pecho contra el mío, acaricia con su lengua el lóbulo de mi oreja y mi boca inventa sonidos que delatan el deseo de ofrecerle mi cuerpo envuelto en delirios, en desesperación para que me haga suya.

Fruto de mi desesperación me acabo de quitar el vestido, hasta quedarme en ropa interior, ante el mar de sus ojos que me hablan de amor, de recuerdos de algo inacabado.

Todo el mundo en algún momento de sus vidas debería sentir que ama con esta locura. Aunque solo fuera una vez, aunque después te des cuenta de que te escapaste de la realidad. Aun así, habría merecido la pena.

Me tiendo en la cama. Ahora soy yo quien gobierna la situación. Ya no hay nervios ni vacilaciones, solo cimientos de pasión ansiosos de sentir de forma insaciable cada tramo de su piel.

La belleza del momento me hace dejar en un segundo plano el sexo como tal. Nunca nadie había hecho vibrar mi corazón hablando solo con el cuerpo. Nunca nadie había sido capaz de pasearse por mi alma como si fuera la suya propia.

Ahora el sentimiento que prevalece sobre todo los demás es el del amor.

Me ha despojado de mi ropa interior. También él tiene su cuerpo desnudo junto al mío. Creo que ambos nos sentimos el centro del universo. Hay millones de lugares donde me habría gustado estar en esta vida, pero ninguno es comparable a estar aquí en este maravilloso momento.

Se pone encima de mí arrebatándome el poco aliento que sale de mi boca. Aguanto la respiración suplicando por dentro que suba el último peldaño de esta escalera de emociones que empieza a temblar de felicidad. Me besa el cuello susurrando en mi oído un «te amo» y entra en mi cuerpo caliente que vuelve a temblar.

Se mueve lento, suave, mientras me agarro a sus nalgas como si me sujetasen de caerme al vacío. Siento en mi pecho cómo golpean en el suyo los latidos desacompañados de su corazón. Y exploto en un exquisito orgasmo que me lleva a tal estado que mis lágrimas se derraman por mi cara, está inundada de sentimientos.

Él sigue moviéndose como si fuese el final del tango más romántico del mundo. Su orgasmo lo siento como si también fuese mío, mientras mis dedos acarician sutilmente la piel que cubre su espina dorsal.

Abrazados, atados por dentro, olvidados del resto del mundo, siento cómo cicatrizan todas las heridas de mi vida. Acabamos de ganar a la vida los años sin vernos. Es la primera vez que el silencio me habla cara a cara y me dice cosas tan bellas.

A punto de amanecer ya hemos hecho justicia al tiempo perdido. Me llevo en mis emociones el tacto de sus manos. Me llevo la intimidad de sus gestos vibrando por mí. Me llevo, lo inexplicable. Pero mis pensamientos se pelean por no haber querido indagar en su vida. Me iré llena de incertidumbres por las preguntas que no me atreví a hacer. Por las réplicas que no me atreví a escuchar. Por la derrota que no quiero sufrir. Y todo porque de esta noche no quiero restar nada a lo vivido.

Después de tomar un magnífico desayuno juntos en la cafetería del hotel, llega la hora de decirnos adiós. Un cierto sentimiento de celos, con un sabor amargo en el beso de despedida, me hunde por dentro y me deja el cuerpo helado. «¿Y qué?», pienso. La vida está hecha de momentos, aunque ahora me vea sentada en la silla de este purgatorio a los pies del infierno.

Consumimos los últimos minutos juntos, intercambiando nuestros números de teléfono al tiempo que nos prometemos no dejar de hablar con frecuencia.

¿Por qué es tan difícil amarse? Tal vez la respuesta esté en la letra de una canción, en la forma de escuchar una melodía o en aquella mirada indecisa. Tal vez lo mejor sería no tener que hacerse esta pregunta jamás.

De vuelta a la realidad, emprendo mi viaje en avión a Sevilla para llegar a Conil. Paso gran parte del tiempo en el viaje con los ojos cerrados, en un trance de ilusión y deseo. Presa de la mirada de Miguel cuando hicimos el amor.

Miro mi cuerpo recordando donde estuvieron sus manos y quiero encontrar ahí un pedazo de él, consumiéndose en mí sin pedir permiso. Me muero por tocarle mientras se aleja de mí.

Me gustaría escribirle lo que siento. Describir la libertad que me ha arrebatado esclava de mis pensamientos. Tal vez, si tiene esposa, ella no pueda imaginar dónde han viajado sus manos. Tal vez no podría creer que fui dueña del movimiento de sus caderas, que sus ojos me miraban como posiblemente nunca les miraron a ella. Hemos hablado con besos conversaciones jamás escritas. Y es que nuestras lenguas bailaban al ritmo de compases que no dejarán de sonar en su pensamiento. ¡Esa es la música que le traerá a mí!

Deseo creer que si su mujer existe, nunca le habrá escuchado gemir con desesperación como lo he hecho yo, con esa sincronía de complicidad perfecta en un derroche de pasión sin medida.

No soy yo la que tiene que luchar contra mis sentimientos. Quizás sea él quién tenga que hacerlo. Pero en mi favor diré que solo existe una persona en el mundo a la que puedes amar de verdad y será la que le susurrará a tu alma: «estoy aquí». Y esto solo sucede una vez en la vida. Las demás personas solo serán recuerdos si la elegida ya no está. Intentarás sentir y vivir cosas que de ningún modo las volverás a vivir si no es con ella. Vagabundearás por la vida tratando de encontrarla sin éxito, porque el perfume de su cuerpo será algo único. Tampoco será igual la forma en que te quema otra mirada, ni los besos después de un buen polvo. Un polvo de esos que no pueden suceder sin amor, en esos en los que al follar tu alma se prende de un hilo que conecta con todos tus sentidos y los intensifica.

Si estás leyendo esto, no me malinterpretes. No compito con nadie, solo compito conmigo misma. En el amor no es acertado eso de competir. Solo gana el que sabe descifrar bien cuando estás realmente enamorada y ese amor es correspondido.

A veces tratamos de forzar el amor, otras veces simplemente nos entregamos a otra persona, tan solo porque está enamorada de nosotros, pero realmente solo ella es la que está enamorada.

El amor es libertad. El amor es quedarse y poderse marchar voluntariamente cuando ya no está, y permitir que la otra persona también pueda hacer lo mismo.

Te das cuenta que realmente amas cuando te haces la pregunta: ¿qué sería capaz de hacer por amor? Y te respondes, «simplemente todo». Todo lo que la complicidad nos permita. Y todo lo que a ambos nos proporcione ese inmenso placer que nunca pensaste que podrías llegar a sentir.

CAPÍTULO VII

He pasado la noche en vela. Lo peor de esta historia es la resaca que deja. Le he dado tantas vueltas a todo que a ratos soy víctima del miedo y otras veces de la pasión que se consume en este cuerpo calcinado.

Su voz aún retumba en mi mente. Le siento lejos y a la vez solo a unos centímetros de mí. Todo me recuerda a él. Los olores que aspiré, las marcas de mi cuello, las trampas que le pone mi cuerpo al deseo de sentirle...

Ya en Conil, le extraño en mi soledad. Le extraño tanto que me aturde el ruido del silencio de mi habitación en mi desesperanza de no tenerle aquí.

Qué certeza la de Mario Benedetti en su cita: «Que dure lo que tenga que durar, que dure meses, días o años, que dure una vida entera, que dure un segundo, que dure un susurro, pero que sea contigo».

Hoy solo me apetece sentarme en la orilla de la playa y regalarme paz. Cojo mi teléfono móvil, desde hace unas horas me he convertido en su esclava. Y con la toalla en la mano paseo en busca de un lugar lo más aislado posible para tratar de encontrar un poco de esperanza entre mis desquiciados pensamientos, para llenarme de los mismos anhelos que tenía ayer, para convencerme de que algún día seré suya de verdad.

Después de unas horas, la pantalla de mi teléfono móvil se ilumina con el nombre de Miguel. Me he puesto tan nerviosa que he colgado la llamada en lugar de descolgar. No pierdo el tiempo y le devuelvo la llamada. Su voz me cautiva. Torpemente me encuentro paralizada. Trato de sobreponerme para no dejar al aire otra vez mis inseguridades, mis miedos. Y son sus palabras y su forma de

conversar las que me dan la seguridad que necesito para encontrarme lo suficientemente cómoda.

Hemos hablado durante más de tres horas, en las que por momentos nos hemos alimentado de recuerdos. A veces me he sentido seducida, y otras el seductor ha sido él, haciéndome desearle cada vez más. ¡Él no tiene ni idea del vicio de amor y sexo que ha dejado en mí!

¡Quiero ser suya una vez más! Aunque hoy me haya hecho una de las peores confidencias que más temía escuchar. De un plumazo a resuelto mi duda razonable. Sin yo preguntarle me ha confesado que está casado, que su matrimonio está en un punto sin retorno, que no ha estado nunca realmente enamorado, que la persona que tiene a su lado no le ha hecho sentirse vivo en años de convivencia, que ha sido tan superficial con él que no conoce ni una milésima parte de su interior, que la casualidad de encontrarnos en este momento ha quebrado todos sus esquemas de vida.

Me quedo un poco confundida. Un pensamiento que no había tenido con nadie, se aloja en mí. Y es que sería capaz de ser toda la vida su amante si él lo quisiera. Sería capaz de aprender a convivir con mis celos siendo el comodín de su matrimonio y, cuando fuese imposible dormir, ahogar las ganas en mis dedos.

No sé si puede imaginar que no he dejado de estar deliciosamente mojada recordando esa noche. No sé si en algún momento piensa en mí de la forma tan indecente como lo hago yo.

Me encantaría que así fuera, porque yo lo deseo tanto que ahora solamente puedo conformarme con tocarme yo misma.

Pasan los meses. No dejamos de hablarnos ni un solo día avivando nuestras ilusiones prohibidas. Mi libido está por las nubes, mis celos también. Pero mi voluntad se ha vuelto suya, de hecho mis ganas se han vuelto tan suyas que me siento vulnerable ante él.

Con el propósito de aplacar mi deseo y someter mi fragilidad, una noche decido rendirme a saciar mis ganas con uno de los amigos de Miriam. Hasta ahora ni me había planteado hacer algo así. El solo hecho de ser incapaz de ocultárselo a Miguel llena de nubes grises este oscuro cielo que anuncia tormenta. Guiada por la sinrazón de mis celos, decido arriesgarme. Pretendo dejar sus cajones igual de desordenados que los míos. Él tiene a su mujer, yo solo tengo emociones que engañan mi alma sin saciar mis ganas.

Como cada noche, me hace una llamada.

—Hola, mi amor, hice algo mal. Tengo que contarte algo que ha sucedido —le digo.

—¿De verdad ves necesario contármelo? Creo que ya sé lo que me vas a contar. Tan solo respóndeme a mi pregunta, ¿te gustó?

Por un momento pienso en retroceder. En hacer un quiebro en la conversación y no contarle nada de lo sucedido. Pero he sido yo la que ha iniciado esto y en un ataque de sinceridad, decido que ya no hay vuelta atrás.

—La verdad, no me siento bien. Ha sido una estupidez por mi parte pensar que podía saciar mis ganas en otro cuerpo. Imaginé que eras tú el que me hacía el amor en cada embestida, que eras tú el que gemías en mi oído. Le pedí con mi cuerpo que me tocara por ti. Cerré los ojos mientras me follaba, queriendo sentir tu amor. Pero solo sentí frustración. Solo tú puedes calmar mis ganas. Pero... permíteme que sea yo la que hace las preguntas, ¿hasta cuando crees que podemos mantener nuestra relación así? ¿Hasta cuando seremos amantes en la distancia? ¿Te das cuenta ahora de cómo me he sentido yo hasta el día de hoy? Duermes con una persona de la que no estás enamorado y sueñas con otra, mientras yo te debo fidelidad tan solo porque me dedicas unas horas de tu tiempo hablando conmigo en la distancia. ¡Y no, no me gustó! Si es eso lo que quieres saber.

Se hace un silencio vestido de tristeza. Reconozco esos silencios cuando me doy cuenta de que no he sido demasiado sutil. Reconozco que me he dejado llevar por la furia contenida y acumulada por los muchos instantes del día en los que me siento inquieta y celosa cuando no sé lo que está haciendo en ningún momento. No sé si ha llevado a su mujer —a la que no ama— a cenar a un restaurante para aparentar normalidad, no sé si ha ido a pesar de lo que me cuenta, no sé si me miente y aún tiene noches de amor con ella. Soy un mar de dudas.

Lo más duro de todo esto es cuando tu imaginación te envenena y se apodera de ti matando la realidad. Me doy cuenta de lo irrespirable que puede ser vivir en una relación en la que eres «la otra» estando loca de amor. Y esto me sucede justo ahora que mi vida se creía serena...

Después de ese largo silencio, él me hace una proposición que me desconcierta. Y me confiesa estar enfermo por no poder hacerme el amor en este mismo momento. Dudo si el motivo es la desesperación por no poder estar a mi lado o si en realidad le excitó la idea de imaginarme con otro hombre.

Me mantengo expectante, con los oídos llenos de sus palabras que hacen que se desvanezca la espesa niebla ante esos nuevos rayos de sol. Me pide que me desnude y me tienda en la cama para estar junto a mí. Yo solo escucho obedientemente sus órdenes.

«Me gustaría que estuvieras en mi cama con tus labios en mi miembro», me dice.

No puedo articular palabra. Me siento extraña, también excitada, sin importar cuan lejos estoy de él. Estas invasivas ganas carnales de sentirle son mucho más que una necesidad, es algo mucho más profundo.

Cierro los ojos y comienzo a volar. Viajo con mi mano acariciando mi cuerpo hasta perderme en los mapas de mi lujuria. Mis dedos le hacen promesas al placer con su delicado tacto en mi pecho. Él

escucha como mi respiración rompe el silencio a través del auricular del teléfono, mientras me exige que continúe haciéndolo para él.

Mi pelvis comienza a moverse. Mis piernas cruzadas aprietan mi centro y pequeñas corrientes de placer recorren mi espina dorsal. Su voz, envuelta en su respiración agitada, es ahora la llave de mi cielo.

He puesto el manos libres del teléfono. Una mano ya no es suficiente para satisfacer lo maravilloso de entregarme a él en la distancia. Mis dedos, ahora mojados en saliva, descienden a mis abultados labios mientras me pregunta, «¿te gustaría sentirme dentro?». Mis alborotadas neuronas, que ya no tienen voluntad propia, responden por mí. «¡Hazlo ya por favor!». Y coloco dos dedos en la puerta de mi vagina al tiempo que escucho sus primeros jadeos. ¡Oh Dios, cómo me enciende imaginarlo en su alcoba en este momento!

Se me eriza por completo la piel. Elevo mis rodillas abriendo mis piernas como esperando recibirlo en la entrada de mi sexo empapado. Elevo un poco más mis caderas para pasar un brazo por debajo de mis nalgas, hasta llegar con los dedos a mi ano. Allí los detengo haciendo círculos mientras con la otra mano me penetro con violencia. Tiemblo, palpito, me mojo cada vez más. Estoy segura que puede escuchar claramente el chapoteo de mis fluidos a través del teléfono, en medio de esta hambre voraz de sentirme suya.

Tengo la boca seca por mis jadeos. ¡Me voy a quedar sin aire de tanto gemir!

Ahora soy yo la que le dice «¡vamos, fóllame, no dejes de hacerlo!». Y oigo cómo se intensifican sus gemidos. Casi puedo verlo con su cuerpo clamándole al mío. Devorándose, extasiándose, tratando de calmar su fuego. «¡Ven conmigo, vamos a sentirlo juntos!». Estas son las últimas palabras que digo antes de correrme, mientras introduzco dos dedos en mi boca rebuscando la poca saliva que me queda.

Agito mi botón del placer con movimientos de arriba hacia abajo buscando mojar mis sábanas con este apetito voraz. Y pierdo por completo el control, al compás del ronco sonido que sale de su garganta y que se armoniza con la mía en esta comunión de orgasmos.

Ha sido maravilloso y superexcitante, una verdadera locura sentir que me ha hecho suya en esta superficial distancia. ¡Casi muero de éxtasis! ¡Me encanta sentirme tan caliente con él y además sentir que me ama! Presiento que juntos seremos la hoguera en un infierno que aún está por inventarse.

Los amores complicados, esos que necesitan que les echés un exceso de valor, son los que realmente merecen la pena. Siento que sus ganas y las mías son parecidas, que su amor y el mío son gemelos, que a ambos nos atrae lo prohibido, que mi vicio por él es su vicio, y que nada de esto puede empañar este amor. Pero de momento tendré que conformarme con tenerle así... a trocitos de vida.

Ambos sabemos cuál es la única salida. Solo que a mí me urge más que a él.

Mi mayor problema a medida que pasan los días son mis celos. Tengo que confesar que hay días en los que son capaces de matar a manotazos esas mariposas que siento en el estómago. Pero intento volver a la realidad, a mi realidad.

Necesito desempañarme de los celos para volver a encontrarme en esa amalgama perfecta de pasión y ternura, de complicidad y morbo desmedido, donde solo él logra sacar mi lado más travieso en ese infierno en el que camino por las brasas de su mano, y en el que ardo sin quemarme los pies.

Mientras cada acto con él permanezca en mi mente, mientras mis bragas se empapan día y noche recordando su piel, cada segundo del día me sentiré suya porque no puedo sacarle de mí ni un instante.

Nuestras conversaciones nocturnas se alargan cada día más. Podemos pasar horas y horas hablando y confesándonos intimidades del pasado. No entiendo cómo logra esconderse de su mujer para pasar todo este tiempo hablando conmigo. Pero lo cierto es que no me interesa, no hago preguntas al respecto.

Tengo la impresión de que al contarle algunos de mis atrevimientos sexuales incluso ha llegado a excitarse. Sospecho que podemos estar entrando en el principio de un juego peligroso.

Solo conozco de él su parte más tierna y amorosa, pero temo que hay algo oscuro en su mundo que aún desconozco. Y confieso que esa parte de él también me atrae.

Daré paso a la realidad que él necesite, a la realidad que él quiera, aunque no coincida exactamente con la que yo deseo y que tantas veces he imaginado junto a él.

Ahora recuerdo el fatal desenlace que me contaba Carol después de terminar la relación con aquel hombre casado. Ser la amante tiene un gran riesgo si te enamoras. Lo que ocurre es que por ese principio de que el amor es ciego, tendemos a pensar que todas las malas consecuencias que se sufren en este tipo de relaciones les pasa solo a los demás.

Nos olvidamos que, estadísticamente, pocas veces el hombre que tiene una amante toma finalmente la decisión de abandonar su familia por ella. Como también nos olvidamos de las tragedias que hemos leído o visto en algunos medios, incluso de que la vida de alguno corre peligro ante las situaciones de ira cuando son descubiertos.

¿Realmente merece la pena ser la amante de un hombre casado? Me cuesta responderme a esto. Prefiero cerrar los ojos y vivirlo sin victimismo. Poder follar telefónicamente y hacer el amor al mismo tiempo es algo que no te ocurre con cualquiera. Es algo que no se aprende, sino que se siente. Es por eso que yo también soy de las que tienden a pensar que eso solo les ocurre a las demás.

Siguen pasando los meses y tener sexo a través de las ondas telefónicas se convierte en parte de mi vida. Es nuestro alivio a las ansias de tenernos en persona.

Miguel sigue viajando mucho. Y yo desde mi teléfono viajo con él. Desde aquel encuentro en Madrid, imprimí cada escondrijo de su cuerpo. Sus sabores, su tacto, su intensidad... Entre todo eso siempre encuentro argumentos para seguir encendiendo estas putas ganas de estar juntos, que en la soledad, cuando me siento más vulnerable, me quitan el sueño cada noche.

Si tú supieras cómo en mis pensamientos vas ganando terreno, cómo te has adueñado de mis sueños, cómo espero con ansias que suene este maldito teléfono para oír tu voz y cómo arrugo cada noche mis sábanas mordiendo mi almohada sintiendo que te tengo en mi lecho.

Si tú supieras cuántas noches escucho violines. Si tú supieras cómo extraño saborear ese par de labios que me invitan a pecar con ganas y han provocado en mí este desorden de vida.

Alguna vez alguien me dijo que somos como el orden de nuestros armarios. Nunca me había parado a pensar en eso, pero es una gran verdad. Nuestra vida está reflejada en nuestros armarios. Hay ropa que nunca te pones y te da pena tirar. También ropa que ni siquiera recuerdas que la tenías. Y otras veces, desearías que volviese a ponerse de moda esa camisa que tanto te usabas. Es fácil encontrar el símil de nuestros armarios con nuestras actitudes en la vida.

El desorden que encuentres en tu armario es equiparable al desorden de tu vida. Solo espero que haya provocado que el armario de Miguel esté igual de desordenado que el mío. Intuyo, por lo que me cuenta, que así es.

Lo peor de estas relaciones a tres es que todos sufren. Y aunque unos sufren más que otros, todos acabamos con secuelas.

Por mi parte, imagino a su mujer pretendiendo salvar la relación. Tentándolo sexualmente para que en un último intento exasperado vuelva a saborear las mieles que un día le conquistaron. ¡Dios, eso me mata de celos!

Miguel me ha dicho que su relación se ha vuelto fría y distante. Pero con una mujer enamorada las cosas no deben ser nada fáciles. Pienso que ver el sufrimiento en la persona que has acompañado durante años puede llevarle a la cobardía de no tomar la decisión que le dicta el corazón.

Es probable que esta sea otra de las razones por las cuales en la mayoría de las ocasiones, todas las promesas que nos hacen los amantes casados terminen frustradas.

Algunas veces, como le ocurrió a Carol, si además hay hijos de por medio las cosas se complican todavía más, sobre todo ante esa mezcla de emociones conyugales y paternas. Afortunadamente en mi caso no es así.

De igual manera, todos estamos sufriendo. Yo lo hago luchando contra la incertidumbre de no saber como él está librando esta batalla en su interior. Si finalmente decide quedarse con su mujer, no lo culparé. Me ahogaré en mi pena e inventaré otros mundos para seguir adelante con mi vida, pero jamás le olvidaré. Conviviré con esos recuerdos, al igual que ya he convivido con otros. Pero nunca me arrepentiré de lo que viví con él.

Miguel, por su parte, se quedará siempre con la duda de haber tomado o no la decisión correcta. Será duro para él pensar que se equivocó dejándome marchar, como también será espinoso vivir con su mujer en una relación con la conciencia ensuciada por las secuelas del engaño.

¿Cuál será la mejor solución a esto? La mía la tengo clara; la de Miguel, no tanto. Por eso nunca podré culparle por la decisión que tome. Por eso, al principio de todo esto, llegué a pensar que podría

ser eternamente su amante tan solo porque no me gustaría perderle.

Las amantes somos las peores vistas en todo esto. Pero ¿alguien se ha parado a pensar en el sentimiento de culpa que están sufriendo? ¿Alguien se ha parado a pensar en si fue ella la que dio el primer paso? ¿O si la culpable, en realidad, fue la esposa que lo descuidó haciendo que el marido buscara cubrir sus carencias afectivas fuera de la relación?

Lo fácil y gratuito es etiquetar al amante de ser la puta que rompió la relación. Esto por desgracia es lo políticamente correcto en la sociedad que vivimos.

A veces me veo enfrentándome a la peor tormenta. Esa a la que por voluntad propia he decidido hacer frente sin paraguas, bailando bajo la lluvia, con los pies mojados y descalzos, magullados por el áspero suelo sobre el que doy vueltas y más vueltas. Cuando acabe, me recordará quién soy. Recordaré quién puso su abrigo sobre mis hombros. Quién abrió su paraguas y me cubrió mientras me mojaba. Y por supuesto, quién creyó en mí.

A veces olvidamos que la vida es corta, que las oportunidades se acaban desaprovechando, que hay que amar profundo cuando nos sentimos correspondidos, que hay que hacer caso al corazón, porque tal vez mañana ya sea demasiado tarde. Y habremos dejado pasar esos pequeños momentos que son la verdadera esencia de la felicidad.

¡Errores más grandes he cometido, y solo me han dejado sinsabores! ¡A veces creo que estoy jodidamente loca! Pero de eso se trata, de ser feliz y sonreír hasta con el corazón a cuestas, hasta con el alma hecha pedazos en una maleta.

La vida está llena de historias que callar, de fracasos, de triunfos, de puntos débiles que te vas descubriendo, de nudos en la garganta y de inventarios de lágrimas que no cuadran en tu vida.

He decidido seguir adelante, porque ya estoy harta de prostituir mi amor por un puñado de besos, porque ya casi no se encuentran hombres que sepan amar de verdad, porque yo creo que ya lo encontré.

Se trata de seguir... de seguir siempre, hasta que alguien me enseñe a quedarme, porque a irme me enseñaron todos. Pero no todo son frías tempestades. Hoy, por suerte, sus palabras han vuelto a avivar en mí sueños bañados de esperanza. Han vuelto a darme la ilusión de que esto no va a morir. El destino, que sopla con un suave viento a favor, me dice que sus «te amo» y sus «ya no podría vivir sin ti» están cerca de pronunciarse bajo un mismo techo.

La espera de su anunciada visita sorpresa en pocas horas pone fin a esta condena de no vernos en meses. He deseado tanto que hiciese ese recorrido que separa Madrid de Conil que comienzo a pensar que debe ser verdad eso de que cuando deseas algo intensamente se acaba cumpliendo.

Me pongo a limpiar el apartamento como una loca. Saco la mejor ropa de cama que tengo y limpio el espejo de pared que hay frente a mi cama, fantaseando a gritos en mi mente con las imágenes de pasión de las que será testigo.

Saco de mi mesita de noche todos mis juguetes sexuales para esconderlos en el fondo del armario. Y de inmediato comienzo a «restaurar» mi maltrecho físico debido a mis noches en vela.

Busco en mi armarito de baño cremas faciales que juraría jamás utilicé en meses, también recubro mis uñas con esmalte, cosa que rara vez hago por mi trabajo. Mis manos siempre impolutas, ahora toman color. Busco una plancha para mi pelo, pero ¿para qué? Mi pelo es rizado, y cuando lo he alisado no me reconocía a mí misma. Creo que estoy perdiendo los papeles por estos dichosos nervios.

Me estoy comportando como el puto conejo de *Alicia en el País de las Maravillas*, no dejo de mirar el reloj y desearía que al menos se

detuviese por un par de horas. Y no soy consciente de que dispongo realmente de cuatro horas más.

Y de pronto aparece ese momentazo en el que una mujer se pregunta, «¿qué me pongo?». No quiero vestir demasiado elegante ni tampoco demasiado informal. Y tampoco quiero parecer una fulana. Finalmente opto por un sencillo vestido rojo, es liso, de tirantes, abotonado en la parte superior del pecho por si urge desvestirse. Eso sí, es un vestido corto, pero un corto justo, por encima de mis rodillas.

Tan solo tengo claro el modelo de mis zapatos... ¡Altos! Taconazo y de un color piel para estilizar mis piernas. Unas piernas a juego con el resto de mi piel, ¡una piel brillante! No sé si por el exceso de aceite con el que embadurné mi cuerpo o tal vez sea fruto de que cada poro rezuma felicidad, amor y deseo.

Soy consciente de que me gusta vivir la vida yendo por el carril contrario, que me atrae el riesgo, lo prohibido. Pensar que la gente no puede ni tan siquiera imaginar que esta historia exista, me estimula. Soy así de complicada.

Dentro de mi rebeldía es otra de mis formas de disfrutar: haciéndole el amor a la vida.

Mis nervios han hecho que esté preparada una hora antes de la llegada prevista de Miguel.

Me siento en el sofá y me fumo un cigarro, admirando su valor por venir a verme. No aparto los ojos de ese dichoso minuterero que de repente se ha vuelto perezoso. Mientras, mis pensamientos pierden los modales visionando orgasmos, que son pequeñas muertes. ¡Mil veces elegiría esta agonía!

Ahora ejerzo de una adolescente de 17 años esperando en su cita al chico rebelde del que todas están enamoradas. Cuando escucho parar un coche en la puerta, agudizo el oído, como la perra que espera a su amo. En la vida hay esperas que te consumen, y otras,

sin embargo, saben como el deseo cuando te muerdes los labios. Y entonces acabas entendiendo la intensidad que llevas dentro.

Por fin oigo el timbre de la puerta, que hoy es mi debilidad. Mis piernas me ponen en pie como si llevarsen un muelle. Y mientras agarro el pomo de la puerta, vuelvo a cerrar los ojos deseando que la única sorpresa que me encuentre al abrirla sea él.

Como no podía ser de otra forma, nos abrazamos. Me aprieta con tanta fuerza que mi respiración pierde la razón.

Mi pluma vuelve a mojarse en el tintero y escribe las hojas en blanco que dejé atrás en el libro de mi vida.

CAPÍTULO VIII

La llegada de Miguel ha sido un intercambio mutuo de emociones. Me resulta extrañamente maravilloso caminar de su mano por las calles de Conil como dos enamorados.

Estoy tan sensible que cualquier insignificante detalle se convierte en algo único y especial. Y solo con tomar unas cervezas y estar sentados en un chiringuito de playa me siento afortunada. Me someto a él en cada mirada, encarcelando clandestinamente la suya. En esa forma de mirar, que me habla con tanta complicidad, no solo hay romanticismo, también hay seguridad, además de hacer que me sienta sensual, ¡tremendamente sensual!

Después de invitarme cortésmente a comer en uno de los mejores restaurantes de Conil y tomar dos cafés largos muy cargados, coloca su mano en mi muslo y tenemos una erótica conversación sobre nuestros encuentros telefónicos. Y esto hace que me cueste mantener las piernas cerradas y las manos lejos de la tentación ante mi impúdica forma de pensar.

Hace un rato ya que ronda la idea en mi cabeza. Me quito un zapato, alargó mi pierna por debajo de la mesa hasta poner mi pie en su bragueta. Mientras, le digo en voz baja lo mucho que le deseo. Él se tapa la boca con la mano y con la otra aprieta la mía. Yo, con suma sutileza, sigo moviendo mi pie.

Observo en su cara el morbo que le despierta esta situación. ¡Eso me gusta! Así que, desabrocho dos botones de mi vestido y mordisqueo mis labios.

—¿Si pudieras me lo harías aquí mismo, verdad?

Su respuesta muda la encuentro en sus pupilas dilatadas mientras me mira. Me temo que acabo de entrar en su mente, revolviendo

entre sus pensamientos más obscenos. Acercó mi boca a la suya y selló con un beso el principio de este pecado.

Le guiño un ojo al levantarme de mi asiento diciéndole que estaré en los aseos. Ha entendido perfectamente lo que he querido decir.

Me encamino hacia el baño de señoras. Miro hacia atrás para conectar de nuevo con su mirada. La encuentro, no hay duda de que ha captado mi mensaje.

El contoneo de mis caderas delata mi estado de excitación. Mi braguita tanga se pierde mojada en la hendidura de mi vagina mientras camino. Y lo que para cualquier persona podría ser tan solo el preludio de un poco de gratificante sexo, para mí no lo es.

Camino por el centro del restaurante, como si caminase pisando las hojas secas del romántico otoño, haciendo puntos y comas con mi respiración. Mi fábrica de dopamina está trabajando a destajo. Me estoy convirtiendo en una puta romántica.

Entro en los aseos y me cercioro que no hay nadie. Me acerco al espejo, me pongo un poco de vaselina en los labios y espero a que se abra esa puerta para dejar a Miguel extasiado con el bálsamo de mi boca.

¡Este equilibrio mental inestable está alimentado por la sobredosis de dopamina que tengo en el cerebro! Oigo el chirriar de la puerta. ¡Es él! Me agarra fuertemente del brazo y me mete en uno de los baños privados. Apoya su espalda en la puerta bloqueándola para evitar sorpresas y comienza a besar mi cuello, dejándome suspendida en el borde de la locura, del deseo.

Ahora es mi boca la que espera su turno para traerle a mi caos mientras aprieto su erección. Sus dedos se marcan en mis nalgas después de subirme el vestido. Me besa y siento como con una sola caricia recorre su mano derecha hasta el interior de mis bragas. ¡Mi entrepierna me pide correrme en su nombre! Pero no hay tiempo,

alguien ha entrado en los aseos y me ha hecho perder la concentración.

Abro la cremallera de su pantalón y le miro directamente a los ojos. Tiro de la mano que tiene metida en mi triángulo de lujuria y me llevo sus dedos a la boca probando mis fluidos ante su atónita mirada. ¡Sus ojos hablan el lenguaje de mi lujuria! Ahora soy la dueña de cada una de las palpitaciones de su miembro erecto. También lo soy de su orgasmo, que explota y se derrama cálidamente en mi mano dejándome todo su ser.

Sus ojos color café me envuelven acompañados de aquella sonrisa perfecta, pícara e infantil de su juventud. No hay duda de que ambos mantenemos nuestra esencia. No hay duda de que estamos volviendo a ser... los que fuimos una vez.

Sin embargo, esto no ha sido otra cosa que la invitación a destrozarme esta noche. Pero lo cierto es que me inquieta lo que Miguel pueda pensar de mis actitudes. Por mi atrevido comportamiento puede tomar un concepto sobre mí bastante equivocado.

En realidad la única explicación a lo que me está ocurriendo se resume en dos palabras: ¡estoy enamorada! Tan enamorada como solo lo estuve la primera vez, aunque me rompiese por completo. Para superarlo me faltó enamorarme un poco más de mí misma. Confundí mi valentía con el atrevimiento y cometí errores.

He tenido que vivir a trompicones sin conseguir pasar página. Los encuentros esporádicos de sexo, mis matrimonios, mi relación lésbica con Miriam, los juegos con mi antiguo vecino... Han sido la forma en la que he interpretado cada latido a mi antojo, faltándole el respeto a mis principios.

Sin duda, todo esto solo ha sido fruto de mi desequilibrio emocional. Y ahora me gustaría poder quitar a algunas personas el derecho de tenerme en su memoria. ¿Cómo explicar todo esto a Miguel? También yo podría pensar de él que soy tan solo una

aventura furtiva más de las que pueda haber vivido durante su matrimonio. Pero lo cierto es que no creo que sea así.

Espero que me conozca lo suficiente para pensar de mí de la misma manera. Algunas veces no sabemos interpretar la música de la vida. Las cosas no salen siempre como hemos orquestado, y nos damos cuenta de que el pasado es lastre que hemos de soltar. El futuro, en cambio, es solo incertidumbre y el presente es el único momento que debemos aprender a disfrutar. Aunque a veces confundo los tiempos, ese es mi error.

He decidido que con mis imperfecciones pienso hacer que este presente sea perfecto. Seré impulsiva, loca, indomable como una yegua desbocada, impredecible, depravada. Seré todo lo que sienta en cada momento, si eso me hace un poco más feliz.

Salimos del restaurante agarrados de la mano y sintiéndonos a cada paso. Paseamos ajenos al resto de la gente, ensimismados en nosotros mismos, con una confianza ciega en él, a la que me aferro. Y aprovecho los segundos como si cada uno fuera una vida.

Unas copas de vino en una terraza frente a la playa y la imagen del atardecer viendo morir el sol se perpetúan en mi retina en el apartado de «mis instantes favoritos». ¡Me encanta disfrutar de la belleza que tienen las pequeñas cosas!

Después, sostenida por el suave tacto de su mano, paseamos descalzos por la orilla de la playa hasta acabar sentados conversando a unos metros de la orilla.

Un poco alejados de nosotros, un grupo de jóvenes se divierten sentados en círculo. El sonido de sus risas y sus voces en tono elevado perturban un poco la tranquilidad de nuestra romántica noche.

—¿Recuerdas cuando éramos así de jóvenes? —dice Miguel con melancolía.

—Aún lo somos —le respondo—. ¿Quieres ver lo joven que me siento?

Me mira extrañado mientras comienzo a quitarme la ropa. Instituyo que está pensando que le estoy proponiendo una escena de sexo playero, pero se equivoca. Me despojo de toda la ropa y corro hacia el agua para bañarme desnuda alumbrada por la luz de esa enorme luna que nos ilumina.

Me siento joven, libre, con ganas de beberme la vida a pequeños sorbos, como se bebe un buen café, paladeándolo, disfrutando de la intensidad de su sabor. Desde el agua, miro hacia él y no lo encuentro en el lugar donde lo dejé. Lo busco con la mirada y le veo caminando hacia el grupo de jóvenes. No tengo ni idea de lo que está tramando. Creo que es tan impredecible como lo soy yo.

Permanezco un rato en el agua vigilando sus movimientos. A lo lejos le veo parado, de pie, conversando con el grupo juvenil. Estoy muy intrigada. Me gustaría poder escuchar la conversación que mantiene con ellos. Un minuto después, alza sus brazos haciéndome señales de camino al lugar donde estábamos sentados.

Salgo del agua, y saca de su bolsillo su teléfono móvil y comienza a hacerme fotos.

Yo hago poses ridículas y divertidas escuchando sus risas. Y vuelvo a brillar hecha de pequeñas dosis de locuras, de arrebatos. Y vuelvo a sentirme de nuevo una chiquilla.

—¿Qué hacías hablando con esos jóvenes?

—Te lo contaré cuando lleguemos a casa.

Me abraza y besa mis labios mojados mientras mi cuerpo tiritita helado de frío.

Al llegar a casa disfrutamos de una exquisita cena con velas y jugamos a ser seductores. El ventanal está abierto de par en par,

con el eco del mar de fondo y la dulzura de Karen Souza sonando en el equipo de música.

Todo lo que nos rodea no hace más que alimentar la calentura que arrastramos desde el momento vivido en los aseos del restaurante. Ambos tenemos la mente rebosando pecados por cometer.

En algunas parejas el sexo acaba convirtiéndose en amor. En nuestro caso, pienso que el amor lo transformamos en prendas de encaje negro, en actos aún reprimidos que están por llegar... ¡En sexo! Y cuando el amor es tan intenso, la conversión al sexo es tan desbordante que puede llegar a ser hasta peligroso. Así presiento que puede llegar a ser el amor entre dos locos que saben llegar al clímax con una simple conversación.

Ambos nos hemos quitado nuestras armaduras y estamos en el principio de una nueva versión de nosotros mismos. Juntos somos dos pervertidos reprimidos sacando a la luz nuestro lado más oscuro, echando abajo todas las barreras mentales que tenemos. Al menos eso deduzco tras la complicidad en todas las conversaciones que hemos tenido hasta ahora.

¡Me parece apasionante la forma en que ambos nos estamos descubriendo! Miguel saca algo de su bolsillo y lo mantiene en el puño cerrado de su mano. Y me pregunta:

—¿Quieres saber lo que hablaba con los chicos?

—¡Claro que lo quiero saber!

Y al abrir la mano me enseña una pequeña bolsita que contiene marihuana.

—¿Has fumado alguna vez?

—No —le respondo—. Siempre me han dado miedo las drogas.

—¿Quieres que lo hagamos juntos?

Dudo un instante y le respondo que sí.

Mientras lo lía en un papelillo, me explica que él jamás lo ha probado, pero le apetece experimentarlo conmigo al ver lo bien que lo pasaban aquel grupo de chicos de la playa.

Fumamos los dos de ese canuto liado con forma un poco amorfa por nuestra inexperiencia. Después de unas caladas solo me siento un poco mareada. Pero una vez que terminamos de fumar, comienzo a sentir una relajación y una euforia bestial.

Nos reímos absurdamente de cualquier cosa que fluye por nuestra mente de forma totalmente desinhibida. Tal vez no puedo pensar con claridad, pero de mi boca reseca salen palabras formando ocurrentes frases que parece que no las haya dicho yo. Es una sensación extraña, pero también placentera y divertida.

Me doy una ducha rápida y me embadurno de aceite corporal, para terminar poniéndome el primer conjunto de lencería que he visto al abrir el cajón donde guardo mi ropa interior. ¡Mi cabeza no da para mucho más!

Salgo al salón con mi cuerpo dorado y brillante marcado por el deseo. En la forma que él me mira me hace sentir que mi cuerpo es el antídoto perfecto para su libido.

Miguel, después de su ducha, aparece semidesnudo, tan solo lleva puesto un bóxer blanco. Es la primera vez que observo detenidamente su cuerpo desnudo con tanta luz. Es para mí realmente excitante ver que aún conserva un cuerpo tan bien formado y tan joven.

Me besa frente al espejo que está fijado en la pared de mi habitación. No lo hace como otras veces, creo que yo tampoco. Hay más euforia, más pasión, más descontrol, pero ¡adoro verle así!

Me gira para colocarme de frente al espejo y besa ferozmente mi cuello desde mi espalda. Apoyo mis manos en el espejo y arqueo mi

cuerpo. Él se agacha, separa mis piernas y, tras bajar mis bragas hasta mis rodillas, abre mis nalgas y me penetra con sus dedos haciendo pausas para recorrer todo mi sexo.

¡Me enloquece la forma en que lo hace! Se pone en pie, veo en el reflejo del espejo sus ojos enrojecidos y vidriosos, y noto como me lleno con esos centímetros de verga que hoy se hunden en mí como una bestia atenazando mi lado más sumiso.

Levanta mi barbilla y coge con su mano mi cuello. Casi puedo ver el techo de la habitación con mi espalda totalmente encorvada y mientras, me penetra desde atrás con cierto sadismo, domando cada gemido que sale de mi boca que empaña el cristal. ¡Tiene un control total sobre las brasas de mi cuerpo!

Azota mis nalgas marcándome la piel, y veo mi cara reflejada en el espejo dibujando gestos. Gestos desencajados que me trasladan a una exposición del escultor Klimt, cuyas obras fueron censuradas por pornográficas y pervertidas.

Estoy completamente desatada. La intensidad de las sensaciones en mi cuerpo se ha multiplicado por diez. Debe ser el efecto de la marihuana. «¿Quieres que te folle más duro?», me susurra. ¡Dios mío, no sé cómo puede haber salido ese lenguaje sucio de su boca, pero ha puesto mi excitación al borde de mi primer orgasmo!

Yo no hablo, ¡solo gimo y grito extasiada! Siento que ambos nos estamos dejando llevar por nuestros instintos más primarios, dejando atrás tabúes o similares palabras acrónimas.

¡Estoy perdiendo toda mi decencia en sus manos y todo me apetece con él!

Me arrodillo a sus pies mirándolo fijamente a los ojos, mientras su mirada persigue la mía con dominación.

Agarro con decisión su engrosada polla y la meto enérgicamente hasta mi campanilla. Y comienzo a follarla con mi boca sumergida

en un éxtasis sin fin. Miguel toma mi cintura con fuerza y eleva mi cuerpo dejándome caer sobre la cama. Y con mis nalgas expuestas, presiento su deseo impaciente a penetrarme de nuevo. Y en ese preciso instante rebobino y dejo fluir, al igual que él, mi más sucio lenguaje. «¡Quiero que me folles el culo!», le digo.

Giro mi cuello para observar su reacción. Y con un gesto de afirmación y mirada de lubricidad, Miguel se dispone a complacerme.

Aún con el efecto desbocado del cigarrillo especial, procede a penetrarme con la mayor delicadeza. Posiblemente por desconocer si ha sido una práctica habitual en mi vida sexual. Y, muy acertado en su suposición, lo hace muy lentamente, lubricando mi orificio con su boca. Utiliza el mejor de los lubricantes, ese que humedece mis labios cuando me besa.

Sus movimientos van *in crescendo* mientras yo descubro mi nueva libertad. Al mismo tiempo que estímulo mi clítoris empiezo a vislumbrar mi primer orgasmo. Este llega con una intensidad desmedida, tan desmesurada y tan intensa que casi me hace desfallecer. Y mientras mi voz quebrada muere en gemidos, me deleito con el orgasmo de Miguel, que deja mis nalgas envueltas en abundantes fluidos que vacían enérgicamente todo su ser.

Darle placer no es una obscenidad, es un vicio que en mí se hace necesario y que ahora disfruto plenamente, sin pudor. Ya tengo un cuerpo irremplazable donde amo satisfacer mis nuevos antojos.

CAPÍTULO IX

A la mañana siguiente hay resaca, hay un terreno salvaje por explorar, hay certeza y hay restos de mi indecencia sobre las sábanas. Mi amor por él ríe. Y todo lo que siento es intangible. Todo se estira y se contrae y me vuelvo ciega de amor.

Al abrir mis ojos, verle a mi lado me erotiza, siento cada roce en la memoria de mi cuerpo.

Me gustaría repasar cada instante de anoche, pero la hierba ha dejado lagunas en mi memoria. Solo me queda la inconsciencia de que hemos vivido este encuentro tan desinhibidos que a los dos nos pilló por sorpresa aquel infierno tan acogedor. Pero no solo no me arrepiento, sino que me entusiasma haber descubierto esta nueva y depravada forma de amarnos. Y esta nueva forma lo es para los dos.

Me sorprende, pero no me avergüenzo de ese lenguaje sucio que pusimos en práctica. Fue realmente excitante dejarme fluir en el delirio de mis desvaríos y también verle fluir a él.

Hoy toca despedirse. Enmarcar mi mejor orgasmo y colgarlo en la cabecera de mi cama para coquetear con él entre suspiros en mis noches de soledad.

Odio las despedidas. A veces pienso que solo estoy viviendo un sueño en el que al despertar todo habrá sido mentira. Ser la amante tiene momentos de pura intensidad, pero también la estúpida amargura de sentirse abandonada, improvisando a cada instante. A veces me siento una colegiala; otras, me siento como una esposa; y otras, sencillamente el eco de una muerte anunciada. Es como tomarme una copa de whisky, me da energía, confianza en mí misma, pero después me arde el estómago.

Siento que estoy cambiando por dentro, que estoy siendo cada vez... más todo. Pero no sé si eso es suficiente para mí ahora que le necesito más que nunca, ahora que necesito besarle hasta la voz.

Pienso que todavía me queda mucho que descubrir en él. He podido entrever la pasión que lleva dentro. Las personas que son apasionadas en la cama son personas con exceso de fortaleza. No hacen las cosas a medias, son directas, no se andan por las ramas. No dejan cabos sueltos y defienden su forma de pensar hasta lo injustificable. Pueden ser un día todo y al siguiente nada. O estás con ellos o no estás. Pero no me veo en el papel de sumisa en una relación. Aunque tampoco habría imaginado que llegase alguien y, con esas ganas que ni yo misma sabía que tenía, me excitase tanto que fuese capaz de pedirle con desesperación que me follase... ¡Y lo hice! Es una contradicción a mis principios.

Ya no sé quien soy, ni hasta dónde soy capaz de llegar.

Miguel se ha marchado y yo me quedo aquí recapacitando, naufragando en esta sobredosis de amor y sexo. Ni siquiera hemos tenido tiempo para que me hable de sus sensaciones de anoche. Me habría gustado escucharle, me habría gustado y mucho.

Espero ansiosa a que llegue el momento para hablar con él de nuevo en la distancia. Mientras, para distraer mi pérdida, llamo a Miriam para destilar mi mente tan jodidamente pretenciosa.

¿Existe una terapia mejor que la de sentarse a tomar un café con una buena amiga? Muy posiblemente los psicólogos verían arruinados sus negocios si todo el mundo tuviese buenos amigos. Pero lamentablemente pueden dormir tranquilos todos los psicólogos del mundo.

Después de desahogarme al confesarle a Miriam mis pecados con Miguel y alentarme con una exquisita sensibilidad, me quedo algo más tranquila. Pero al contarle no he podido evitar exteriorizar que mi mente no ha dejado un instante tranquilo a mis sentidos. Y es que no puedo hablar de él sin excitarme. ¡Creo que hasta ella se ha

dado cuenta y también se ha excitado al escucharme! Esta debe ser la parte más dulce de mi penitencia.

Ya en casa, me tumbo en la cama al anochecer. Pongo la televisión con el volumen bajado. Intento imaginar los diálogos para distraer mi mente inquieta y espero una llamada que no llega. Y acabo dormida con el teléfono en la mano, en posición fetal, vencida por el cansancio. Ha sido el punto final a dos días de plena intensidad.

A la mañana siguiente me despierto temprano. Cada vez duermo menos horas. Hoy me falta energía, pero tengo la mente a mil por hora. Encarcelada en mi teléfono, espero a que se ilumine la pantalla como si de ello dependiera el resto de mi vida. Y es posible que así sea.

No hace mucho tiempo leí en un artículo periodístico en qué consistía la dependencia emocional. Era algo así como tener una necesidad afectiva extrema y continua de alguien. Como consecuencia de ello, las personas con dependencia emocional la mayoría de las veces están predispuestas a soportar situaciones muy adversas en su relación de pareja, hasta al punto de dañar su propia autoestima, y en muchos casos incluso su dignidad.

Ya no estoy segura de si estoy viviendo un amor sano o simplemente he entrado en el club de las «dependientes emocionales». Tenía razón Shakespeare al decir, cuando leyó el *Relato del mercante Chaucer*, que cuando nos enamoramos de alguien el amor es ciego. Hace que todo lo que rodea a esa persona se vuelva especial: su perfume, su ropa, sus objetos personales... y no somos capaces de ver nada más.

Tal vez le estoy dando la espalda a la evidencia de estar cegada por el romanticismo y el deseo sexual. Pero estos sentimientos pueden más que mis dudas. A pesar de ver cosas negativas en Miguel, mi cerebro anula estas alertas con suma facilidad. Sigo sin tener la seguridad de cómo, cuándo y de qué manera piensa

resolver —si llega a hacerlo— la relación con su mujer. Aun así, prefiero obviarlo y correr el riesgo de sufrir una estafa emocional.

El problema de vivir en el papel de ser una amante anónima es que no puedes llamar por miedo a que en ese momento se encuentre cerca de su mujer. Pero me pregunto, ¿de verdad importa eso si son ciertas sus intenciones de romper su matrimonio? Esto da alas a mi impulsividad. Mi impaciencia se escapa a mis límites establecidos y decido ser yo la que le haga la llamada. Marco su número. Cada tono se corresponde con un escalofrío. Suena un tono, dos, tres, cuatro y, después del quinto, salta el contestador.

Titubeo en un principio, dudando si dejarle un mensaje. Pero finalmente lo hago:

Llámame en cuanto puedas, por favor. Estoy preocupada al no saber de ti.

Pasadas tres largas horas, recibo con sorpresa un mensaje de texto como respuesta:

Las cosas no van bien. Todo se ha complicado. A la vuelta de mi viaje, mi mujer revisó mi teléfono móvil y encontró las fotografías que te hice desnuda en la playa.

Ha montado en cólera rompiendo todo lo que encontraba a su paso, y estamos negociando nuestra separación. ¡Te quiero, amor!

Siento una mezcla de alivio y angustia por él. Sé perfectamente lo que es pasar por momentos así, y realmente, a pesar de mi parte ventajosa como consecuencia de ello, me entristece enormemente que lo esté pasando mal. Pero no puedo negar que se abre en mí un universo nuevo.

Aquel tren que un día dejamos pasar y que años después he alcanzado caminando, vuelve a abrir las puertas ante mí. Solo puedo decir, «gracias, destino, por volverme a sonreír».

Hay que ver lo despacio que avanza el reloj en este paréntesis en el que vivo, en una continua confusión entre mis sueños y la realidad. Y es que llevo ya tres días sin saber de él.

No quiero sonreír con nadie. Mi carácter se ha vuelto ácido. Me pesan los recuerdos, nuestras pequeñas complicidades y el amor retenido. Mientras tanto intento seguir creyendo en el mañana con pasión y coraje, a la espera de lo que no hace mucho tiempo era casi un imposible.

Intento ocupar mi tiempo como he hecho otras veces, sin lograr concentrarme en ninguna actividad. Abro una página de noticias en internet. Las ojeo sin asimilar nada de lo que leo. No hago nada más que mover el ratón por la pantalla, buscando hacer clic en algo que realmente acapare mi atención, pero sigo sin lograrlo.

Escribo en google la palabra *amante*. Un sinfín de páginas se abren en el índice del buscador. Hago clic en la primera que aparece en la parte superior de la pantalla. Es un artículo redactado por una supuesta eminente psicóloga, en el que habla de los prejuicios psicológicos a los que nos sometemos las amantes y sus negativas consecuencias. Pero no tengo ánimo para terminar de leerlo. ¡Me deprime! Mientras, las malditas cookies no dejan de lanzarme mensajes a enlaces de páginas de citas. Pero las únicas cookies a las que hago caso son a las que tengo en mi cabeza, que me lanzan mensajes constantemente de cómo me gustaría que fuera mi vida a partir de ahora.

Cierro el ordenador portátil y pongo música a todo volumen. Esta terapia me ha funcionado otras veces, pero al cabo de media hora me doy cuenta de que el tiempo gana de nuevo la partida, he fallado en el intento.

Me quedo colgando de un mensaje, de mi desgaste espiritual, de canciones, de una fotografía nuestra que conservo en mi teléfono móvil. Y cuando pienso que ya no puedo más, cuando mi cansancio mental poco a poco me vence, llega el hijo de puta del destino y me

da una palmadita en la espalda, y sonriendo me dice que lo mejor puede estar por llegar.

Y cuando estoy a punto otra vez de caer al fondo del pozo y retorcer de nuevo a la realidad, vuelvo a escuchar el sonido celestial de un inquietante mensaje de Miguel entrando en el móvil.

Discúlpame por mi incomunicación. Han sido días largos y complicados... pero ya está todo arreglado. Me estoy trasladando a una casa en el centro de Madrid. Me encantaría haberla elegido contigo, pero estoy seguro que te encantará, igual que a mí. También me encantará despertarme en ella contigo a mi lado. Espero que eso no tarde en llegar. Lo dejo de tu cuenta... te espero pronto. Me gustaría que la próxima vez que hablemos sea mirándonos cara a cara, brindando por una eterna luna de miel juntos. No tardes, por favor. Te amo.

No puedo ni escribir y le respondo con un corazón y un «te amo». Me voy directa al espejo del cuarto de baño. No me quiero perder esta carita de gilipollas feliz que se me acaba de quedar.

Leo el mensaje tantas veces que llego a perder la cuenta. Y cada vez que lo leo lo hago como si leyese un poema. Se abre en mí una temeraria inmensidad que hace que le extrañe un poco más. ¡Se acabaron las cartas al pasado, me mudo de vida!

Durante los cuatro siguientes días, a pesar de que me pueden las ganas de llegar a Madrid, organizo con cierta calma mi despedida. Aquí dejo este fantástico paréntesis de mi vida: nuevos amigos, el mar y un cachito de vida que me ha dado una colección de sensaciones.

No me cabe la menor duda de que si no llega a retornar Miguel a mi vida, habría sido feliz el resto de mis días en este lugar tan extraordinario al que le guardaré un trocito de añoranza.

Me despido de Miriam, ese icono que mantendré para siempre como inspiración en el escritorio de mi vida. Creo que su filosofía me

ha enseñado cómo vivir mi vida de forma más feliz.

Y mientras viajo en mi coche de camino a Madrid, me pongo a pensar en cómo ha sido mi vida. He perdido mucho por mis errores, pero he aprendido mucho de ellos. Me he deshecho de tabúes y prejuicios. Y hasta he asumido cambiar mis principios haciendo de ellos un puto desastre. Quizás ahora sea más imperfecta, pero soy más jodidamente feliz conmigo misma.

Pienso que el problema que tenemos la mayoría de la gente es que hacemos complicadas las cosas simples. Nos aferramos a las cosas, a las personas, a los lugares, y lo hacemos por miedo al dolor de soltarlas. Una vez que aprendes a soltar, en lugar de sobrevivir comienzas a vivir. Y te das cuenta de que es mejor morir en el intento que ser cobarde.

Después de unas horas de conducción, ya diviso a lo lejos la nube oscura que contamina Madrid. Tal vez sea otro error cambiar el paraíso por lo que ahora me parece un infierno de ciudad, pero yo voy en busca un infierno diferente.

Paro en una gasolinera, lleno el tanque de combustible y hago una llamada sorpresa a mi madre para anunciarle que estoy en la ciudad. Pongo rumbo a casa de mis padres.

Cada vez que les veo después de haber pasado mucho tiempo, vuelvo a sentirme una niña. En realidad para las madres siempre seguiremos siendo unas niñas aunque tengamos 40 años. Pero me gusta ese sentimiento de mi madre, me resulta cariñosamente entrañable.

Ya en el garaje de su casa, mi padre, con la camiseta de jubilado que hace honor al banco donde guarda sus ahorros, se apresura para ayudarme a descargar todos mis enseres. Una parte de ellos, los imprescindibles, los dejo en el coche para instalarme en casa de Miguel.

Besos, abrazos, lágrimas y una fuente de emociones fusionadas me llenan de bienestar y alegría en este afectuoso recibimiento. Después de una larga comida, en la que les he puesto al corriente de mis intenciones de quedarme a vivir en Madrid en casa de Miguel, mi madre, con un gesto de sorpresa, me pregunta:

—¿Miguel?... ¿qué Miguel?, ¿el Miguel que yo conozco?

Y es ahí cuando los hoyuelos de mi sonrisa se hacen presentes y mis ojos de enamorada se iluminan ante su estupefacta mirada.

Mi padre, que es hombre de pocas palabras pero un experto intérprete de silencios, dibuja una leve sonrisa en su cara como gesto de alegría y aprobación. Y es que de todas las parejas que he tenido, Miguel ha sido, a pesar de nuestro corto romance de juventud, el que mejor impresión causó en mi familia.

Mi hermana ya se ha emancipado. Ahora me imagino a mis padres lanzándose mensajes de amor y complicidad, y adquiriendo esas miradas en su recuperada intimidad que da la independencia de los hijos. ¡Qué ternura! Me gustaría algún día poder ser tan feliz como lo son ellos, sobre todo después de haber superado tantas etapas de la vida juntos.

Al término de la sobremesa, busco un poco de privacidad en el cuarto de baño para llamar a Miguel y decirle que he llegado a Madrid. En nuestra conversación, no exenta de erotismo y un poco de cursilería, él pone de manifiesto su impaciencia por verme llegar.

Pocas veces he tenido tantas ganas de algo o de alguien como tengo ahora. Así pues, me despido de mis padres y encamino los pasos hacia la calle Arturo Soria, donde se haya la nueva casa de Miguel.

El tráfico es denso y mi cabeza no para de maquinar imaginando el encuentro. Paro en un semáforo, estoy sudada del viaje. Me miro en el espejo retrovisor, elevo mis brazos y, como decía mi abuela, me atuso un poco el pelo con las manos. ¡Oh cielos!, ¡los sobacos

me huelen a sudor! Miro a mi derecha y veo la cara de vicio con la que me mira el animal gordo y sudoroso del coche de al lado, que espera cambie de color el semáforo. Y muero del asco. Por fin la luz verde hace que continúe el camino que me sitúa ya a pocos metros de la casa.

Al llegar, las enormes puertas del garaje están abiertas de par en par, y la cara de Miguel aparece con una enorme sonrisa que me imprime una inyección de nerviosismo y alegría sin igual.

Sí, reconozco esa sonrisa que tantas veces he soñado y añorado. Y hoy voy a recuperarla por y para siempre.

Abro la puerta de mi coche y me tiro literalmente hacia él. Y con mis brazos abiertos me lanzo a su cuello, esperando que sus brazos me correspondan cogiéndome a horcajadas. Inundo su cara a besos para después recrearme en sus labios. Mientras, Miguel aún me sostiene en sus caderas, apretando con una fuerza desmedida mi cintura. Puedo sentir como mis costillas flotantes se cierran casi impidiéndome respirar. Pero en esos instantes la brizna de oxígeno que puedo inspirar huele a amor y a deseo.

Nuestras brillantes miradas se persiguen sin dejar espacio al parpadeo. Y hablan entre sí y se cuentan lo mucho que se echaron de menos, y que el tiempo de espera ha merecido la pena a pesar de las ausencias. Y que nada ni nadie, bajo ningún concepto, manipulará nuevamente a su antojo ese famoso «hilo rojo» que durante tanto tiempo jugó con nuestras vidas.

CAPÍTULO X

Miguel me enseña la casa. Es un chalet moderno de planta baja con mucha luz. En lugar de paredes al exterior hay cristaleras en la parte trasera de la casa, a través de las cuales, desde el salón y la cocina, se puede ver el jardín y una preciosa piscina con césped a su alrededor. La sensación de amplitud es enorme.

La decoración es simple, moderna, minimalista. Un lugar perfecto para la inspiración, que me vendrá genial cuando llegue el piano y lo instale en el enorme salón.

Deshago las maletas y nos sentamos a charlar tomando una copa de vino en el pequeño porche que hay frente a la piscina. Miguel está algo afectado por su separación. Dedicamos horas a hablar de ello y me revela detalles que aún no me había comentado y que ni siquiera hubiera imaginado.

Ada, su exmujer, le confesó a Miguel que hace un par de años tuvo un amante cinco años más joven que ella.

Aprovechaba los viajes de Miguel para serle infiel. Miguel, sumergido en su trabajo, no se percató de nada durante los siete meses que duró la relación. Las mujeres siempre hemos sido mucho más inteligentes y cuidadosas para ocultar una infidelidad. Tan cuidadosa fue ella que Miguel no llegó a descubrirlo jamás. Ha sido su propia mujer la que, después de descubrir las fotografías mías en el móvil, como acto de venganza y rebeldía lo confesó todo.

Esa confesión da sentido al declive de su matrimonio y a la falta de interés de su mujer por todo. Durante el tiempo que duró el romance extramatrimonial de Ada y mucho tiempo después, hasta que consiguió recuperarse de su ruptura, esa planta verde de su matrimonio se transformó en un palo seco por no regarla.

Cuando una infidelidad dura siete meses es muy probable que cohabiten otros sentimientos que no son los estrictamente sexuales. Y aún así, existe este tipo de mujeres prácticas que no se resignan a tenerlo todo sin salir de su zona de confort.

Pero al intentar recuperar su matrimonio se encontró con un Miguel diferente. Ahora, esa falta de interés que había mostrado hacia él, jugaba en su contra. Él ya había perdido definitivamente el interés por ella. Y fue ahí donde el destino me puso en su camino, para reafirmarse en la decisión de romper de una vez por todas su matrimonio. Un matrimonio en el que reconoce que nunca hubo amor de verdad, de haber estado plenamente enamorado, me confiesa, jamás habría iniciado una relación conmigo.

Sus explicaciones me parecen de lo más coherentes. Me tranquiliza saber que para él no tienen cabida las relaciones sentimentales externas a la pareja cuando está blindada por un sentimiento de amor puro.

Durante nuestros primeros días de convivencia todo es perfecto y maravilloso. Hablamos de todo. Nos confesamos todos los secretos, incluso los más íntimos e inconfesables. Y esto solo hace reforzar nuestra confianza al tiempo que alimenta nuestra complicidad ausente de secretos.

De las cosas que más sorprenden a Miguel es cuando le doy a conocer con detalle el descubrimiento de mi bisexualidad con Miriam. No solo le sorprende, creo que incluso le sobreexcita imaginarme con otra mujer.

No llego a entender del todo el porqué le sucede esto a la mayoría de los hombres, pero es así. A mí no me pone nada imaginármelo haciendo una mamada a otro hombre. Los hombres y las mujeres debemos tener percepciones distintas sobre estos asuntos.

En unos días llega el traslado de mi piano. Mi vida se adapta a la perfección a esta casa y a mi relación con Miguel. Él ha conseguido hacer cambios en su trabajo para viajar menos y pasar la mayor

parte del tiempo conmigo. Son escasos los fines de semana que tiene que pasar fuera de casa.

Yo, aunque sigo con trabajos esporádicos amenizando eventos como en el que nos reencontramos, soy feliz ocupando el tiempo en el que estoy sola, con horas en el gimnasio, tocando el piano o disfrutando del sol en la piscina.

Y así, juntos, llenamos nuestros días durante años.

Después de casi seis años de convivencia se podría decir que somos dos yonquis de nuestras relaciones sexuales dentro de un amor perfecto. Si se escribiese un libro del matrimonio ideal, el guion seríamos nosotros, aunque aún no nos hayamos casado.

Hoy es viernes. Es primavera, aunque realmente vivo en una eterna primavera desde que vivo con él.

He preparado una cena romántica en casa. Miguel sabe apreciar cada pequeño detalle. Aún no ha llegado, pero yo ya he hecho planes para un fin de semana tranquilo de sofá y pelis. ¡Nos encanta estar juntos en nuestra tan preciada intimidad!

Cuando llega a casa, el solo hecho de un beso de bienvenida, el abrazo que pone a cero las cosas malas que te han pasado al cabo del día o el lenguaje de miradas que teje los momentos de después, construyen diariamente una pequeña parte de los pilares de esta gran fortaleza que no para de crecer.

Hoy, después de la cena, a ambos nos apetece ver una película romántica acurrucados en el sofá. Buscamos entre la oferta que nos ofrece la televisión por cable. Cogidos de la mano, cogemos una al azar y comenzamos a verla. Pero lamentablemente, transcurrida la primera media hora, la película nos aburre soberanamente. Quizás el argumento es demasiado lento, quizás demasiado cursi, pero los dos caemos en el aburrimiento.

Miguel propone ver una película «X». Hasta el momento nunca hemos visto una película de este género juntos. Tengo curiosidad por ver qué sensaciones nos produce verla juntos, y acepto sin vacilar.

Comenzamos la búsqueda en internet. Llegamos a una de esas páginas en las que el antivirus saca lo mejor de sí mismo y comienza a trabajar a destajo. Hay una oferta amplia y variada destinada a objetivos muy concretos sobre lo que deseas ver. Orgías, tríos, homosexuales, lesbianas, transexuales, sado, sexo duro, intercambios, *squirting*, amateur, sexo en público... y un sinfín de clasificados para todos los gustos. Veo que tomar una decisión sobre qué ver es más complicado que salir a comprarte ropa sin tener una idea clara de lo que quieres.

Después de ver el tráiler de varias de ellas, nos decidimos por una que contiene un cóctel de escenas de varios géneros. El argumento es escaso. Aquí los preliminares brillan por su ausencia. En pocos minutos vemos a los protagonistas tan entregados al placer que me lleva a pensar que van puestos de todo tipo de drogas en esa escalada de excitación tan trepidante.

Hacemos una pausa para fumar un poco de marihuana, para que se desplieguen un par de sentidos más en nuestras mentes y ver si conseguimos meternos un poco más en el papel. Yo observo de reojo la entrepierna de Miguel. Creo que la morenaza de la escena que acabamos de ver no ha logrado excitarle en exceso. Yo tengo una excitación contenida. Pienso que los dos la tenemos. Pero no me excita pensar físicamente en los actores y actrices que veo en la pantalla. Lo que realmente me excita son sus caras de placer, su desinhibición y sus ansias de sexo. Eso me lo llevo a mi terreno y me veo reflejada en los momentos de pasión con mi pareja. ¡Eso es lo que realmente me pone a mil! Y no la fantasía de follarme a los protagonistas si pudiera hacerlo.

La siguiente escena es un trío de dos mujeres con un hombre. Observo la cara de Miguel mientras la rubia de tetas siliconadas y la morena con cara de viciosa se disputan por llevarse a la boca la

polla del señor Vidal, como si ganase la que más tiempo la tiene dentro.

Me vienen a la cabeza varias preguntas mientras veo a Miguel con la boca abierta, como teniendo una ausencia y contengo una carcajada intentando no romper la magia del momento.

Entro en la fantasía. La marihuana cumple con su misión y me ayuda a meterme en el papel de compartir la polla de Miguel con otra fémina. Me cuesta, pero lo hago. Siento que le gustaría. A mí también me excitaría ver disfrutar a Miguel, así como ver la excitación que produce mi hombre en otra mujer. Pero, ¿me sentiría celosa al compartirlo? No sabría qué responder.

La escena sigue. Ahora la morena viciosa cabalga sobre él, y la rubia acaricia su clítoris al mismo tiempo que juegan con sus bocas. Y vuelvo a preguntarme, ¿sentiría él celos al verme excitada con otra mujer? ¿O, por el contrario, le excitaría aún más?

Sin encontrar respuestas claras, miro de nuevo la cara de Miguel. Ahora ya no puedo contener la carcajada. Solo le falta un hilillo de baba colgando de sus labios. Presiento que no soy la única que se ha metido en el papel.

Al oír mi carcajada rompemos los dos a reír sin poder parar, y perdemos por completo la concentración sobre la película.

Me levanto del sofá. Voy hasta la cocina para preparar dos copas de ron con cola. Él me sigue a pocos pasos. Me abraza desde atrás y estruja mis pechos. Me temo que la noche no ha hecho nada más que empezar.

Enciendo un cigarro y me pregunta:

—¿Te gustaría probar a hacerlo algún día? —Sonrío y no le respondo.

—¿Te excita la idea de compartirme? —insiste de nuevo.

—Quiero ver a dos hombres con una mujer antes de seguir hablando de esto —le respondo.

Nos llevamos las copas al salón. No lo niego, sus preguntas me han sonado a insinuación y eso acaba de revolucionar a mis hormonas que ahora están tirando de la cuerda de mi libido, todas a una.

Copas en mano, nos sentamos de nuevo en el sofá. Miguel gira el ordenador portátil para que sea yo quien elija la siguiente escena. Hago clic con el puntero del ratón, en el recuadro donde aparece la cara un poco andrógina de una rubia cuarentona, con pinta de estar curtida en las artes escénicas del porno. Debajo del recuadro se puede leer *Doble penetración para Brittany*.

Arranca la película. Uno de los actores es un afroamericano con el cuerpo lleno de tatuajes, el otro es de aspecto latino. Debe salir del *gym* solo para rodar las escenas... ¡Esto pinta bien!

La rubia se aplica sin compasión en el sexo oral, como si le hubiesen dicho que después de rodar la escena no volvería a ver una polla nunca más.

Ahora es Miguel el que me mira de reojo buscando mi reacción. Lo hace con cara seria. Yo no pierdo detalle de las escenas, viendo la capacidad de la chica de abarcar a la vez semejantes vergas dentro de su boca.

Miro de nuevo a Miguel. Le sonrío. Él ya no me sonrío a mí, tan solo pone la mano en mi muslo y sigue mirando la pantalla del ordenador portátil como un poco ido. Esto va según mi plan previsto.

Llega el momento de la doble penetración. La cara del tremendo placer que refleja la cuarentona es como para que el realizador de la película se olvide de los demás planos. Se podría rodar el resto de la película solamente con la cara de Brittany.

Ahora soy yo la que, sin darme cuenta, permanece con la boca abierta viendo a la afortunada sufrir de placer. Miguel hace un gesto como de limpiarme la baba y rompemos otra vez en una enorme carcajada.

Me pregunto si estas chicas cobran por las escenas o son ellas las que pagan por hacerlas...

A estas alturas mis bragas están para escurrirlas. Aún me duran los efectos psicotrópicos y tengo gran facilidad para empatizar milimétricamente con los cinco sentidos de la rubia. Y en este momento, mentalmente, me pregunto, ¿sería capaz de hacerlo?

No sé si realmente sería capaz. Pero tengo claro que me excita muchísimo la idea, aunque solo sea a modo de fantasía.

Y voy un poco más lejos en mis pensamientos, ¿cómo se sentiría Miguel viviendo esta escena conmigo? Creo que tenemos una larga noche para conversar.

A sorbos, vamos consumiendo las copas mientras los machos dejan el resultado de su excitación en el culo de Brittany. La muy zorra mira con una mezcla de satisfacción y gesto de agotamiento físico la cara de los dos, dibujando una media sonrisa de agradecimiento por al menos —según mi contador mental— los tres orgasmos que ha tenido la muy puta.

Y damos paso a la rueda de preguntas sobre lo que hemos callado disfrutando las escenas.

Ahora yo soy la que lanzo la primera pregunta.

—¿En que fantasía te viste más identificado?

—En la del trío con las dos mujeres —responde Miguel de inmediato.

—¿Y tú? —me pregunta.

Ahora no sé si debo ser políticamente correcta o responder con sinceridad y yendo directa a la yugular de Miguel.

Hago una pausa de unos segundos. Y fruto de la desinhibición provocada por el alcohol y la marihuana, decido responder con la verdad para dejar esto en un empate moral.

—Pues yo, puestos a elegir, me quedo con los dos hombres.

—¿En serio lo harías?

—Bueno, vamos a ver, pongamos las cosas claras. En realidad no haría ninguna de las dos opciones, pero puestos a fantasear me atrae más esta idea. Lo cierto es que pienso que cuando una pareja da el paso de abrir su relación a terceras personas, en mayor o menor grado, siempre es por insatisfacción. En nuestro caso, nuestras relaciones sexuales son mejor que buenas, son fantásticas, diría yo. Por lo que abrir nuestra relación sería, sin lugar a dudas, un grave error.

»Nuestras relaciones no están en la media de las que tienen la mayoría de las parejas. Podemos estar hasta dos y tres horas teniendo sexo, exprimiendo nuestros cuerpos hasta límites que desconocíamos antes de estar juntos.

Es cierto que Miguel tiene un control absoluto sobre sus orgasmos. Incluso, en ocasiones, puede tener tres orgasmos seguidos sin perder la erección ni el deseo. Esto es algo que aún no deja de asombrarme. Alguna vez que hemos hablado sobre esto, él me ha explicado que la técnica, nada sencilla, consiste en no eyacular completamente e interrumpir el orgasmo antes de finalizar. De esta forma, mientras no te vacíes en cada orgasmo, puedes continuar disfrutando sin perder la erección con el mismo deseo.

¿A qué mujer no le gustaría tener una pareja sexual así? En ocasiones, cuando se habla de sexo en los grupos de mujeres, yo tengo que permanecer callada porque si hablo no creerían ni una palabra de mis relaciones con Miguel.

Esta noche, aprovechando la locura mental en la que me hallo y, después de la sesión de porno, he echado a volar mi imaginación, tengo ganas de experimentar.

Busco mi casi ya olvidado consolador de silicona para que nos acompañe en la cama. Siempre que hemos sacado juguetes sexuales durante nuestras relaciones, lo he dejado al margen, por si me baja la libido al ver a Miguel con tan tremendo cipote en la mano. Pero en mi actual estado creo que pasaré por alto esos pequeños detalles.

Después de más de una hora de sexo salvaje y haber pasado por situaciones que hasta la mismísima Brittany se avergonzaría de contar a sus amigas, le pido acabar con una doble penetración usando como segundo hombre para nuestro trío imaginario el consolador de silicona.

¡Mujeres del mundo, las que no lo hayáis experimentado nunca y penséis que ya habéis tocado el cielo con la punta de los dedos, siento joderos el día, pero estáis equivocadas!

Puede que haya dormido más de once horas después del descontrol de anoche. Me duele todo el cuerpo. Tengo una resaca mortal. Miguel aún permanece en la cama dormido. Se que está vivo porque observo que aún se le mueve el pecho cuando respira. Si como dicen el sexo alarga la vida, creo que estamos a punto de ser inmortales.

CAPÍTULO XI

Aquella noche, sin saber bien por qué, marcó un antes y un después en nuestras relaciones sexuales. No volvimos a hablar de ello en mucho tiempo, pero ninguno de los dos lo habíamos echado en el olvido.

A partir de entonces nos volvimos un poco más violentos en nuestra forma de tener sexo. También un poco más perversos e insaciables. Sin darnos cuenta habíamos subido otro peldaño en nuestra escala al placer. Hacíamos el amor a todas horas y en todas partes. Lo podíamos hacer encima de la isleta de la cocina, en la piscina, en el baño, en el coche, incluso una vez lo hicimos en el ascensor de la empresa donde trabaja Miguel. Pero ¿qué había de malo en esto? La verdad es que pienso que no hay nada malo. Solo que presentía que aún no habíamos tocado techo en nuestras relaciones sexuales.

Habían pasado unos siete meses y Miguel volvió a retomar de nuevo el tema que habíamos aparcado y fingíamos tener olvidado.

—¿Has vuelto a pensar en lo de hacer un trío?

—No. No he vuelto a pensar en ello. No veo la necesidad de estropear lo que tenemos —respondo y miento como una bellaca.

—No es algo que quiera forzar —replica Miguel—. Solo que hay veces que he tenido la tentación de proponértelo. Precisamente por eso, porque como somos una pareja con sólidos cimientos no veo que corramos el riesgo de enturbiar nuestra relación por un poco de sexo prohibido.

Me cuesta decirle que no. En el fondo, aunque creo que muy en el fondo, a mí también me gustaría hacerlo, pero me resisto a decirle que sí.

—Mira, cariño, habría que meditarlo mucho. Tendríamos que hablar mucho sobre ello antes de tomar la decisión de hacerlo. Me parece un juego peligroso que pone en riesgo muchas cosas que son más importantes que el sexo para mí. Sería mejor que intentásemos olvidarlo.

—No te preocupes, amor. Daremos por zanjado el tema. Si tú no quieres, no volveremos a hablar de esto.

—No es un no rotundo. Es solo que no es una decisión que me gustaría tomar a la ligera —le respondo.

Pero lo cierto es que después de tener esta conversación, no podía dejar de pensar en ello. La proposición de Miguel no dejaba de dar vueltas en mi cabeza. Confieso que a veces solo con imaginarlo empapaba el encaje de mis bragas; otras, moría de celos imaginándole en los brazos de otra mujer; y las menos veces, pensaba en el peligro que suponía que uno de los dos pudiese enamorarse de otra persona. Pero ¿por qué me había vuelto a proponer este juego? ¿No era suficiente tener una relación como la que teníamos? ¿O quizás tenía necesidad de sexo con otras mujeres? Esto estaba empezando a volverme loca.

Habían pasado ya otros dos meses después de la última conversación sobre la posibilidad de hacer un trío, y ninguno de los dos volvimos a tocar el tema, pero yo no podía sacármelo de la cabeza. Tanto era así que incluso pensé asistir a un psicólogo de parejas. Temía que él comenzase a desear a otras mujeres.

Hoy es jueves. Me he levantado pensando en hacer planes para el fin de semana. Me gustaría salir a cenar y tomar una copa la noche del viernes. Miguel suele estar tan ocupado con su trabajo durante la semana que soy yo la que suelo encargarme cuando hay que hacer alguna reserva.

Abro mi ordenador. En lugar de buscar restaurantes cercanos para cenar, me quedo un momento pensando si no sería mejor buscar uno de esos clubes *swinger*. Si al final decidimos llevar a cabo esta

fantasía de hacer un trío, me gustaría ver un poco cómo funciona este ambiente, aunque aún estoy lejos de querer hacerlo... Me gusta más tenerlo como fantasía, y las fantasías dejan de serlo cuando las haces realidad.

Busco reseñas en internet, locales cercanos para leer opiniones de la gente. «Trato impecable». «Gente muy selecta y de alto nivel social». «Encontré lo que estaba buscando, lo recomiendo sin dudar». «*Single* de ambos géneros guapos, guapas, educados y de calidad». Estas son algunas de las reseñas de uno de estos sitios que no queda muy lejos de nuestra casa. Tengo la tentación de llamar, y lo hago. Una encantadora voz femenina atiende mi llamada.

No pretendo aparentar que tengo experiencia en frecuentar estos locales, sino todo lo contrario. Le pregunto a la chica si podemos asistir al local solo para ver el ambiente y tomar una copa. Ella se muestra encantada y me anima a que lo hagamos. Incluso me ofrece una invitación a la primera copa. Sin meditarlo demasiado, dejo nuestros datos y hago la reserva para la noche del viernes.

Cuando cuelgo el teléfono, pienso... «¡Dios mío, dónde me estoy metiendo!».

Salgo a la calle en busca de una tienda de lencería. ¿Por qué hago esto? ¡Si solo vamos a tomar una copa! ¡Ni siquiera he contado con Miguel para hacer la reserva! Me estoy desquiciando.

A pocos metros de la tienda de lencería, hay un centro de belleza y depilación. No se por qué diablos estoy poseída, pero mis pies me llevan hasta el mostrador de la recepción del centro de belleza.

—¿En qué puedo ayudarle, señorita?

—Me gustaría depilarme el pubis.

—Espere en la sala dos y en diez minutos una compañera estará con usted.

¿Se puede saber qué puñetas hago depilándome el coño a la cera para ir a tomar una copa mañana por la noche? Trato de buscar una explicación a mi conducta, pero no la encuentro. Puede que mi subconsciente me haya traicionado llevándome a mi infancia cuando me decía mi madre: «¡Hija, ponte ropa interior limpia cada vez que salgas a la calle, no vaya a pasarte algo!».

¿A pasarme algo?, ¿el qué? ¿Que me violen y así el violador vea que llevo mi ropita interior limpia? ¿Que me atropelle un coche y lleve las braguitas limpias al hospital? ¿Acaso me va a examinar el coño el camarero del local antes de invitarme a una copa? ¿O es que una voz interior me esta diciendo «prepárate por lo que pueda pasar»?

Sigo inmersa en esta fugaz locura después de haber dado el paso de hacer la llamada.

Con el chocho recién depilado y con la sensación del frescor balsámico de la crema hidratante, me meto en la tienda de lencería para estar bien preparada por si surge alguna urgencia.

¿Se tomarán estas molestias todas las mujeres que frecuentan este tipo de locales? ¿O llevarán modelitos de usar y tirar, de esos que se compran en las tiendas de los chinos? ¡Me da igual! Si es que llega a pasar algo... Ya puestos, al menos que no parezca una puta barata.

Salgo de la tienda camino de casa con mi conjuntito de lencería italiana y después de darle un buen mordisco a mi tarjeta de crédito.

Cuando llego, Miguel ya está en casa.

Le cuento mi atrevimiento de haber reservado en un club *swinger*. Le doy mil explicaciones sin que él me las pida, como intentando justificarme de mi puta locura. No paro de hablar. Él me escucha y solo sonrío, mientras yo me dedico a dictar las reglas que marcan los límites para que esto no se nos vaya de las manos.

—Solo iremos a mirar. ¡Nada de cambio de planes de última hora!
—le digo elevando un poco el tono de mi voz.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, será divertido —dice Miguel.

Los dos coincidimos, se trata solo de curiosear en el ambiente y ver cómo se desenvuelven las parejas y la gente soltera que tiene experiencia en este tipo de prácticas.

Cuando llega el viernes por la noche, a la espera de que llegue Miguel a casa, me tomo una copa de whisky de un trago para calmar mis nervios. «¡Joder, como tarde mucho en volver del trabajo voy a llegar borracha al local y no voy a ser dueña de mis actos!», pienso en ese instante.

Por fin llega Miguel. Toca el claxon dos veces. Me subo al coche y pongo en el navegador del coche la dirección del club.

A nuestra llegada la anfitriona nos recibe en la entrada. Por su voz identifico que es la misma persona con la que hablé por teléfono. Charla unos minutos con nosotros y nos aconseja permanecer en la barra tomando una copa. Nos hace halagos al parecerle una pareja muy atractiva. «No pasará mucho tiempo antes que alguien contacte con vosotros. Estad atentos a las miradas», nos dice.

Pocos minutos después, tal y como nos ha dicho la anfitriona, cuando el camarero está aún sirviéndonos la primera copa, una pareja treintañera con muy buena presencia se presenta a nosotros.

Hablamos durante casi una hora. Tengo la impresión de estar haciéndoles perder el tiempo con nosotros, porque en absoluto tengo la intención de hacer nada que no sea lo que estamos haciendo, que es hablar. Pero absorbo como una esponja cada palabra que sale por sus bocas, a pesar de no recordar el nombre de ninguno de los dos.

Ellos llevan frecuentando el local desde hace ya más de un año. Han sacado experiencias muy positivas de sus visitas al club, aunque reconocen que no siempre ha sido así. Nos hacen confidencias de lo mucho que ha mejorado su relación desde que se abrieron sexualmente a otras personas. ¡Me cuesta creerlo!

Sin vacilar doy un paso al frente y les digo lo que de verdad hemos venido a buscar.

—Estamos buscando una chica para tener nuestra primera experiencia.

—¿No os gustaría hacerlo con nosotros? Estamos seguros que todos saldríamos satisfechos —dice el chico ante la espontánea sonrisa de su mujer.

—Creo que nos sentiríamos más cómodos, en principio, compartiéndonos con una sola persona —les respondo intentando ser lo más dulce posible.

—¿Ves aquella chica morena que está sentada en al barra? Se llama Fanny, estoy seguro que os encantará. ¿Queréis que os la presentemos? —me dice poniéndome una mano en el muslo.

Acaba de darme un vuelco el corazón. Me juré que no iríamos más allá. Fui yo la que puso las reglas. Y ahora estoy a punto de romperlas.

—Nos encantaría conocerla —respondo buscando la aprobación de Miguel con complicidad.

—Voy a buscarla, en un momento estoy con vosotros.

El supuesto experto en «trueques» va directo al otro lado de la barra para traer a Fanny hasta donde nosotros nos encontramos.

—¡Hola, chicos! Me llamo Fanny. ¿Y vosotros? ¿Cómo os llamáis?

Hacemos las presentaciones. Es una de las mujeres más sensuales que he visto en mi vida. A Miguel se le van a salir los ojos de sus órbitas. ¡Empezamos mal!

La pareja que ha hecho de anfitriones se despide de nosotros, dejando un papel con su número de teléfono sobre la barra.

—Seguro que nos volvemos a encontrar —dice él dirigiéndose a mí.

—Seguro —respondo.

Y nos quedamos a charlar a solas con Fanny.

Fanny tiene una forma de hablar muy seductora. Tiene unos 35 años, calculo. El pelo negro, los labios carnosos, los ojos un poco rasgados y un cuerpo imponente. Me extraña que una mujer así no tenga pareja. Y le hago directamente la pregunta.

—¿Tienes pareja, Fanny?

—Sí —responde—. Pero tenemos una relación abierta. Somos así de raros. Nos gusta jugar a las cosas prohibidas.

¿Prohibidas? Prohibido debería estar que una mujer tan exuberante se ofrezca a parejas. Jugar con una mujer como ella me parece estar jugando a la ruleta rusa. ¿Pero de dónde ha salido esta tía con cuerpo de *streeper*?

Ya siento celos y solo estamos hablando. Me siento un poco insegura.

—¿Os gustaría que esta noche fuese vuestro juguete? —dice Fanny mirándome con sus cautivadores ojos y dejando entreabiertos esos provocativos labios como si fuesen la puerta entreabierta a mi puta lujuria.

Y yo, a punto de meter dos balas en el cargador y ponerme la pistola en la sien, miro a Miguel. Él permanece en silencio. Veo que

la pelota está en mi tejado, acaba de dejar la decisión en mis manos. Creo que él tomó la decisión desde que Fanny se hizo presente en la mesa y tuvo una erección mental.

Así que opto por apretar el gatillo.

—Nos encantas, Fanny. Eres perfecta para nosotros.

Ya me resulta difícil controlar esta tensión que no deja de crecer. El juego de seducción de esta mujer fatal acaba de desabrochar mi impaciencia por descubrir su lado más oscuro. Me asusta, pero una voz interior me dice «¡hazlo!». Y soy yo misma la que abriendo la última puerta que permanecía cerrada de mi personalidad, les propongo salir del club y marcharnos a casa para morder de la manzana prohibida.

No, no siempre puedo contenerme. En el corto trayecto hasta el coche he transformado el miedo en ardor y mi sexo se hace testigo de ello. Miguel conduce. Yo acompaño a Fanny en el asiento trasero del coche. Al sentarme he dejado mi minifalda lo más subida posible. Nos miramos. Pone su mano sobre mi mejilla y acerca su boca a la mía.

Sus labios son puro pecado mortal. Un bocado febril sobre mi boca que no admite réplicas ni defensas.

Miguel mueve el retrovisor interior del coche para contemplar el espectáculo del juego de nuestras lenguas. El calor me sube desde los pies hasta los pezones. ¡Esta zorra es deliciosa! ¡Dios, como estoy de caliente! ¡Esta mujer es una droga!

Miguel abre la puerta del garaje. Hemos llegado a casa. Nos recomponemos un poco y cojo por la cintura a Fanny caminando hasta la puerta de casa. Él camina detrás de nosotras contemplando el erotismo que llevamos impreso en el baile de nuestras caderas. Seguramente inflamando las venas de su miembro con la urgente necesidad de tenernos a las dos. Este juego me gusta. No ha hecho nada más que empezar y estoy disfrutando como una loca.

Llegamos al salón. Miguel prepara unas copas. Fanny y yo nos sentamos juntas en el sofá, en tanto mi vagina comienza otra vez a palpar como un segundo corazón. ¡Esta puta tan sofisticada me enferma de deseo!

Ahora soy yo la que se lanza a su boca y meto mi mano bajo su falda buscando su más íntima feminidad. Ella hace lo propio conmigo. Nuestras manos, que ahora ya no tienen piedad, están empapadas de sexo en esta noche de falso amor.

Temo que el deseo de esta carne prohibida se convierta en mi adicción. Quien dijo que esto era infidelidad se equivocaba. Se han despertado demonios dentro de mí que no conocía.

Miguel, después de soltar las copas sobre la mesa, disfruta, sentado frente a nosotras, de este recital de sexo en el que tengo anulada la voluntad para contenerme.

Miguel se acerca a nosotras. Y arrodillado en el suelo comienza a besar y lamer los muslos de ella. Noto que la presión de los movimientos de la mano de Fanny sobre mi sexo aumenta por su excitación.

Me vuelvo morbosa y obsesiva con su cuerpo. ¡Estoy a punto de correrme! ¡No paro de gemir!

—¡Joder, Miguel, fóllame! ¡Hazlo ya! ¡Fóllame fuerte!

Fanny ha sacado mis pechos fuera de mi blusa. Los succiona y pellizca con los dientes.

—¡Me corro, joder, me corro!

Acabo de romper la membrana de la poca decencia que me quedaba esta noche. Estoy fuera de sí. ¡No me reconozco!

Ahora es Miguel el que toma la iniciativa. Coge la mano de Fanny y la conduce hasta el dormitorio. Y yo doy rienda suelta a mis

miedos, a estos putos celos que intento domar inyectándome dosis de indiferencia ante esta reina de la seducción sin dueño que yo misma he traído a casa.

Nos tumbamos los tres en la cama. Miguel está en medio de las dos. Nos besamos, nos tocamos, perdemos el sentido del pudor... solo sentimos. No caben más caricias en nuestras manos. Nado entre mis sentidos donde cualquier mujer se ahogaría compartiendo a su hombre. «¡Estoy enferma!», me digo.

Fanny se entrega por completo a nuestra endemoniada fantasía. Escuchar cómo brotan sus gemidos entremezclados con los nuestros y ese nuevo olor a sexo en nuestra cama es como inventar un nuevo mundo de esta lujuria que me aturde.

—¿Te gusta nuestro juguete? —le pregunto.

—¡Es perfecto! —responde Miguel

—Vosotros también lo sois —dice Fanny.

Ahora somos Miguel y yo los que hacemos vibrar el cuerpo de Fanny que se ha vuelto vulnerable entre nosotros.

Hundo mi boca en su sexo. Juego con mi lengua, con mis dedos. Lo hago cada vez con más brusquedad, al tiempo que Miguel ahoga violentamente su garganta, una y otra vez, con esa brillante y enorme polla. ¡Estoy descubriendo sus sombras! ¡A esta perra le encanta el rollo duro! Puedo sentir cómo ponemos en dificultad sus sentidos al profanar su sexo, y se ve saciada impudicamente de placer cuando todo se vuelve más indecente y violento.

¡Los tres estamos descontrolados!

—¡Déjame follarte, Miguel! ¡Estoy a punto de correrme y quiero hacerlo contigo dentro! —exclama Fanny.

Cambiamos las posiciones. Miguel permanece tumbado. Fanny lo cabalga enérgicamente con sus caderas y yo me masturbo viendo las caras de placer de los dos, buscando la mirada de Miguel, que contiene estoicamente su orgasmo mientras es a mí a la que hace el amor con esa mirada que me pertenece. ¡Qué locura, dios!

—¿Te gusta, cabrón? —grita Fanny entre alaridos.

—¡Me encanta, zorra!

Yo ya no aguanto más y sucumbo al goce de mi ardiente cuerpo ante mi segundo orgasmo de la noche.

—Hijo de puta... me corro —grita Fanny.

Hay emociones que no se pueden describir, y es justo eso lo que yo siento en este momento.

Miguel ya ha salido de Fanny y está a punto de explotar, apunta a mis pechos, y yo los junto esperando que alcance su clímax mientras se masturba ante mi lasciva mirada. Se encoge, ruge, parece no terminar nunca estrellando fluidos en mí.

Fanny lame mi pecho con vicio, saboreando cada gota del placer extraído de Miguel, para después besarme y trasladarme su sabor. ¡Esta puta con clase ha despertado en nosotros un exquisito y depravado instinto!

Esto solo fue el comienzo de una noche completa de excesos de sexo.

CAPÍTULO XII

Al día siguiente no podía quitarme todas esas imágenes de mi mente. Pasé todo el día excitada y Miguel me confesó que también.

Con Miguel llegar a ese estado de éxtasis había sido posible hasta ahora solo con la ayuda del sexo mezclado con marihuana. Pero esta cadena de sensaciones en plenas facultades mentales era pura adrenalina para nosotros.

No fue la última vez que vimos a Fanny. Lo repetimos tantas veces que esta diosa del sexo ya formaba parte de todas nuestras fantasías. No había lazos sentimentales, era solo sexo. Pero éramos el conjunto perfecto para jugar a todo lo prohibido. Solo que a veces ambos teníamos ausencias. Ausencias de esas en las que te preguntas, ¿qué estará pensando? ¿Habrá sobrepasado el límite de la atracción sexual? ¿Estará pensando en ella? Y la pregunta no se hacía esperar, solo que ninguno de los dos sabíamos con certeza si nos estábamos mintiendo.

Mi gusto por la bisexualidad no le ayudaba a mantener la calma entre sus celos. Y a mí tampoco su heterosexualidad.

Fanny era una mujer espectacular. Tenía un culo espectacular, una vagina espectacular, toda ella era espectacular. Era tan perfecta que daba asco, ni siquiera fumaba. Pero si lo hiciese, lo habría hecho porque los cigarrillos tendrían relación con el sexo. Apuesto a que si tuviesen vida, se correrían en esos labios antes de llegar a consumirse.

Fanny no fue nuestro único juguete, otras chicas también pasaron por el refugio de nuestro dormitorio en dos años de juegos. Unas más jóvenes, otras más maduras e, incluso, hubo alguna que no pudo evitar sentir algo por alguno de nosotros. Otras veces también hubo hombres, algunos estuvieron a la altura de nuestras

perversiones, y otros, en verdad la mayoría, no tanto. Igual nos pasó con alguna mujer, solo que ellas no tienen que contener un orgasmo.

¿Te imaginas que descubres todos tus vicios cuando pensabas que ya los habías descubierto todos? ¿Te imaginas que te haces adicta a ellos? ¿Te imaginas tus mejores orgasmos en compañía de personas que están acabando con lo mejor de tu relación sentimental, y aún así no puedes dejarlo?

Cada semana pasábamos horas ideando y seleccionando personas para tener nuevos encuentros. Esto se había convertido en nuestra droga dura. Empezó de la misma manera a cuando empiezas a consumir cualquier droga. Al principio descubres que las sensaciones son maravillosas, después piensas que eres capaz de controlar su consumo y, más tarde, eres adicto a ellas sin querer darte cuenta que te están matando por dentro.

Pensaba que estábamos aún en la fase en la que a pesar de habernos vuelto adictos al sexo, en cualquier momento podíamos parar. Pero realmente no era así, en el fondo ninguno de los dos queríamos parar.

Y como ocurre con todo en esta vida, nada es perfecto. Por eso, en ocasiones tuvimos roces como consecuencia de los celos. También, sin querer, nos hicimos daño el uno al otro, producto de ataques de sinceridad, con comentarios sobre aquellas personas que compartimos. De vez en cuando aquello degeneraba en agravios comparativos que nos situaban en el filo de nuestra cuchilla emocional.

¿Quieres comprobar si tu relación tiene puntos flacos? Pues pon en tu vida a una modelo de lencería experta en sexo y sabrás hasta la última flaqueza de tu relación. ¿Pero cómo no lo había sospechado? ¿Quizás porque nunca llevaba ropa interior?

Fanny era de esa clase de mujeres que podía volver loco a cualquier hombre o a cualquier mujer en la cama. La intensidad de

nuestro juego sexual con ella subía de nivel en cada encuentro. Juguetes inundaban la cama complementando las fantasías de los tres. Intentamos plagiar los encuentros que teníamos con ella en otras mujeres, pero Fanny era única y diferente. Los dos nos convertimos en adictos al sexo con ella.

No sabría decir exactamente cuáles eran mis sentimientos, pero ese era precisamente el problema, que había un sentimiento fuera del sexo y no sabía cuál era. Y si lo había para mí, ¿sería igual para Miguel? ¿Y qué estaría sintiendo ella? ¿Sentiría algo por alguno de los dos que no fuese solo atracción sexual? ¡Sí, lo reconozco, me estoy convirtiendo en una celosa compulsiva! Pero, de repente, debido a mis celos y a los de Miguel, aunque no fuesen confesados, presentí que todo iba a empeorar.

Al principio, cuando todo esto comenzó, sentía que mientras Miguel la follaba a la vez me hacía el amor a mí. Después, las cosas cambiaron. Y cuando lo hacía con ella sentía que solo la follaba a ella, y yo era una simple espectadora excitada que se pajeaba con la escena.

No niego que a mí me excitaba verles, pero ya no era yo su inspiración y eso me frustraba enormemente. Fue entonces cuando todo en mí empezó a cambiar.

Cuando Miguel me decía que llamase a Fanny, yo siempre ponía excusas. Le decía que me gustaría cambiar, que ya me había cansado de ella. Sin embargo, Miguel insistía en que era la mejor.

Era evidente que lo era, ¡claro que era la mejor! Pero mis celos ya no me dejaban disfrutar de ella. Me aterraba pensar que él pudiese acabar enamorándose de Fanny. ¡Tenía que encontrar una solución a esto!

Le di vueltas y más vueltas en mi cabeza. Pero la resistencia de Miguel a renunciar a nuestros encuentros con ella era inamovible. Maldecía el día que di paso a nuestros juegos con ella. Para mí, en

todo momento, nuestra relación había estado por encima de todo, y ahora dudaba de si se había perdido la esencia de esta.

Me empecé a preguntar cómo era capaz Fanny de gestionar sus emociones y sus juegos con nosotros ante su pareja. En ocasiones, recuerdo que incluso llegó a enviar a su pareja, con orgullo y por el teléfono móvil, fotografías con la cara impregnada del semen de Miguel. ¿Qué clase de enferma era esta puta? ¿Fuimos nosotros los que la pervertimos, o fue ella la que nos pervirtió a nosotros? Ya no estoy segura de nada.

Ahora todo esto ya no importaba demasiado. Imagino que el hilo sentimental en una pareja abierta está conectado a un punto distinto al nuestro. Pero no estoy muy segura de afirmarlo. Es posible que simplemente tengamos un enfoque distinto de lo que es una relación sentimental.

Traté de imaginar la cara de Miguel después de recibir una fotografía con mi cara goteando esperma de otro hombre. Para mí había una gran diferencia de lo que nosotros hacíamos a esto.

¿Sentiría celos si lo hiciera? Y entonces se me encendió la bombilla. Quería saber cómo se sentiría si yo tuviese sexo a solas con otro hombre. Puede que esta idea fuese la muerte de nuestra relación, pero dado el punto de inflexión en el que nos encontrábamos con Fanny, pensé que esto motivaría el fin de nuestros juegos como consecuencia de sus celos o, por el contrario, nos abriría un nuevo camino de perversión con el sexo como pilar principal.

Ya no éramos los mismos. Por momentos dejaba de ser feliz y odiaba a Miguel por los celos. Pienso que él también tuvo en algún momento ese sentimiento conmigo.

Nuestra relación sentimental se estaba yendo por el sumidero. Éramos solo encuentros sexuales llenos de adrenalina con otras personas. ¿Sería ese el motivo por el que Fanny le enviaba las fotos

a su pareja?, ¿para generar celos a su pareja? ¿O era el morbo de la situación lo que excitaba a su pareja?

En todo este tiempo de nuestra relación con ella, nunca mencionó nada de su hombre. Yo no sabía cómo era. Incluso llegué a pensar que ni siquiera existía y todo era una farsa. Pero había llegado el momento de comprobarlo y decidí hacerle una llamada a espaldas de Miguel.

—¿Fanny? Hola, preciosa. ¿Cómo estás?

—Bien, no esperaba ahora tu llamada. Estoy en medio de una sesión fotográfica.

—¡Ah, lo siento! ¿Prefieres que te llame más tarde?

—No, cuéntame.

—Verás, había pensado en algo diferente para nuestro próximo encuentro.

—¿Diferente? ¡Eres una viciosa! ¿No te parece genial lo que hacemos?

Suelto una falsa carcajada y le sigo la corriente.

—Quería proponerte, si te parece bien, hacer una cena en mi casa contigo y tu pareja, para después acabar en un intercambio de hombres.

—¿En serio? ¿Estás segura de lo que dices? Por mí no hay ningún problema. A Manuel seguro que le parece bien. Me parece supermorboso, sobre todo viniendo de ti. ¡Y pensaba que yo era la perversa viciosa! Pero, te advierto, a Manuel le gusta el sexo muy duro, mucho más duro de lo que lo hace Miguel con nosotras. Te recomiendo que te compres un buen lubricante. —Fanny vuelve a soltar una escandalosa carcajada. Y me doy cuenta que ellos están

a otro nivel que nosotros, pero no me asusta. Lo que me asusta ahora realmente es tirar por la borda mi relación.

—¿Crees que me gustará Manuel?

—¿Que si te gustará? Al que no le gustará será a Miguel.

«Eso es justo lo que quiero», pienso.

—¿Nos vemos este sábado?

—Por mi perfecto. No creo que a Miguel le suponga ningún problema.

—Está bien. Nos llamamos por la mañana para concretar la hora.

—¡Perfecto!

Ya solo me quedaba hablarlo con Miguel, o mejor darle una sorpresa. Sí, pienso que le impactará más si no se lo espera.

El resultado del encuentro, ya lo conocéis. Fue la forma en cómo empecé a escribir mi historia, que ahora vuelvo a retomar en este punto.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Tras más de dos horas de sexo con Manuel, Miguel y Fanny ya estaban sentados en el sofá del salón. Yo puse todo mi esfuerzo en no disimular mi cara de satisfacción. Fanny permanecía desnuda.

—¡Dios santo, cómo tienes la cara! ¿Quieres seguir conmigo, Mery?

—No, Fanny. Ya he tenido suficiente por hoy. ¡Manuel ha estado fantástico! Es asombroso el aguante que tiene, no imaginaba que en ese aspecto fuese como Miguel.

—Sabía que te gustaría, amiga.

Miguel permanecía con un semblante muy serio después de mi conversación con Fanny. Si de algo podía estar segura es que los celos le carcomían por dentro ante este animal del sexo, que nada tenía que ver con ninguno de los hombres con los que habíamos estado otras veces.

Yo me sentía muy mal al verle, pero fingí que no era así. Después nos despedimos de ellos. Manuel acompañó su adiós con un azote en mi culo. La cara de Miguel era todo un poema.

Al quedarnos solos, nos sinceramos el uno con el otro. Fuimos abiertos y sinceros, y pusimos sobre la mesa los celos que nos atormentaban y todo lo que se había perdido entre nosotros.

Hablamos durante horas de estos vicios que nos hacían esclavos dentro de esta aparente libertad. De cómo habíamos deteriorado sentimentalmente nuestra unión. Finalmente, tomamos la decisión de no volver a compartir nuestra relación con nadie, nunca más.

Debíamos movilizar los sentimientos y recuperar nuestra relación como era antes de precipitarnos a estos juegos vacíos. Nos habíamos dado cuenta de que nos estábamos perdiendo el uno al otro. Todo se nos había ido de las manos y ya no sabíamos ser más allá de solo dos en el sexo. Ya no hacíamos el amor, solo follábamos con otras personas. Estaba segura que podíamos volver a darnos lo mejor de nosotros mismos. Pero ¿podríamos olvidar todas nuestras orgías? Seguramente no las olvidaríamos jamás.

Teníamos mucha terapia por delante. Incluso puede que necesitésemos ayuda para superarlo. También puede que con el tiempo nos echásemos en cara cosas por resquicios de celos del pasado.

Volver a sentir mariposas silvestres en el estómago y recuperar la confianza el uno en el otro podía hacerse complejo. Pero era solo cuestión de tiempo. Aunque también podría ser un alto precio el que tuviésemos que pagar por nuestra adicción al sexo.

¿Cómo confiar en que un exadicto a las drogas no tendrá la tentación de recaer en algún momento de su vida? Los dos éramos exadictos y no puedo decir que no tuve elección.

Pasó un año hasta conseguir recuperar parte de lo más importante de nosotros, y habría sido peor si no hubiésemos conseguido parar.

Hoy por hoy, seguimos juntos luchando por recuperar nuestra relación, aprendiendo a vivir con la consecuencia de traspasar los límites que delimitan ambos extremos. Y aunque ninguno de los dos hemos vuelto a ser los mismos, después de vernos llenos de adrenalina moviéndonos en otros cuerpos, de alguna forma seguimos con nuestras pieles marcadas por aquel pasado que nos hizo perder la poca inocencia adulta que nos quedaba.

Me gustaría volver a la noche en la que conocimos a Fanny. Me gustaría decir que pudimos resistir a todos sus encantos. Pero recuerdo su forma de hablar, el cruce de sus piernas, sus labios ofreciéndose a nosotros como si fuera el pecado original. Aquella maldita lujuria servida en bandeja de plata...

Y entonces me pregunto: ¿si pudiésemos dar marcha atrás en el tiempo y borrar todos los encuentros que tuvimos, lo haríamos? ¿Y vosotros, lo haríais?

Agradecimientos

Mi especial agradecimiento a Andrea de Hoz, por haberme mostrado todo su apoyo desde Argentina y a través de la red social Facebook y su exitosa página «Deseándonos». Y como no, a todos mis fieles seguidores de mis páginas de Facebook: «Relatos eróticos de un matrimonio» y «Sensual Mery».